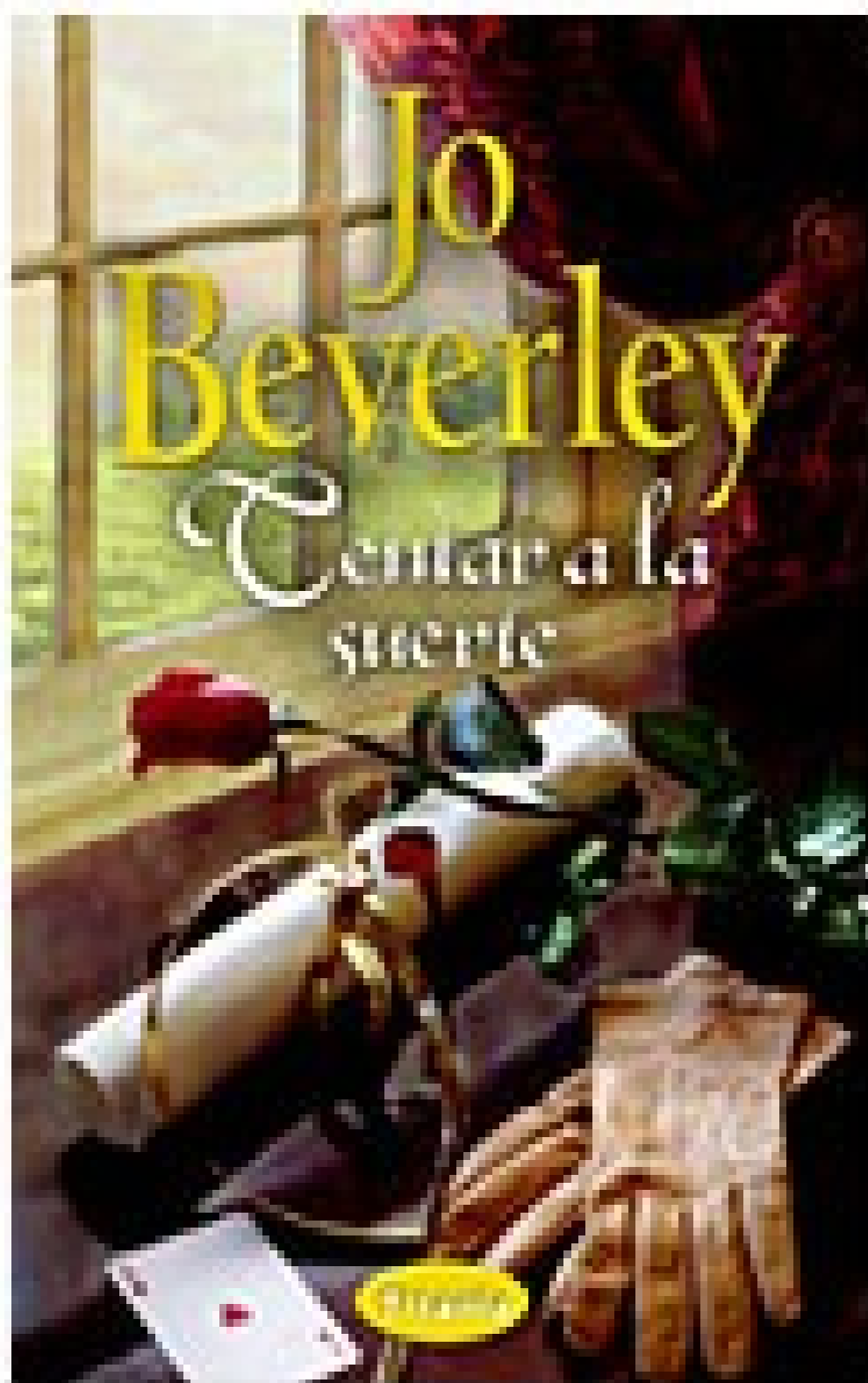




Capítulo 1

Maidenhead, Inglaterra, noviembre de 1761

La luz de la luna penetró como un rayo en el helado vestíbulo, convirtiendo en misterios cosas por completo ordinarias.

Sin duda era esa luz de luna, pensó Portia St. Claire, lo que daba al intruso aquella apariencia de Príncipe de las Tinieblas. Blancos rasgos afilados como hojas, de misteriosa belleza, oscuras alas correosas colgando detrás.

Portia zarandeó su pesada pistola para apuntarle directamente al corazón.

—¡Alto!

La figura se detuvo. Aparecieron unas manos. Elegantes y de largos dedos, se alzaron levemente en un gesto pacificador. Y aquel movimiento reveló que las alas negras no eran más que un largo manto oscuro.

Portia tomó aire con un estremecimiento. Aquello significaba que los rasgos espectrales eran por fuerza de carne y hueso. Era un ladrón común, ni más ni menos.

Por supuesto, aquello también quería decir que su impulsiva acción le había dejado cara a cara ante un delincuente. Una mujer más prudente se habría escondido debajo de la cama al oír el ruido del cristal al romperse. Portia había cogido la pistola de su hermano, había comprobado que estaba cargada y se había deslizado escaleras abajo para ver qué estaba pasando.

Su lema era, «Planta cara al miedo y lo habrás vencido», pero ahora se preguntaba si eso siempre se cumplía. No es que este tétrico intruso pareciera particularmente vencido. Y ahora que le había dado el alto, no tenía ni idea de qué hacer a continuación.

Bajo el manto, las ropas del intruso también debían de ser oscuras ya que las únicas partes que quedaban iluminadas por la luz de la luna eran su rostro alerta, sus delicadas manos y la espuma de encaje blanco que las rodeaba.

Encaje caro.

Llevaba un anillo en la mano izquierda. La piedra grande era oscura, pero algo en la manera en que atrapaba la débil luz de la luna le dijo que era una piedra preciosa. Un destello a un lado del rostro sugirió otro ornamento caro, un pendiente enjoyado.

Al fin y al cabo no era un ladrón común.

—Como os percataréis, ya me he detenido. —El tono era cortés y su acento denotaba riqueza y buena cuna. Su voz transmitía la cadencia de un hombre seguidor de las modas, aunque era demasiado profunda para la tendencia actual, y la utilizaba con una suavidad que no calmó los alterados nervios de Portia.

—Os habéis detenido —replicó Portia con dureza—. Ahora os daréis media vuelta y os marcharéis.

—¿O?

—¡O llamaré a la guardia, señor! He oído un cristal roto. Es bastante evidente que sois un ladrón.

Portia detectó un vislumbre de movimiento que era una sonrisa.

—Supongo que lo soy. Pero, ¿cómo pretendéis llamar a la guardia mientras me vigiláis a mí, mignonne?

Portia apretó los dientes.

—Iros. ¡Ahora!

—¿O? —volvió a preguntar.

—Os dispararé.

—Mucho mejor —aprobó él—. Eso sí que podríais hacerlo.

Bryght Malloren se estaba divirtiendo.

No había esperado divertirse en esta misión, pero, ahora, enfrentado a esta valiente defensora de la casa y del hogar, tenía que hacer un esfuerzo para no reírse.

Lo más probable era que aquella joven le disparara inmediatamente si se reía de ella.

Era tan pequeña, sin embargo. Tal vez un metro cincuenta y cinco comparado con su metro ochenta y cinco. Pese a las amplias faldas y las capas de chales de lana que la cubrían, podía distinguir una constitución menuda. Sin duda, las dos manos que cogían la gran pistola con tal determinación eran pequeñas y delicadas.

Pero delicadas no era la palabra que le venía a la cabeza.

Decididas, tal vez.

O chispeantes.

La energía —en parte valor, en parte rabia, en parte miedo— crepitaba en ella como las chispas en la madera verde en el fuego. No distinguía el color del pelo que ondeaba suelto sobre su espalda, pero sospechó que sería rojo. Si la provocaba, ella sin duda le dispararía, y eso por si solo ya era bastante intrigante.

Y también era poco oportuno. No tenía mucho tiempo para completar su misión, y esta menuda guerrera parecía decidida a detenerle. Recurrió primero a la razón.

—Confieso haber roto la ventana de la cocina para conseguir acceder a la casa, señora, pero nadie contestaba a la puerta.

—¿Y siempre os metéis en las casas cuando nadie contesta a la puerta?

Él consideró aquello.

—En términos generales, las casas a cuyas puertas llamo suelen tener sirvientes. ¿No tenéis sirvientes?

—¡Eso no es en absoluto de vuestra incumbencia!

Pero aquello había conseguido ponerla nerviosa. ¿Quién diablos era? Esta casa en Maidenhead había sido alquilada por el conde de Walgrave para que sirviera de prisión de su hija, lady Chastity Ware. Bryght esperaba encontrarla vacía ahora que Chastity había huido.

La joven alzó la pistola una amenazadora pulgada.

—¡Marchad, señor!

—No.

Bryght oyó su siseo de irritación y esperó el devenir de los acontecimientos con interés. Hacía falta una persona realmente insensible para disparar a sangre fría a una persona parada, y fueran cuales fueran las cualidades de ella, no pensaba que esta amazona de bolsillo fuera insensible.

Comprobó que no se equivocaba. No apretó el gatillo.

—Y bien —dijo él—. Tengo una razón aceptable para encontrarme aquí.

—¿Qué razón aceptable puede excusar el irrumpir por la fuerza en casa ajena?

—He venido a recoger un documento que dejó un inquilino reciente.

Ella no se agitó ni un milímetro.

—¿Qué inquilino reciente?

—Estáis llena de preguntas, ¿eh que sí? Digamos que, una dama.

—¿Qué dama?

—Prefiero no contestar a eso. —Cansándose del juego, él dio un paso hacia delante para desarmarla.

Vio que ella tomaba aliento y alzaba el arma una pulgada más. Maldición. Se arrojó a las piernas de la joven justo cuando apretaba el gatillo.

Portia estaba estirada boca arriba, estrujada debajo de un gigante. Notaba sus manos insensibles a causa de la sacudida de la pistola y su cabeza resonaba allí pegada a las baldosas del suelo del vestíbulo. O tal vez resonaba por el estruendo del disparo de la pistola. Nunca antes había disparado un arma en un espacio cerrado. Provocaba un ruido tremendo.

Miró aturrida hacia arriba y vio que aquel puñetero intruso parecía bastante preocupado.

Él incorporó parte de su peso apoyándose sobre sus brazos y Portia respiró a fondo.

—¡Cómo os atrevéis!

—Creo que no podía permitir que me dispararais.

—¡Entonces deberíais haberos marchado! —Portia se agitó para intentar sacárselo de encima pero se percató de inmediato que se trataba de una idea muy mala. Él estaba echado entre sus piernas, y el sencillo vestido que llevaba, sólo con las enaguas debajo, era una barrera ligerísima.

La manera en que los elegantes labios de él se estiraron al comprobar su apuro hicieron que Portia sintiera ganas de arañar aquella cara demasiado apuesta. Nadie tenía derecho a unos rasgos que tan parecidos a los un Lucifer divertido, y menos un malhechor sinvergüenza e intimidador.

—¿Quién sois? —exigió saber ella.

—Bryght Malloren, y no puedo decir que esté a vuestro servicio precisamente. ¿Y quién sois vos?

—Eso, señor, no os atañe lo más mínimo. —Intentó salir culebreando de debajo de él, pero la tenía atrapada.

—Entonces os llamaré Hipólita, reina de las Amazonas. —Le retiró un mechón de pelo que había caído sobre sus ojos, y la delicadeza de ese gesto la desconcertó. La misma delicadeza que había en su voz cuando preguntó—: ¿Siempre lucháis en desventaja, Hipólita?

El pelo oscuro de él también estaba revuelto. Se estaba soltando de su cinta y caía en mechones ondulantes sobre su rostro. La informalidad era cautivadora.

—Tengo una pistola —señaló ella.

—Incluso así. —Y él puso una mueca.

Portia gruñó. El miserable se estaba riendo de ella.

—Quitaos de encima de mí. —Pronunció con claridad cada palabra.

—No, hasta que reciba una prenda.

—¿Prenda? —Portia sintió la primera advertencia de miedo. Se había sentido alarmada al oír el cristal al romperse. Casi se había horrorizado al avistar por primera vez la oscura criatura que avanzaba por el pasillo hacia ella. Pero en cierto modo, mientras intercambiaba palabras con este hombre no se había sentido de veras asustada.

Ahora se percataba de que se encontraba a su merced. No era timorata por naturaleza, y durante sus años mozos había sido alocada como un muchacho, pero nunca antes se había sentido desprotegida en manos de un extraño.

—Prenda —dijo él, y la delicadeza no tranquilizó el corazón desbocado de Portia. Se encontró mirando fijamente el pendiente: un discreto pero caro arete enjovado. Sólo los gandules más desvergonzados llevaban ornamentos tan estrafalarios, y sólo alguien rico podía permitirse aquella joya.

Se encontraba en manos de un vividor adinerado y disoluto.

Él sonrió, y tenía una sonrisa de diablo.

—Siempre reclamo una prenda a las mujeres que intentan matarme.

Portia empezó a forcejear más en serio, pero sus manos estaban enredadas en sus tres chales de lana. Para cuando consiguió sacarlas, él estaba listo para cogerla por las muñecas.

—¿Alguna vez dejáis de luchar?

—¿Serviría de algo? —Se retorció resistiéndose al asimiento de él, provocando que al instante la sujetara con más presión—. ¡Me estáis haciendo daño!

—Entonces dejad de forcejear.

—Gritaré.

—¿Podéis hacerlo a solicitud? Estoy interesado en verlo.

Portia siseó con exasperación, pero su temor retrocedía como las mareas. Por algún motivo, simplemente no podía sentirse verdaderamente asustada ante este hombre. Era de lo más peculiar.

Tomó conciencia de que el peso de él sobre ella —soportado sobre todo por los brazos de él— resultaba casi reconfortante, y de que sentía calor en comparación con lo helada que había estado momentos antes. También le llegaban débiles aromas. Lavanda, pensó, del lino que él llevaba, y un perfume de los que usaban los hombres, pero sutil. No la clase de perfume penetrante que se empleaba para disimular la porquería y la enfermedad...

—¿No podéis dejar ir ni siquiera una lágrima? —bromeó él, y Portia se obligó repentinamente a poner sus ideas en orden. Puso de nuevo a prueba la fuerza con que él la agarraba, pero él apretó lo suficiente para mantenerla controlada.

—¿Pensáis que no tengo motivos para gritar? —soltó con desdén.

—No creo que seáis una llorona, mi amazona, a menos que lo consideréis un arma. —Y le dio un beso.

En sus veinticinco años, a Portia nunca la habían besado de ese modo. No con el cuerpo duro de un hombre sujetándola contra el suelo y sus manos reteniéndola para recibir el asalto de su boca.

Pero fue un asalto tierno.

Preparada como estaba para algo mucho peor, la ternura casi la atrapa. Recordó a tiempo que él era su enemigo, y se mantuvo quieta, sin reaccionar, bajo su cuerpo.

Él retrocedió, y Portia oyó cierto humor en su voz cuando dijo:

—Vaya gama de armas tenéis, mi doncella guerrera. Si os concedo ahora la victoria, ¿me permitiréis recoger el documento? No puede ser de vuestro interés.

—No.

Él se rió y con un balanceo se puso de nuevo en pie, luego la ayudó a levantarse. Mientras ella aún recuperaba el equilibrio y recogía sus chales enredados, él pasó a su lado y corrió ágilmente escaleras arriba.

—¡Alto!

Portia salió corriendo tras él, perdiendo chales y repiqueteando con sus zapatos sobre las maderas desnudas. Él se movía rápidamente como si conociera la casa. Se encaminó directamente al dormitorio de la parte trasera.

Eso reveló que no conocía en absoluto la casa. Ese dormitorio estaba vacío, despojado de todo mueble. Tal vez hubiera entrado en la casa equivocada al fin y al cabo.

Se precipitó en la habitación justo tras él y le agarró por la capa.

—¿Veis? ¡Aquí no hay nada!

Él se desprendió con facilidad de la capa y siguió adelante, dejándola con una masa de pesada lana en las manos. Ella dejó caer la prenda y fue tras él, que se dirigía hacia la chimenea. Portia le rodeó corriendo y se estiró delante del hogar entre jadeos.

—¡Ni un paso más!

El hombre se detuvo a tan sólo pasos de ella. A Portia se le ocurrió pensar que estaba siendo muy, muy alocada.

Esta habitación tenía dos largas ventanas sin cortinas y la luz de la luna era brillante, la cual por fin le mostró a él claramente. Debajo de la oscura chaqueta y los pantalones de montar de cuero había un conjunto claramente soberbio de hueso y músculo que debía de superar su volumen en una proporción de dos a uno. Tras el hermoso rostro había una voluntad de no abandonar su objetivo.

Su objetivo entonces era la chimenea que ella protegía con su cuerpo.

Tragó saliva, confiando en no parecer tan asustada como se sentía.

La madre de Portia se había lamentado a menudo de la naturaleza impetuosa de su hija, algo que atribuía al nombre escogido por el idealista de su padre. A Hannah Upcott no le interesaba demasiado el teatro, y pensaba que el nombre de Portia estimulaba un impulso impropio de desafiar al mundo. Había insistido en que su segunda hija se llamara Prudence.

Hanna predecía regularmente que la naturaleza imprudente de Portia la llevaría a meterse en problemas, y a menudo citaba el dicho, «Los que tientan a la fortuna se arriesgan a perderlo todo». Portia temía que estaba a punto de demostrar que su madre tenía razón, pero aun así no podía hacerse a un lado dócilmente.

Su oponente no dio ningún paso inmediato para moverla a la fuerza.

—Si no hay nada ahí, ¿a qué tanta vehemencia?

Pese a su corazón acelerado, Portia le miró a los ojos.

—Habéis entrado en esta casa a la fuerza, señor. No permitiré esta intrusión.

—En otro momento, Hipólita, me deleitaría poner a prueba vuestra habilidad para permitir o no permitir, pero mi cometido es en cierto modo urgente. ¿Puedo indicar que la manera más fácil de hacerme marchar es permitirme encontrar lo que he venido a buscar?

—Tendréis que demostrar que tenéis derecho al documento. ¿A quién pertenece?

—Os lo he dicho. A una dama. —En su voz había un deje impaciente de advertencia.

—¿Y cómo es que se encuentra aquí?

—Digamos que estuvo como invitada.

Portia echó una ojeada a la austera habitación.

—¿Aquí? Lo dudo.

—Tal vez tenía gustos ascéticos. ¿Por qué, me pregunto, guardáis con tal fervor este lugar? ¿Se merece el conde de Walgrave tal lealtad?

El nombre sorprendió a Portia. Si este Malloren sabía que la casa estaba alquilada por el conde de Walgrave, entonces estaba claro que al fin y al cabo él no estaba en la casa equivocada.

Por primera vez Portia se preguntó si el asunto que le había traído a él aquí era legítimo. Al fin y al cabo, había llamado a la puerta como un hombre honesto. Había oído los golpes secos pero no había hecho caso. Nadie vendría a buscarla a ella y, puesto que estaba sola en casa, no se había preocupado por abrir a tan altas horas de la noche. Dijo:

—El conde, como cualquier propietario, tiene derecho a esperar que su casa no sea violada.

—Dudo que el poderoso conde considere este sencillo lugar su hogar. Se limitó a alquilarlo con un motivo concreto. Puesto que, de cualquier manera, pertenece al conde, me pregunto que estáis haciendo aquí. ¿Ama de llaves, tal vez?

—¡Desde luego que no!

—¿Una intrusa, entonces, como yo mismo? Al fin y al cabo, me topé con vos merodeando en la gélida oscuridad, con la pistola en la mano.

—¡No estaba merodeando! Somos invitados, señor. Tenemos una buena amistad con el conde, y nos invitó a permanecer aquí. —Portia no tenía intención de contarle que su hermano y ella eran suplicantes venidos a menos y que el conde les había ordenado esperar aquí hasta que pudiera atenderles.

—¿Nos?

Portia se percató de que se estaba enredando en una conversación, y la conversación era peligrosa.

—¿Nos? —repitió él con suavidad.

—Yo, diez robustos hermanos y tres sirvientes —declaró alzando la barbilla—. Todos han salido en este momento.

—¿Sólo tres criados? —preguntó arrastrando las palabras—. Qué miseria. Necesito sólo esos para que me tiendan la ropa por la mañana.

Ella no estaba del todo segura de que bromeara.

—No permitiré dócilmente que hagáis lo que queráis aquí, señor Malloren.

—Milord —corrigió con tono amistoso, avanzando un poco más—. Lord Arcenbryght Malloren. Un nombre absurdo, pero el mío.

Portia fue consciente de un impulso embarazoso a quedarse boquiabierta y a la vez a hacerse a un lado sigilosamente, pero contraatacó.

—Vuestro rango no excusa vuestra villanía, milord.

—Cierto. —La enjauló colocando una mano en la pared a cada lado de su cabeza—. Pero hace que sea mucho menos probable que me lleven ante los magistrados por mis pecados, ¿no es cierto? —La altura de él la obligó a ladear la cabeza hacia atrás para mirarle a los ojos, y el cuello le dolió mientras observaba cómo bajaba él los labios hacia ella. Su corazón latía con fuerza y estaba empezando a marearse. Maldito, maldito, maldito fuera...

—De modo que, mignonne —susurró a escasos centímetros de los labios de ella—, ¿por qué no permitirme simplemente alguna travesura?

Portia admitió por fin que estaba totalmente dominada. Era un lord, un vividor, un hombre grande, desalmado, resuelto a conseguir su objetivo. Se agachó para apartarse de él, y él la dejó ir, dedicándole una mueca demasiado sabedora.

¡Que las diez maldiciones de Egipto cayeran sobre su cabeza!

Portia hizo acopio de lo que le quedaba de dignidad y señaló con desdén la chimenea vacía y su sencillo faldón de madera.

—Proceded, milord, estoy impaciente por veros sacar documentos del aire. ¿Sois tal vez un mago?

—Tal vez lo sea. —Se adelantó y en vez de mirar en el hogar vacío o por la chimenea cubierta de hollín, inspeccionó el lugar donde la madera se unía a la pared de yeso. Portia no pudo resistirla tentación de acercarse más para ver qué estaba haciendo.

Estaba husmeando en el espacio entre la madera y la pared, pero de pronto él soltó una maldición y se chupó el dedo.

—Oh, cielos —dijo ella con falsa lástima—. ¿Os habéis doblado una uña, milord?

La mirada que él le lanzó le hizo decidir que era preferible controlar su lengua insolente.

—¿De verdad hay algo ahí detrás, milord? —preguntó con más moderación.

—Sí, señorita Curiosidad, de verdad lo hay. —Buscó en su bolsillos su cortaplumas y lo empleó para ocuparse del problema—. De modo que sois invitados, ¿no? Pensaba que el conde sería mejor anfitrión. La ausencia de sirvientes, muebles y calor parece ser notable.

—Las otras habitaciones están amuebladas de manera convencional.

—¿Y el calor y los sirvientes? Ah, lo olvidé. Los sirvientes están fuera, con vuestros diez robustos hermanos.

—Exactamente. Y yo prefiero las temperaturas frías. Son más sanas. —Se cruzó de brazos, anheló sus chales e intentó no tiritar.

—Debéis perdonarme si no creo ni una palabra de lo que decís, Hipólita. Dudo que sea asunto mío, de todos modos. De hecho, si queréis saquear la propiedad de Walgrave, contáis con mi bendición.

Portia tuvo la sensación de que el pelo se le ponía de punta a causa de la furia.

—¿Cómo os atrevéis a sugerir...?

Pero él no le estaba prestando atención.

—Ah —dijo, y empezó a sacar con sigilo un papel doblado. Lo sacó meneándolo con la punta del cortaplumas hasta que pudo agarrarlo, luego se plantó ante ella para sostenerlo con gesto bromista.

—¡Abracadabra!

La mofa fue la última gota. Portia lo arrebató de un tirón de su flojo asimiento y salió corriendo. Él la atrapó por la parte posterior del vestido y tiró de ella con fuerza contra su cuerpo, arrancándole el papel de la mano.

—Muy insensato —dijo.

Portia lo sabía ya que ya no había ni asomo de humor en la voz de él. La tenía rodeada con un brazo sin dejarle escapatoria, y el papel doblado estaba delante de su rostro. Estaba tan fuertemente perfumado con Attar de Rosas que apartó la cabeza a causa del olor.

—¿No es de vuestro gusto el perfume? —Lo dijo con buen ánimo, pero nada la convenció de que él estuviera de buen humor.

—Es un poco empalagoso, milord.

—Una dama de virtud y discreción, ¿diríais?

—Difícilmente.

—Pero esta carta podría estar dirigida a una amiga, para comentar los últimos vestidos.

—¿Lo está?

—Me temo que no. —Su tono sonó casi contemplativo.

Su brazo era una prisión tan segura como barras de hierro, pero Portia se estaba relajando. Una vez más, no sentía amenaza directa en él, y de hecho encontraba este extraño abrazo casi reconfortante. Era duro ser pequeña, mujer y responsable de todo. ¿Cómo sería tener un hombre fuerte a las órdenes de una?

Qué insensatez. ¿Qué sentido tenía confiar en los hombres si eran capaces de perder el techo que les daba cobijo en inversiones alocadas o al volver un naípe hacia arriba? Como había hecho su padre, para luego pegarse un tiro. Como había hecho su hermanastro, dejándoles en esta delicada situación.

Portia empujó contra la presión que hacía él.

—Dejadme ir, milord. Tenéis lo que habéis venido a buscar, y yo no puedo impedir que os lo llevéis.

—Me alegro de que por fin lo entendáis. —Aflojó el brazo y ella se liberó con un empujón. Se volvió para observarle.

Comprobó que ella estaba en lo cierto. El alegre humor que le había caracterizado durante su encuentro estaba ensombrecido ahora por otra cosa, y la manera en que miraba los papeles en su mano era intranquilizadora. Sorprendentemente, sintió una especie de ternura, un deseo de consolar a alguien que sufría.

¿Sufría?

—¿No son los papeles que vinisteis a buscar? —preguntó.

Sus ojos se alzaron fugaces para mirarla y luego volvió a los papeles.

—¿Creéis que hay una colección de cartas de amor perfumadas detrás de la chimenea? ¡Qué idea tan fascinante! Supongo que debería examinar mejor este lugar... —De todos modos, no hizo ningún movimiento, sino que siguió pasando los papeles contemplativamente entre sus largos dedos—. Sería una pena marcharse con tan solo una lista de la lavandería apretujada ahí para tapar un agujero, ¿cierto?

Portia se cruzó de brazos con gesto remilgado.

—Eso, milord, no es una lista de la lavandería.

—Reconocéis la letra, ¿verdad? Qué cosa, Hipólita. Sí, desde luego, espero que sea una abrasadora carta de amor, y además que tenga que ver con un amor ilícito, más que con uno consagrado. —Estaba hablando con tono superficial, pero no había nada veleidoso en él. Su aspecto era sombrío, y estaba recogido con concentración peligrosa. Aunque Portia no percibía que aquello supusiera alguna amenaza directa para ella, sintió un escalofrío.

Estaban allí de pie, helados en el silencio teñido de gris durante lo que pareció una eternidad, pero entonces él desdobló el papel y lo orientó hacia la luz de la luna.

Ella vio que le cambiaba el rostro.

Bajo aquella luz de luna no tenía otro remedio que aparecer pálido, pero sus rasgos se tensaron como si leyera malas noticias. Portia dejó a un lado los antagonismos y se adelantó para poner una mano amable sobre su manga.

—Milord, ¿qué sucede?

Él la cogió por la parte delantera del vestido.

—Es hora de ocuparnos de vuestros secretos, Hipólita. ¿Quién sois, y qué estáis haciendo aquí?

—¡Soy invitada del conde! —Su voz surgió con un chillido, finalmente se ahogó de puro terror.

El la empujó hacia atrás, hasta dejarla de espaldas contra la pared.

—Sin criados. Sin luces. Una pistola y un interés de mil demonios en estos papeles. Probad con otra cosa.

—¡Hay una vela en mi habitación!

—¿Y la pistola? —inquirió él con incredulidad llena de sarcasmo.

—¡He oído que alguien irrumpía en la casa!

—¿Y bajasteis de inmediato para plantar cara al ladrón? ¿Qué dama de buena cuna se comportaría de ese modo? —Pero el aterrador acceso de rabia se estaba controlando—. Vuestro nombre, Hipólita.

Le daría lo que fuera para librarse de él.

—Portia St. Claire.

No sirvió. Se quedó mirándola, una nueva pasión florecía tras sus ojos.

—¿St. Claire? —repitió con calma como una maldición—. No es de extrañar que estéis tan ansiosa por apoderaros de esta carta. —Su repentina sonrisa era tan agradable como una fétida cloaca—. ¿Qué, me pregunto, estáis dispuesta a dar a cambio?

Portia intentó empujar hacia atrás contra el sólido yeso de la pared para alejarse de su crueldad.

—Nada. Nada en absoluto.

—¿No? Pero la carta es muy perjudicial. ¿Queréis una prueba? —Sujetándola con una mano, desdobló la carta con un movimiento—. Está dirigida a Hércules de parte de Desirée. Escuchad lo que escribe. «Pienso en vuestra poderosa verga en mi funda de satén, y el Débil Ted piensa que gimo por él. Cuando nos encontramos la pasada semana en el teatro, llevaba vuestro pañuelo entre mis piernas...»

Portia presionó contra la mano de él que la refrenaba.

—¡Dejadlo!

Se detuvo.

—Creo que Desirée esperaría que intentarais con más empeño recuperarla de mí, Portia St. Claire.

—¿No conozco a ninguna Desirée!

—Vamos, vamos. Sabemos que no es su nombre verdadero.

—¿Verdadero o no, no lo conozco! —Forcejeó contra su asimiento—. Dejadme ir. ¡Por favor! —Portia detestaba la súplica en su voz, pero se postraría para escapar. El miedo le atragantaba, y su corazón latía con tal aceleración que podría explotar. Nunca antes se había enfrentado a alguien tan lleno de rabia violenta—. Coged vuestra carta y marchad —susurró.

Con el rostro de espaldas a la larga ventana, el rostro de él quedaba ensombrecido.

—¿Estáis dispuesta a dejarme marchar con esto sin oponeros?

—Sí. ¡Sí!

—¿Entonces por qué intentasteis arrebatármela?

Al no recibir respuesta, la sacudió.

—¿Por qué?

—¡Sólo para deteneros! —soltó un jadeo.

La soltó abruptamente.

—Me asombra que hayáis sobrevivido hasta vuestra actual edad, señorita St. Claire.

Portia se escabulló de aquel hombre enloquecido.

—Sólo tengo veinticinco años.

—Os hacía más joven, tanto por vuestro aspecto como por vuestra conducta. —De todos modos, el deje cortante de peligro había desaparecido, y él parecía divertido en gran medida—. Decid a Desirée ,cuando le comuniquéis vuestro informe, que Bryght Malloren tiene su carta, y que contactará con ella para discutir el pago.

Portia enderezó la columna y le lanzó una mirada iracunda.

—¿Os digo que no conozco a ninguna Desirée! ¡Estáis loco, milord!

Él se limitó a alzar una ceja y se dio media vuelta para marcharse, agachándose para coger su capa al pasar. Portia no protestó más, pero rezó de todo corazón para que nada interfiriera en su marcha.

Algo lo hizo.

Su joven hermano Oliver entró, con una vela en la mano. La oscilante luz dorada resultó impactante después de tanto rato de plata y sombra.

—¿Portia? ¿Qué estás haciendo aquí a oscuras? —Se detuvo—. ¿Quién sois, señor?

—Un ladrón —dijo Bryght Malloren de forma cortante. Volvió a mirar a Portia—. ¿Los otros hermanos robustos y los criados?

—Marchad de una vez, milord —replicó Portia. Oliver sólo era una pulgada más alto que ella y no era rival para este Malloren.

Oliver, no obstante, no parecía consciente del peligro.

—¿Ladrón? —preguntó? ¿Milord? ¿Criados? ¿Qué diantres estaba pasando aquí? —¿Me daréis una explicación, señor! Con su mano libre buscó su espada.

—Oh, diantres. —Y Bryght Malloren le arrancó a Oliver la vela de la mano y le dejó inconsciente de un puñetazo.

Portia soltó un grito y corrió hacia delante. Se detuvo cuando el intruso se volvió hacia ella con rasgos demoniacos a la luz de la vela.

—Cuando el gallito recupere el sentido, decidle quién soy. Como Malloren podría aplastarlo como una cucaracha. Como espadachín, sospecho que podría matarlo con una mano atada a la espalda. Y mi conciencia no se inquietaría mucho por haber matado a un St. Claire.

Portia formó puños con sus manos.

—¡Salid de aquí, sinvergüenza arrogante!

No hizo ningún movimiento para marcharse, en vez de ello la miró de arriba abajo con frialdad.

—Mejoráis con la luz, Hipólita, pero necesitáis aprender discreción. ¿De veras queréis otra batalla conmigo?

—Lo que me gustaría es tener todavía una pistola. Esta vez no vacilaría. ¡Idos!

Él se acercó a ella, luego se detuvo.

—Lágrimas de amazona —dijo en voz baja—. Ahora veo un arma con la que derrotar a cualquier hombre. —Con una inclinación irónica de cabeza, se volvió y salió majestuosamente de la habitación.

Portia no había sido consciente hasta entonces de que estaba llorando.

Lágrimas de rabia, se tranquilizó, frotándose la evidencia de sus mejillas. Por todos los cielos, hablaba en serio. Si aún tuviera un arma cargada dispararía contra aquel bribón en ese mismo instante.

Echó un vistazo a su hermano, que se movía un poco, luego corrió hasta el rellano para asegurarse de que el intruso de verdad se iba. Llegó allí justo cuando la puerta se cerraba de golpe tras él.

—Y buen viaje —murmuró. Dios quisiera que no volviera a ver a aquel hombre nunca más

Capítulo 2

Oyó un gemido y corrió de nuevo al lado de Oliver, quien se palpaba con cuidado la mandíbula.

—Por todos los diablos. ¿Quién era ése? ¿Y qué demontre estabas haciendo recibiendo a un hombre aquí?

—¿Recibiendo? ¡El muy canalla entró a la fuerza!

Oliver se incorporó tambaleante y volvió a colocarse bien su peluca empolvada.

—¿Que entró a la fuerza? ¿Por qué? No hay nada de valor aquí.

Al menos no para un hombre como ése. —Entonces volvió a llevar la mano a su espada—. Pardiez, pero obtendré una satisfacción de él sólo con que me entere de quién es.

—Lord Arcenbryght Malloren es el nombre que dio.

La mano de Oliver se cayó de la espada, y se quedó mirando a su hermana como si hubiera anunciado que la plaga había llegado a Maidenhead.

—¡Un Malloren!

—¿Le conoces?

—¿Un Malloren? Por supuesto que no. —Estaba mirando aturrido a su alrededor, notando aún los efectos de aquel golpe cruel.

Portia le cogió del brazo y le dirigió hasta las escaleras.

—Vino meramente a recuperar una carta que alguien había dejado aquí. ¿Por qué no bajamos a la cocina? Se está más caliente, y creo que queda un poco de café en el hornillo.

Cuando se hallaban en las escaleras y Oliver dio muestras de encontrarse en mejor estado, Portia dijo:

—Hábame de los Malloren.

—Rothgar —manifestó como si fuera una explicación por sí sola.

—¿Qué es Rothgar?

Pero se hallaban en el vestíbulo entonces y los residuos de yeso crujieron bajo sus pies. Oliver recogió la pistola caída y miró la señal en el techo.

—¿Por qué diantre disparó una pistola aquí?

—Fui yo —dijo Portia para tranquilizarle, obligándole a seguir—.

Me desconcerté. Por suerte, no le alcancé.

Oliver volvió a mirar el techo.

—A menos que volara, Portia, ni te habrías acercado.

Portia decidió no dar más pistas a Oliver sobre las circunstancias exactas. Aunque era más joven que ella, se tomaba en serio su posición de cabeza de familia. No obstante, sospechaba que si se enfrentaba a Bryght Malloren los resultados serían desastrosos.

El riesgo de que aquello sucediera era escaso. Cuando Oliver se desplomó sobre una silla junto a la mesa de la cocina, hundió la cabeza en sus manos.

—Bryght Malloren. Que se vaya al infierno. Lo último que necesitamos ahora es estar en el bando equivocado según los Malloren.

—¿Quiénes son?

Oliver alzó la vista.

—¿Los Malloren? Son una de las grandes familias. Rica y poderosa, con relaciones que atraviesan toda la sociedad como la putrefacción avanza por la madera.

Portia puso dos tazas sobre la mesa.

—¿Entonces por qué un hombre así iba a meterse en esta casa?

—Es sabido que a veces son ellos mismos quienes hacen el trabajo sucio.

—¿Trabajo sucio? Consigues que suene como si se trataran de criminales. Aunque tengo que decir que el hombre actuaba como si lo fuera.

Oliver hizo una mueca.

—La gente como los Malloren puede hacer casi lo que les plazca.

El intruso había dado a entender algo así. Portia deseó poder llevar a cierto Malloren ante los jueces por sus crímenes. Le gustaría verle encadenado. No obstante, su mente se sintió reacia a la idea de verle en la horca. No, no quería ir tan lejos.

Puso azúcar y un tarro de nata en la mesa.

—¿A qué te referías con Rothgar?

—El marqués de Rothgar. Es el jefe de la prole.

Portia regresó al horno para buscar la cafetera.

—He leído el nombre en los boletines de noticias. Lord Rothgar adopta unas posiciones interesantes en la Cámara.

—Sin duda las que sirven a sus propios intereses. Es un personaje desalmado a decir de todos. Bryght es un jugador.

Portia se paralizó mientras levantaba la pesada tetera.

Un jugador.

Tuvo que volver a bajar la cafetera otra vez por unos instantes.

Un jugador. La pesadilla de su existencia.

El mundo entero parecía plagado de una adicción demente a los juegos de azar. Antes de que ella naciera, por lo visto su padre había sido un jugador. Después de casarse se había «reformado» pero, en vez de buscar un trabajo honrado, se había dedicado a las inversiones: negocios arriesgados que prometían beneficios cuantiosos.

Lo había perdido todo y se quitó la vida de un tiro.

Puesto que ella no era más que una niña pequeña, Portia no tenía recuerdos de aquel suceso. No obstante, había oído hablar de él con frecuencia, especialmente cuando su madre quería advertirle contra cualquier tipo de riesgo.

«No seas como tu padre, Portia, siempre pensando que sois más listos que los demás, que ganaréis contra todo pronóstico. Acepta lo que el Señor nos ofrece.»

Portia tuvo un repentino recuerdo de aquel Malloren preguntándole si siempre luchaba en desventaja. ¿Cómo la había conocido de una manera tan rápida y efectiva?

Era cierto que no le gustaba «aceptar lo que el Señor nos ofrece» y parecía impulsada a luchar contra el destino. A menudo, su madre y su padrastro le causaban irritación por su aceptación, su falta de deseo de aprovechar algún tipo de cambio.

Ahora comprendía que debería haberse sentido agradecida.

Oliver también era arriscado como ella. Le gustaban los deportes peligrosos y duros, había querido alistarse en el ejército. Cuando el desconsuelo de su madre le negó esta opción, se había dedicado a jugar y había perdido su dinero, y tal vez su hogar. Si no conseguía cinco mil guineas en cuestión de semanas, perderían Overstead Manor para siempre.

Bryght Malloren era del mismo tipo, por lo visto, aunque no era un joven insensato como Oliver. Él era un hombre maduro, sumido en el vicio. ¿Por qué la inquietaba todo aquello a ella?, pues no lo sabía.

Portia lanzó una mirada penetrante a su hermano. ¿Había jugado Oliver contra lord Bryght? ¿Acaso aquel hombre no sólo había invadido su hogar y la había atacado, sino que les había quitado su vida y su hogar simplemente lanzando los dados?

Encontró fuerzas para levantar la cafetera y la dejó caer pesadamente sobre la mesa de madera.

—¿Conoces bien a lord Arcenbryght? —preguntó, aunque quería decir «¿Has jugado con él?».

Oliver se quedó boquiabierto.

—¿Un Malloren? Está mucho más allá de mis posibilidades, querida mía. Ni siquiera le reconocí con esta luz. Pero todo el mundo ha oído hablar de ellos.

—¿Qué es lo que ha oído todo el mundo?

—Que son ricos, poderosos, y que no permiten que nadie se entrometa en su camino.

Portia se sentó enfrente de su hermano.

—Si son tan ricos, ¿por qué uno de ellos iba a ser un tahúr?

Oliver suspiró con exasperación.

—He intentado explicártelo, Portia. Todo el mundo juega. El rey juega, la reina juega, los ministros de la Corona juegan. ¡Incluso los obispos juegan! Y todo hombre que quiera llamarse hombre juega.

—Pero, ¿por qué?

Desde que Oliver había regresado a Overstead con las noticias desoladoras de que había perdido la finca jugando, Portia no había dejado de hacer preguntas. ¿Por qué un ser humano razonable lo arriesgaba todo a una carta que se volvía hacia arriba o a un dado que se hacía rodar?

Oliver se sirvió un poco de café.

—¿Qué puedo decir? Un hombre tiene que jugar, Portia, si no pensarán que es un tipo de lo más raro. Es señal de coraje, para empezar, de valor. No jugar es tacharse de criatura tímida, inútil.

—Si el hecho de no jugar fuera algo poco en boga e impopular, entonces eso requeriría valor, ¿no es cierto?

Oliver sacudió la cabeza.

—No lo entiendes. Es cosa de hombres, supongo, aunque muchas mujeres juegan.

—Me parece que sus maridos pondrán fin enseguida a eso.

—¿Por qué, si ellos también juegan?

—Pero ¿por qué? —preguntó ella otra vez.

—Es emocionante —contestó simplemente.

—¿Emocionante? ¿Cómo puede ser emocionante perder dinero?

—Es emocionante ganar —señaló—. Vamos, Portia. No te pega ser tan remilgada. ¿Recuerdas la noche que saliste por la ventana para reunirse con Fort y poder pillar a los hermanos Bollard robando furtivamente? Fue estúpido, pero apostaría cualquier cosa a que fue emocionante.

A Portia no le gustaba que le echaran en cara sus locuras de juventud.

—No creo que fuera lo mismo.

—¡Pues lo es! —Se inclinó hacia delante y se le iluminó la mirada—. La emoción de esa aventura era el riesgo. El riesgo de romperte el cuello. El riesgo de unos azotes. ¡El riesgo de que los hermanos Bollard os avistaran y quisieran matar a los testigos! Es lo mismo en las mesas de juego, Portia. Es excitante arriesgarse y sobrevivir. ¡Cuanto mayor el riesgo, mayor la emoción! Pone a prueba la entereza de un hombre. Le hace cobrar vida... —Pero entonces se percató de lo que estaba diciendo y volvió a hundirse en la silla—. Pero yo ya lo he dejado. Te doy mi palabra, cielo.

Las manos de Portia temblaban levemente mientras se servía café.

Oliver no dejaba de prometer que nunca volvería a jugar, pero a veces

ella lo ponía en duda. Hablaba del juego casi como un hombre enamorado, enamorado de la emoción viciada del azar.

—Sin duda hay otras maneras de poner a prueba tu entereza, Oliver.

—Supongo que sí. —Le lanzó una rápida mirada—. El ejército, por ejemplo.

—¡Oliver, sabes que a mamá le destrozarías el corazón!

—Maldición, Portia, no es de sorprender que me echara al juego.

Lo único que me dejáis hacer es ponerme la ropa de montar y cabalgar por el campo.

—Podrías gestionar la finca.

—Vaya aburrimiento, y tú lo haces mucho mejor que yo. Pero supongo que la vida será lo bastante excitante a partir de ahora. —Le dirigió una sonrisa astuta—. Para empezar, tengo que retar a un Malloren.

—¡No! —exclamó Portia—. No seas tan insensato.

—Me dio un puñetazo, Portia.

Portia había olvidado aquello. Había estado pensando en la manera en que aquel hombre la trató a ella.

—Pero sólo por eso no hace falta que te enfrentes a él.

—Tal vez no, sobre todo si no vuelvo a encontrarme con él. Lo cual es lo más probable, tal y como están las cosas. De hecho, espero que no le enfadaras. No necesitamos sumar a nuestros problemas la enemistad de los Malloren.

Portia no hizo ningún comentario. Había plantado cara a lord Bryght y había intentado dispararle, pero él no se había mostrado furioso hasta que encontró la carta y ella le dijo su nombre. Cuanto más pensaba en ello, más extraño le parecía.

Sacó un poco de azúcar del cucurucho y lo removió en el oscuro café con aire pensativo.

—Dio muestras de reconocer el nombre St. Claire. ¿Se te ocurre por qué?

Oliver sacudió la cabeza.

—Supongo que podría conocer a la familia de tu padre. Tu tío, al fin y al cabo, es lord Felsham, aunque se trata de una nobleza ciertamente menor.

El padre de Portia había sido el tercer hijo de lord Felsham. Tras su muerte, la madre de Portia se había casado con sir Edward Upcott y tuvo más hijos, dos de los cuales habían sobrevivido: Oliver y Prudence. La guapa Prudence, quien tenía dieciséis años y esperanzas de una buena boda, antes de que su hermano la dejara en la miseria. Portia abandonó aquellos pensamientos.

Tenía que haber una manera de salvar su hogar y su futuro.

—Por lo que yo sé, lord Felsham es alguien insignificante —dijo—.

Tengo un tío que es obispo en Nantwich, pero aún tendría menos interés para estos Malloren. —Hizo una mueca—. Pero supongo que podría haber una enemistad de sangre de la que yo no tenga noticias. Los St. Claire nunca aprobaron que mi padre se casara con la hija de un fabricante de medias. No teníamos contacto con ellos. Supongo que podríamos enterarnos de si podrían ayudarnos ahora...

—Lo dudo, Portia. Lord Felsham tendría que ser todo un richón para estar en disposición de poder darme cinco mil guineas sin que le importara.

Portia suspiró. Cinco mil guineas. El precio de su vida, y la vida de su familia. Costaba mucho creer que se hallaran en tal aprieto.

Todo había empezado con la muerte del padre de Oliver. Sir Edward había sido un hacendado honesto, pero con tendencia a entre-

garse a las viandas exquisitas y el vino de Oporto. Un día se levantó de la cama quejándose de indigestión y cayó muerto.

Había sido una terrible conmoción para toda la familia, pero nadie había esperado que la tragedia tuviera un efecto tan drástico sobre sus vidas. Oliver heredó el título de baronet, pero, puesto que sólo tenía veintiún años, nadie contaba con que la situación cambiara con la llegada de una esposa a Overstead.

No obstante, Oliver siempre había sido un joven nervioso e incapaz de amoldarse a la vida campestre. Había retomado la idea de alistarse en el ejército. Cuando su familia protestó —Hannah y Prudence acompañando sus súplicas de lágrimas— se había ido a Londres «para ver un poco de mundo».

Portia recordaba que todos ellos se habían sentido inmensamente aliviados al tenerle entretenido en una actividad tan segura. Por supuesto, se imaginaban a Oliver en galerías de pintura, asistiendo a la corte y conociendo a filósofos y escritores en los cafés.

No obstante, en vez de las especulaciones intelectuales, Oliver se vio arrastrado por otras menos elevadas. Pronto estuvo pasando todo el tiempo en clubes y garitos de juego, tanto ganando como perdiendo. Luego llegó la noche desastrosa en la que apostó Overstead y la perdió ante un tal mayor Barclay.

El mayor Barclay aparecía ahora en las pesadillas de Portia: un individuo banal, de aspecto sospechoso, con mirada recelosa y una mueca demoníaca. Y, por supuesto, tenía que ser un embaucador y un tramposo.

Puesto que era un tipo de mentalidad vil, el interés del mayor por esta pequeña finca en Dorset era escaso. Quería dinero en efectivo y había permitido a Oliver recuperar la propiedad a cambio de cinco mil guineas. De todos modos, Oliver no había conseguido convencer al banco de Shaftesbury de que le prestaran tal cantidad por la finca. Maldito el mayor, y malditos los banqueros.

Portia deseó haber podido asistir a la reunión con el banco, pero por supuesto era impensable que una mujer tomara parte en tales empresas, aunque la mujer supiera más de la finca que el hombre. Pero ella había ayudado a sir Edward en la gestión de la finca y sabía que ésta podía soportar el préstamo.

— Cuando el banco rechazó la solicitud, Oliver sintió la tentación de abandonar y volvió a hablar de alistarse. Estaba seguro de que podría ganar algún ascenso y ser capaz de mantener a su familia en condiciones modestas.

Portia, sin embargo, no estaba dispuesta a rendirse con tal facilidad. Como último recurso, había sugerido pedir asesoramiento a su vecino, el gran conde de Walgrave, con la esperanza de que éste, por supuesto, adelantara el dinero a su hermano, pues aparte de ser un hombre muy rico, también era el padrino de Oliver. Por desgracia, el conde no se hallaba en su propiedad, Walgrave Towers.

De nuevo, Oliver se había sentido tentado de renunciar y prepararse para ceder la finca a Barclay. Portia había seguido luchando. Había descubierto que el conde estaba en Maidenhead y prácticamente arrastró a Oliver hasta allí. Fue una mala suerte terrible que llegaran a esta casa alquilada justo cuando el conde estaba a punto de marcharse. Les había ordenado quedarse allí hasta que tuviera tiempo de ocuparse de aquellos asuntos.

Aunque sonaba prometedor, ya habían pasado dos días sin ninguna noticia, de modo que Oliver había salido esta noche en busca de información. Seguro que había descubierto algo.

—¿Encontraste a lord Walgrave? —preguntó Portia.

Él sacudió la cabeza.

—Parece que se ha marchado de Maidenhead y se ha llevado su séquito con él. Enfrentémonos a los hechos, Portia. Está dándonos la espalda. Es inútil.

Portia se estiró para cogerle la mano.

—No puedes rendirte, así sin más, Oliver. Todavía tienes un mes para encontrar el dinero.

Él se rió con amargura.

—¿Dónde?

—¡Oh, Oliver, tenemos que seguir intentándolo! Tal vez podamos seguir al conde. ¿Adónde ha ido?

—Nadie lo sabe. ¡Por el amor de Dios, Portia, no podemos ir persiguiéndole como perros sabuesos tras su rastro! ¿Nunca sabes cuando estás derrotada? Si lord Walgrave hubiera querido ayudarnos, lo habría hecho.

—Está claro que estaba muy atareado...

—Y siempre lo estará.

—Tiene que haber algo que podamos hacer.

Oliver vació su taza.

—Si lo hay, tendrás que descubrirlo tú, porque yo no tengo ninguna respuesta. La única manera que veo de juntar suficiente dinero es acudir a prestamistas, y el interés que nos cobrarán nos dejará arruinados de todos modos.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Volvemos a casa y nos preparamos para entregarlo todo al mayor Barclay?

—¿Qué opción tenemos?

Portia le miró fijamente.

—Podemos ir tras el conde como sabuesos tras su rastro.

—¡Portia!

—Oliver, no renunciaré hasta el final. Esperaremos unos pocos días más por si acaso lord Walgrave nos envía algún mensaje. Pero si no, voy a ir a Londres a buscar noticias de él. Si no vienes, iré por mi cuenta.

Oliver no estaba nada contento con el plan, y a Portia casi le llevó una semana conseguir que accediera. Seguía discutiendo todavía mientras esperaban en el patio de la posada a que la London Fiy hiciera entrada.

—Nuestra madre va sufrir un ataque sólo de imaginarte en la perversa ciudad, sólo conmigo para escoltarte.

—De cualquier modo, no podrá hacer mucho —dijo Portia con firmeza—. Y además, confío en volver a casa triunfante antes de que mamá se entere de que hemos dejado Maidenhead. Sin duda, sólo requerirá un momento del tiempo del conde solventar este asunto, y con noticias tan buenas, mamá nos perdonará.

—Si es que él está allí —replicó Oliver con desánimo, pero subió a la diligencia sin más protestas.

Portia pasó el viaje de seis horas planeando la mejor manera de abordar al conde. Era uno de esos puritanos a la antigua usanza, y no prestaría atención a las palabras de una mujer a menos que suplicara misericordia de forma lastimosa. No era el estilo de Portia, pero si lo dejaba en manos de Oliver, no estaba segura de que él saliera airoso. Para cuando llegaron a la ciudad, había decidido que tendría que acompañar a Oliver a la casa del conde. Decidió esforzarse todo lo necesario para comportarse como una tranquila dama de modales comedidos mientras estuviera allí. Tal vez incluso pudiera soltar unas lagrimas...

Aquello le recordó a Bryght Malloren. ¿Cómo había sabido que ella no lloraba? ¿Cómo había sabido que detestaba rendirse?

En verdad, el muy **puñetero** tenía una manera alarmante de introducirse en su mente. Aunque le bloqueara el acceso a sus pensamientos conscientes, él invadía sus sueños. Era una ridiculez. No era más que un tahúr y un sinvergüenza.

Pero aún se recordaba debajo de él, recordaba los labios de él sobre los suyos. Hubo momentos licenciosos en los que deseó no haberse quedado impasible y haber experimentado el beso en toda su magnitud.

Tenía veinticinco años y, aunque la habían cortejado, sus pretendientes se habían comportado siempre correctamente. Nunca la habían besado de ese modo. De pronto, aquello parecía un gran vacío en su educación. Y pese a la perversión de él, sospechaba que **Bryght Malloren** sería un maestro excelente.

Pero, la verdad, su madre tenía razón cuando afirmaba que la sangre **St. Claire** inclinaba a su hija a cometer disparates. **Portia** sacudió la cabeza para expulsar aquellos pensamientos de la mente, lo que provocó que **Oliver** le preguntara si tenía dolor de cabeza.

Era una excusa tan buena como otra cualquiera, pero era el corazón lo que le dolía, no la cabeza. Aquello era prueba de una grave inestabilidad mental. Portia sabía que su destino era ser una solterona: era demasiado baja, demasiado delgada, demasiado franca y con el pelo rojo y cubierta de pecas.

Mientras las casitas y huertos diseminados se convertían en la aglomeración de viviendas y calles bulliciosas de Londres, Portia se esforzó por combatir su atracción demente hacia un extraño de noble cuna. Cuando finalmente descendió de la diligencia en el patio del **Swan**, había ganado la batalla. Al fin y al cabo, aunque algún hombre apropiado para ella se ofreciera ahora mismo en matrimonio, no podía aceptarlo. La necesitaban en **Overstead**. Ella y Oliver iban a tener que llevar una vida tranquila y trabajar duro durante muchos años si tenían que pagar el préstamo que el conde les iba a hacer.

Portia había esperado que Londres fuera grandioso y excitante, pero esta parte de la ciudad ciertamente no lo era. En cuanto se aventuraron a salir del patio de la posada, deseó encontrarse a salvo en el campo. Londres estaba abarrotado y era muy ruidoso, y las cloacas claramente eran insuficientes para su propósito, ya que el lugar apestaba. Y la ciudad estaba flagelada por el vicio.

Una pareja rodaba por el suelo borracha, y aún no había oscurecido. **Vio** a una mujer con harapos apoyada contra una pared, a la que un hombre vestido igualmente con harapos hacía propuestas. La transacción que se estaba llevando a cabo era inequívoca, pero la suma implicada debía de ser de peniques.

Qué horrible.

No tardó en descubrir que Londres era caro casi para todo excepto para las putas y la ginebra. Gracias a Dios, su intención sólo era quedarse poco más de unos días, ya que su pequeña bolsa de guineas no duraría mucho aquí.

Oliver quería buscar habitaciones en la parte elegante de la ciudad, donde había estado instalado antes. **Portia** echó por tierra ese plan y encontró un aposento barato en los arrabales, en **Dresden Street**, en **Clerkenweil**. Cogieron dos habitaciones y un salón por dos guineas al mes, pero tenían que pagar diez chelines adicionales a la semana por un fuego diario en el salón, algo necesario en diciembre.

Portia echó una ojeada a las sencillas habitaciones.

—Es una cantidad de dinero disparatada para un alojamiento tan precario.

—Te lo aseguro, Portia, vivimos muy humildemente. —Su hermano no pudo contener el desdén en su voz.

—No podemos permitirnos malgastar ningún dinero, Oliven

Él se ruborizó a causa del sentimiento de culpa.

—Oh, lo sé, lo sé. Lo siento. Pero no sé cómo recibiré a los amigos en un alojamiento así...

—No estamos aquí para reuniones sociales.

Oliver empujó suavemente una mesa desvencijada y rallada.

—He estado pensando que, si el conde no nos deja dinero, tengo amigos aquí. Pero si quiero lograr su ayuda, tendré que reunirme con ellos y recibirles. Gracias a Dios ninguno es consciente del alcance de mis pérdidas.

—¿Crees que te evitarían si lo supieran? Entonces no son verdaderos amigos.

—No es algo tan preconcebido como eso, Portia. Es terriblemente delicado estar con un hombre que está totalmente acabado.

Y eso también era verdad. Era el motivo de que Portia y su madre estuvieran ocultando su situación en Dorset. Si obtenían un préstamo, tal vez nadie necesitara enterarse nunca del alcance del desastre. Si no, se marcharían discretamente y sin poner a sus amigos en una situación comprometida.

Intentó llegar a un arreglo.

—Por lo que sé, en Londres, los hombres se reúnen en clubes y en cafés. Los cafés no pueden ser demasiado caros. —Y seguro que no permiten el juego, pensó—. Es mejor que te cites con tus amigos allí en vez de aquí. Pero, con suerte, no hará falta. Lo primero que haremos mañana por la mañana será ir a ver si lord Walgrave está en la ciudad.

Por lo tanto, a la mañana siguiente caminaron las dos millas hasta Abingdon Street, donde el conde tenía su propia mansión. Mientras andaban por las partes más fastuosas de Londres, Portia empezó a ver por qué la gente pensaba que la capital era tan espléndida. Las casas aquí eran bonitas, y las calles anchas y limpias. Su ánimo empezó a recuperarse, especialmente porque se sentía segura de que la solución a todo se encontraba a tan sólo minutos de distancia.

Tomó Agingdon Street llena de optimismo, pero se detuvo llena de conmoción ante la vista de los negros escudos de armas en la puerta de la mansión Ware. Oliver y ella ascendieron por los amplios escalones y llamaron a la puerta. El lacayo que abrió llevaba una cinta negra.

—¿Quién ha muerto aquí, buen hombre? —preguntó Oliver.

El solemne lacayo les escudriñó y decidió que se merecían una respuesta.

—El propio gran conde de Walgrave, sir. Al que llamaban el Incorruptible.

—¿Muerto? —preguntó un Oliver asombrado—. Pero si hablé con él apenas hace unos días.

—Fue muy repentino, sir.

—Soy el ahijado del conde. Me gustaría presentar mis condolencias a la familia si hay alguien en la casa.

—No, señor. Pero si lo desea puede dejar un mensaje.

Les condujeron al interior de una casa grandiosa pero gélida, y luego hasta una pequeña habitación donde había disponible papel ribeteado de negro. Los dos escribieron notas de condolencia, y las dejaron para que se las hicieran llegar a la familia. Luego, a Portia le vino repentinamente una idea. Esto quería decir que el hijo mayor del conde, Fortitude Ware, ahora era lord Walgrave, y Fort era su amigo.

Se volvió al lacayo.

—El nuevo conde, ¿se halla en la ciudad?

El hombre les miró por encima del hombro, pero estaba claro que había decidido incluirles en el grupo de los privilegiados.

—No, señora. Se encuentra en las Torres para asistir a las exequias del conde. Pero se le espera de vuelta pronto.

Cuando salieron, Oliver comentó:

—**Cáspita**, vaya contratiempo.

Sin embargo, Portia se sentía cada vez más esperanzada.

—Pero, Oliver, no está tan mal. ¡Ahora Fort es el conde!

Oliver le miró con cierto ánimo.

—Eso es verdad, y siempre ha sido un buen tipo. Sin darse aires.

—¡Y se espera que regrese pronto a Londres! ¡Lo ves, funcionará!

—Aún no es seguro que vaya a dejarme una cantidad así, Portia.

—¡Oh, sé que lo hará! —**Portia** casi bailaba de alegría.

Cuando doblaban la esquina, **Oliver** dijo:

—No es muy apropiado alegrarse de una muerte, sabes.

Portia se mordió el labio.

—No, no lo es. Pero nunca sentí ningún apego hacia el viejo conde y creo de verdad que estamos salvados. Piensa tan sólo en que podríamos estar de regreso en **Overstead** con todo resuelto en cuestión de días.

Oliver sonrió de repente.

—Qué bien verte otra vez contenta, Portia.

—Qué bien tener motivos para estarlo. Todo va a salir bien, Oliver. ¡Te lo dije!

—Está casi arreglado, ¿verdad? Entonces tienes que ver un poco de Londres mientras esperamos, Portia. Iremos al teatro. Y si vamos a ir, deberías disponer de un nuevo vestido...

—Oliver, ¡para! —La felicidad de Portia se estaba desvaneciendo—. No da para tanto. Piensa un poco. Estás seriamente endeudado. Aunque consigamos un préstamo, habrá poco dinero durante años. Todos tendremos que vivir con gran sencillez para pagarlo.

—¡Entonces, corramos una última juerga! —contestó él irrepresiblemente.

—¡Oliver!

—Maldición, Portia. ¡No te pega ser tan mojigata!

Portia se quedó mirándole y entonces él se sonrojó.

—Oh, lo siento. No es justo, pero es una verdadera pena estar en Londres tal vez por última vez en años y estar sentado en un cuartucho diminuto en **Clerkenweil** sin hacer nada.

Portia sabía que él no toleraba nada bien el aburrimiento.

—No hace falta que te pongas así —le tranquilizó ella—. Puedes ir a los cafés y **reunirte** con tus amigos. Nunca se sabe, tal vez necesites su ayuda en cierta forma.

—Eso sí es verdad —dijo su hermano animándose. La acompañó a casa y luego partió hacia el **Cocoa Tree**.

Portia suspiró. Hubiera preferido tenerlo atado a su lado, pero sabía que era imposible. Recogió el resto de sus pertenencias, tranquilizándose con que su hermano no podía meterse en problemas serios en un café.

No estaba del todo convencida. No había contado con estar en Londres mucho tiempo. Pese a las pocas horas que llevaba aquí, presentía el poder de la ciudad. Estaba segura de que podía ser un lugar encantador y gratificante; pero estaba igual de segura de lo maligno

que llegaría a ser. No era de extrañar que **Oliver** se hubiera metido en tantos líos aquí.

Y ahora ella le había vuelto a traer.

Lamentó de veras no haber regresado de inmediato a **Dorset**, ya que con **Fort** allí, convertido ahora en conde, todo podría haberse solucionado. Por lo visto nunca aprendía. De todos modos, ¿cómo podría haber imaginado que el conde iba a morir? Era un hombre mayor, pero aún estaba en forma.

Tenía que admitir, no obstante, que su impetuosidad la había vuelto a llevar por el mal camino. Parecía que nunca aprendería. Su madre le diría un par de cosas, y con razón, ya que había vuelto a poner en peligro a Oliver.

Aunque cumpliera su palabra y evitara el juego, había fulanas en cada esquina de la calle y ginebra barata por doquier. Estaba segura de que también podrían encontrarse las variantes más elegantes del tema. **Portia** cerró la puerta de un armario desvencijado y se dijo a sí misma que las mujeres y la bebida nunca habían sido las flaquezas de Oliver. Estaría más tranquila cuando le viera de regreso sano y salvo en casa, así que esperó con ansiedad su vuelta.

Pero el anochecer sólo trajo a un **pilluelo** con una nota que decía que Oliver se hallaba cenando con unos amigos. Cenar con amigos parecía lo bastante inocente, pero Portia sintió un escalofrío de inquietud.

El escalofrío se acentuó cuando cayó la noche sobre la ciudad y Oliver ni había regresado ni había enviado otro mensaje.

Capítulo 3

Bryght Malloren holgazaneaba en un garito de juego llamado Jeremy y observaba con cierta dosis de cinismo al joven situado al otro extremo de la mesa de lansquenete. No sabía su nombre completo, pero era un St. Claire: el hermano de la amazona de bolsillo, el que Bryght había tumbado cuando fue a conseguir la carta.

Había unos cuantos aspectos de aquel encuentro que lamentaba, pero tumbar a aquel gallito no era uno de ellos. Sin duda, la vía más prudente ahora era no hacerle caso.

¿Desde cuándo un Malloren era prudente?

Debía de haber vaciado ya varias botellas de excelente clarete o probablemente habría advertido antes la presencia del joven. Por otro lado, el número insuficiente y la naturaleza humeante de las velas que ambientaban Jeremy dificultaban la visión. El aire estaba opaco a causa del humo, y cargado de olores de tensión, excitación y miedo. Bryght se preguntaba qué demonios estaba haciendo en un garito tan inmundo. No es que necesitara desesperadamente fondos en aquel momento.

Tras una cena excelente con Andover, Bridgewater y Barclay en Dolly's Steak House, habían ido al club Savoir Paire. Allí, habían consumido una buena cantidad de vino, pero la compañía les resultaba aburrida. Fue Andover, puñetero, quien había sugerido echar un vistazo a este último garito.

Bridgewater había rechazado la propuesta, pues había dejado de interesarle este tipo de especulación, y Barclay había encontrado otros amigos. Bryght había accedido a acompañar a Andover hasta Jeremy con la débil esperanza de que resultara ser un lugar en el que su notoria suerte fallara. No es que tuviera intención de continuar jugando allí si empezaba a perder, pero sería una nueva y agradable experiencia.

No había perdido en casi un año.

Ah, bueno, como decían, «Afortunado en amores, desafortunado en el juego». Estaba claro que lo contrario era cierto. Gracias a Nerissa St. Claire, Bryght había renunciado al amor por completo, y en las mesas de juego no podía perder.

El joven St. Claire debía de encontrarse en un estado de perfecta felicidad en lo referente a asuntos del corazón. Estaba perdiendo repetidamente.

La partida era de lansquenete con apuestas altas: una manera tonta de perder grandes cantidades de dinero. No existía ninguna habilidad implicada en volver las cartas a menos que uno hiciera trampas. A Bryght le pareció que aquel juego le iba bien en aquel momento ya que excluía la culpabilidad de ganar.

—¡Maldición! —exclamó un hombre, mirando con furia las dos cartas que había descubierto el banquero—. ¿Nunca saldrán las cartas que yo necesito? —Se levantó, se quitó la casaca y se la volvió a poner del revés—. Bien, tal vez eso sirva de algo. —Escudriñó a Bryght a través del humo—. Malloren, ¿cuál es vuestro secreto? ¡Maldición, nunca perdéis!

—Una perra —dijo Bryght arrastrando las palabras—. **Búscaos** una perra, **Danforth**.

—¿De alguna raza concreta? —preguntó ansioso lord Danforth.

—No, sólo aseguraos de que levanta la cola a cualquier chucho que se le acerque a husmear.

—¿Qué decís? Encontraré una mañana. He probado el brezo de la suerte, y los zapatos nuevos. Pero nada parece funcionar. Y bien, juguemos.

El propio Danforth había perdido más de mil, y una buena parte de aquella cantidad se hallaba delante de Bryght junto con las contribuciones de la mayoría de los demás hombres presentes. Bryght jugueaba ociosamente con la pila de guineas y pagarés. Probablemente, Danforth podía permitirse aquella pérdida. Otros de los que estaban sentados a la mesa no. Le disgustaba ganar a quienes no debían estar jugando, pero a veces era algo inevitable. Negarse a jugar con un hombre era insultarle.

Desde esta distancia, Bryght no podía distinguir cuánto llevaba dilapidado el hermano de la amazona de bolsillo, pero dudaba que el joven pudiera permitirse malgastar un solo penique. ¿Qué demonios estaba haciendo en un garito **como Jeremy**?

No era asunto suyo, qué **puñetas**, se dijo, pero la culpabilidad por su comportamiento con aquella briosa joven le remordía la conciencia. Recordaba haber disfrutado del encuentro con **Portia St. Claire** en un principio como no disfrutaba de un encuentro con una mujer desde hacía tiempo. Para empezar, pensó sonriendo con el recuerdo, no había muchas que intentaran dispararle en el acto. O que intentaran bloquearle el camino con su cuerpo.

Su menudo cuerpo.

No era una belleza, pero el fuego en sus furiosos ojos y la firme línea de su boca le habían dejado prendado. En algunos momentos desconcertantes recordaba la energía vibrante de su cuerpo delgado luchando con él, se preguntaba cómo sería pelearse de una manera más amistosa con ella.

No tenía intención de aclarar el tema. Había tenido empacho de **St. Claires**, y sus objetivos maritales —si es que tenía alguno— estaban firmemente orientados a casarse por dinero. No obstante, el maltrato a una mujer valiente persistía amargamente en su mente, y le agradaría pacificar su conciencia.

Se levantó con un suspiro.

—Pero, bueno —dijo **Danforth**—. No os vayáis ahora, **Malloren**. ¡Mi suerte está a punto de cambiar!

—Entonces jugaré con vos mañana, Danforth. —Hizo una señal a un criado del club para que recogiera sus ganancias y rodeó tranquilamente la mesa hasta donde estaba sentado el joven. Pulcra peluca con un recogido en la parte posterior, elegante traje de satén y esmerado encaje. La familia aún no estaba en las últimas.

¿Sabía el nombre de pila del jovenzuelo? Hipólita se había dirigido a él por su nombre, pero no lo había retenido.

—**St. Claire** —dijo **Bryght**—. ¿Os apetece una o dos manos en privado?

El joven estaba tan enfrascado en ver qué cartas salían que no contestó. Bryght tuvo que darle un toque en el hombro. El joven alzó la vista distraídamente, luego sus ojos se abrieron.

—¡Vos!

—Sí, efectivamente soy yo. Os estoy invitando a jugar conmigo, **sir**. De hecho, insisto.

Los ojos del joven se desplazaron rápidamente al juego que tenía

ante él, pero luego sucumbió al deseo más fuerte y se levantó. **Bryght** se sintió aliviado al ver que a él aún le quedaban unas pocas guineas. Buscó una mesa para dos y pidió vino.

—¿**Besigue**, señor **St. Claire**?

—No es **St. Claire**. Es **Upcott**.

Bryght alzó las cejas.

—¿Su hermana? ¿O es viuda?

—Hermanastra. Y quiero saber qué sucedió entre los dos, **milord**.

Ella no me lo quiere contar.

Bryght tuvo que reconocer valor al jovenzuelo.

—Entonces yo mucho menos voy a revelar sus secretos.

—¡No me haréis creer que disfrutó con vuestras atenciones!

—¿Atenciones? —preguntó **Bryght** con amabilidad.

Upcott le lanzó un mirada llena de furor, pero se resignó al silencio.

Tenía un rostro apuesto, piel clara, y parecía más inteligente de lo que sugería su comportamiento. A **Bryght** siempre le asombraba que criaturas agradables y sensatas se vieran atrapadas en las mesas de juego.

Tal vez no fuera demasiado tarde para éste. Un sirviente trajo el vino y barajas nuevas de cartas. **Bryght** sirvió las copas a ambos.

—Mi querido señor **Upcott**...

—**Sir Oliver** —corrigió el joven lacónicamente.

Bryght inclinó la cabeza en gesto de disculpa.

—Mi querido **sir Oliver**, vuestra hermana y yo tuvimos cierto malentendido que yo lamento por completo. No quise faltarle al respeto y me disculpo de cualquier disgusto que pudiera ocasionarle. Y, por supuesto, también lamento nuestro pequeño malentendido.

Estaba claro que **sir Oliver** se amilanó con esta disculpa.

—Muy bien, **milord**. No hablemos más de ello.

—Sois sumamente amable, señor. —**Bryght** le pasó una copa de vino—. Y ahora, por favor, decidme que me complaceréis con una partida. ¿Jugáis al **besigue**?

—Por supuesto.

Bryght lo tomó como completa conformidad y sacó de su envoltorio una de las dos barajas, que pasó al joven para que la inspeccionara y barajara. Luego cortaron para dar.

Cuando **Bryght** ganó, contuvo un suspiro. Su suerte estaba claramente presente en toda su fuerza. Esto no iba a ser fácil.

El **besigue** era un juego que requería una gran cantidad de suerte, pero también implicaba habilidad para seguir la pista de las cartas jugadas y estar al tanto de las distintas maneras de puntuar con las cartas que se tenían. Era el tipo de pericia que se le daba bien a **Bryght**, y tenía intención de emplear su habilidad para llenar los bolsillos del muchacho. Luego le mandaría a casa y confiaría en no volver a echarle el ojo nunca más.

Bryght tenía buen instinto para detectar los problemas, y **sir Oliver** y su hermana sin duda representaban problemas. Jugó la primera carta.

—Vos y vuestra hermana estáis instalados ahora en Londres, ¿no así?

Upcott fruncía el ceño centrado en las cartas, y entonces ganó la baza.

—Sí, **milord**. En **Dresden Street**.

—**Bryght** lo situó en la periferia más alejada del Londres respetable, lo cual confirmaba que no les sobraba el dinero.

—La muerte del conde de **Walgrave** debe de haber alterado vuestros planes —sondeó.

El joven se sonrojó.

—¿Qué **diantres...** ? ¿Qué os importa a vos, señor?

Bryght hizo un gesto pacificador.

—Soy un torpe. Perdonadme, por favor. —El joven tenía razón.

Nada de aquello era asunto suyo. Ganó una baza con la reina de diamantes: algo singularmente estúpido en el **besigue**, pero, por lo visto, su oponente no lo advirtió.

Andover sí. Se había acercado a observar el juego y alzó una ceja de asombro mirando a Bryght. Este le lanzó un mensaje, y su amigo se alejó andando.

En el **besigue**, lo que importaban era los puntos marcados por las combinaciones en cada jugada, no las bazas ganadas. Sir **Oliver** conocía las normas del juego, pero no parecía demasiado consciente de las sutilezas. Si no evitaba las mesas de juego, sin duda estaba abocado a la prisión como deudor. ¿Y qué sería entonces de su hermana?

Gracias a una manera muy peculiar de jugar, Bryght consiguió que Upcott lograra llegar a los mil puntos primero.

—Ganáis, sir Oliven Tal vez podamos subir las apuestas. ¿Veinte guineas la ronda?

A Bryght no le resultó complicado elevar las apuestas, pero sí encontró sorprendentemente difícil seguir perdiendo. Por supuesto, su maldita suerte no dejaba de interferir, por ejemplo, no pudo impedir enseñar cuatro ases que le salieron en una mano. La verdad era que el joven no estaba dotado para el juego.

—**Ay**, probablemente sea cierto, **mon ami**. —Siguieron charlando por encima de las canciones disonantes hasta que el coche se detuvo.

—**Sir Oliver** —dijo **Bryght** interrumpiendo el coro—, ¿hemos llegado? ¿Era el número doce de **Dresden Street**?

Upcott escudriñó por la ventana con gran aturdimiento.

—Arriba del todo, **milord**, pero un alojamiento lamentable de cualquier modo. Os invitaría a entrar, pero...Bryght descendió y sacó al joven.

—Sois amable en suma, pero es tarde, señor. Si se me permite el atrevimiento, os recomiendo que nunca más volváis a mirar las cartas o los dados. No estáis dotado para ello.

—Hizo una inclinación—. Mis saludos respetuosos a vuestra hermana y todo eso.

Upcott frunció levemente el ceño lleno de perplejidad, luego **asintió**.

—Excelente, milord. Excelente. He disfrutado del juego. Tenemos que volver a jugar algún día. Podréis tomaros la revancha...

Bryght suspiró y le dejó para que se apañara él solo y entrara en la casa. Ordenó al conductor que les devolviera a la civilización y volvió a ocupar su asiento.

—¿Hermana?—inquirió **Andover** con interés.

—Sólo un encuentro fortuito.

Ahora que estaban a solas los dos, Andover estiró sus largas piernas.

—**Ah**. Y yo que esperaba que la **Findiayson** tuviera una rival.

—¿Esperabas? Qué grosero por tu parte. ¿Cómo alguna mujer podría rivalizar con la espléndida señora **Findiayson**?

—Ciertamente nadie puede rivalizar con su espléndida fortuna, totalmente bajo su control.

—Precisamente —dijo Bryght con sonrisa beata.

—¿Por qué diablos estás tan empeñado en una boda sustanciosa?

Con tus ingresos familiares y tu suerte en las mesas de juego, seguro que no estás necesitado de dinero.

—Uno siempre está necesitado de dinero, da la impresión.

Andover le miró frunciendo el ceño.

—¿De veras estás apurado? Podría prestarte...

Bryght se rió.

—¿Un **Malloren** sin blanca? Dios santo, la cuestión es que me he metido a fondo en el proyecto de **Bridgewater**.

Andover se estiró lleno de sorpresa.

—¿El canal? ¿Crees que es algo importante?

—¿Tú no?

—Es una locura. Es típico de **Bridgewater**. ¿Qué hay de malo en el transporte fluvial cuando las carreteras no sirven? Va en contra de la naturaleza, abrir una vía navegable a través del campo.

—Más bien di que conquista la naturaleza —contestó **Bryght**—.

Las carreteras se agrietan con la escarcha, se convierten en sopa de barro con la lluvia, y en la mayoría de casos están mal conservadas. Los ríos pierden profundidad en verano, y en invierno se desbordan. Un canal está simplemente ahí, siempre en calma, listo para transportar bienes con un gasto mínimo.

—Pero, ¿y el coste de construcción?

—Diez mil guineas la milla, por lo visto.

Andover se quedó boquiabierto.

—¿Cómo conseguirá **Bridgewater** recuperar ese tipo de costes?

Le he oído decir que no iba a contentarse con ir desde sus minas de carbón hasta **Manchester**. Quiere continuar hasta el mar. Eso son otras veinte millas o más. Costará una fortuna.

—Ya le ha costado la suya. Ya debe más de treinta mil libras...

—**Cáspita**.

—...y la gente se muestra muy reacia a dejarle más dinero.

—No es sorprendente. Y tú, de hecho, le has dejado dinero.

—Todo lo que me sobra y casi todo lo que saco en las mesas de juego.

Andover volvió a echarse ruidosamente hacia atrás en el asiento.

—Me preguntaba por qué te había dado otra vez por jugar tanto.

—Miró pensativo a **Bryght**—. Nunca antes te había visto apoyar una empresa fracasada. Tal vez también yo debiera hacerle un préstamo.

—Tal vez, pero te digo con toda honestidad que no hay ninguna garantía en ello. Es un asunto arriesgado de verdad. Aparte de los problemas técnicos, están decidiendo sobre la marcha la manera de hacer muchas cosas, hay mucha gente que quiere verle fracasar.

—Todos los que tienen dinero metido en los proyectos de navegación fluvial, para empezar, por no hablar de los que tienen dinero en el transporte por carretera. —**Andover** se mordisqueó el pulgar—. ¿Sería mucho más barato el transporte por canal?

Bryght sacó su **cajita** de rapé y ofreció a su amigo un pellizco reparador para sus nervios.

—Inmensamente. Por carretera, un caballo puede tirar aproximadamente de una tonelada. En un canal, puede tirar de cerca de cincuenta.

La mano de **Andover** se detuvo cuando iba a coger el rapé.

—¿De veras puede? Eso es un buen ahorro.

Bryght sonrió.

—¿Eh que sí? **Bridgewater** va a estar en disposición de vender carbón en **Manchester** y **Liverpool** por una fracción del precio actual, y encima sacará beneficio. Y también podrá traer artículos importados en el viaje de vuelta desde **Liverpool** al interior, con un ahorro igualmente inmenso. Vamos a cambiar la faz de Inglaterra y hacernos muy, muy ricos.

—O ir a la quiebra.

Bryght cerró su **cajita** de rapé con un chasquido.

—Es un riesgo. Pero el riesgo, como bien sabes, es lo que más me complace.

Andover parecía dar vueltas a todo el asunto en silencio, pero luego preguntó:

—¿Cómo encaja **Jenny Findiayson** en todo esto?

—No tengo intención de permitir que este proyecto fracase. Si nos quedamos sin dinero, me casaré con esta mujer y emplearé su dinero para continuar.

—¡**Cáspita**, y yo que pensaba que eras un idealista con las mujeres y el matrimonio!

—Eso era antes de que conociera a la deliciosa Nerissa.

—Ya, ha resultado ser una hermosa ramera. Da gracias al cielo de que lord Trelyn consiguiera su mano antes que tú.

—Oh, lo hago —dijo Bryght.

—Y búscate una novia mejor. Jenny Findiayson tiene toda la pinta de ser una arpía.

—Pero una arpía ricachona. Estoy seguro de que, si fuera necesario, podría ponerla a fregar suelos en una casa venida a menos.

Andover estalló en carcajadas.

—¿Puedes domarla? Caramba, Bryght, eres más valiente que yo.

Portia se despertó con una sacudida al oír un topetazo en la otra habitación. Le siguió una maldición reconocible. Gracias al cielo. ¡Oliver estaba en casa! Luego tomó nota de que era muy tarde. ¿Dónde había estado hasta tan altas horas de la noche?

¿Jugando?

No, no podía ser.

Salió de la cama temblando a causa del frío helado, envuelta en la delgada colcha. Cuando se asomó a la habitación contigua, la tenue luz dio las manos en la pila de dinero—. Salí de casa con tan sólo treinta guineas, ¡y vuelvo con todo esto!

Portia tragó saliva. Si había salido con treinta guineas se había llevado casi toda su provisión de dinero. Había dicho que necesitaba unas pocas monedas, y ella había mostrado su conformidad. Nunca hubiera pensado que por unas pocas entendiera treinta.

—Podías haber perdido las treinta —indicó ella, obligándose a hablar sin alterarse.

—Pero no ha sido así. ¡Me ha cambiado la suerte!

Oh, Señor. Era como oler el principio de la putrefacción. La conmoción de haber perdido tanto dinero le había llevado a jurar que no volvería a jugar, pero ahora que había probado el sabor del éxito, ¿cómo podría ella detener la podredumbre? Las manos de Portia temblaban mientras recogía las monedas en una toalla.

—¿No me toca a mí nada de todo ello? —preguntó él lastimeramente.

—¿Cuánto quieres?

—Cincuenta, tal vez. Un hombre tiene que llevar dinero en el bolsillo.

Portia quiso recordarle que estaba muy endeudado. No importa cuántas monedas tuviera en su bolsillo, en realidad no eran suyas. Pero no se daba cuenta de que no tenía sentido comentar eso en este momento. Contó las cincuenta.

—Debemos guardar a salvo el resto para las necesidades, Oliver.

—Por supuesto que sí. —Hizo una mueca y lanzó una de las monedas doradas—. Al fin y al cabo, habrá más donde conseguí éstas.

—¡Oliver! —protestó Portia, buscando las palabras para llevarle por otro derrotero.

Él sacudió la cabeza, casi estaba radiante por su nueva esperanza.

—Tal vez ya no nos haga falta ningún préstamo. ¡Hay gente con miles de guineas en las mesas de juego cada noche! Ahora que mi suerte ha cambiado, podemos recuperar Overstead de la misma manera que se perdió.

Portia empezó a oponerse, pero él no le hizo ni caso mientras empezaba a sacarse la ropa con cierto esfuerzo. Ella regresó a su propia habitación sujetando la bolsa de monedas. Tanto oro debía de suponer un respiro, pero la verdad era que sólo sentía desesperación.

Había pensado en serio que Oliver había aprendido que el juego era la carretera que conducía a la ruina, pero este éxito lo había cambiado todo.

Tal vez esto fuera el propósito.

Por lo que entendía ella, había caído en manos de un bellaco que le engañaría con pequeñas ganancias hasta que estuviera lo bastante confiado, y **Oliver** lo perdiera todo. Era una trampa bien conocida empleada con los incautos, y a los que la practicaban les llamaban «halcones». Un nombre de **predador** apropiado en este caso.

Dejó caer ruidosamente el bulto sobre una silla. ¿Por qué Oliver no veía lo que estaba sucediendo?

Por otro lado, ¿qué quedaba por perder? Estaba claro que Oliver había fingido prosperidad, y el nuevo halcón no era consciente de que su presa ya lo había perdido todo.

¡Deseó poder anunciarlo en los periódicos de todo Londres!

Previamente, **Portia** nunca había escondido el dinero, pero ahora sabía que debía hacerlo. No le gustaba la idea, ya que era de Oliver, pero no estaba segura de poder confiar en que él no se jugara hasta la última moneda.

Oh, pero era una forma de locura de la que tenía que ocuparse en este caso.

Estudió la habitación llena de desesperación. Su sencilla cama de hierro y el sencillo armario no ofrecían un lugar donde esconder algo con astucia.

Luego miró a la chimenea.

Tenía un sencillo faldón de madera muy parecido al de **Maidenhed**. Cuando lo inspeccionó, comprobó que también había un hueco a su alrededor entre la madera y el muro. Una rápida inspección reveló que una guinea se ajustaba en el hueco sin deslizarse más al fondo.

Empezó a deslizar metódicamente las monedas por todo el contorno, con la esperanza de que ningún destello de oro revelara su ubicación. Aquello sólo servía para guardar la mitad del dinero, pero **Portia** se sintió mejor sabiendo que algunas de las monedas estaban a salvo.

Se acurrucó otra vez en su cama aún caliente. Quedaban tres semanas hasta Año Nuevo, antes de que el malvado **Barclay** reclamara **Overstead**: la bonita **Overstead** con sus campos fértiles y soberbios jardines.

Los campos eran en parte trabajo suyo, ya que ella había empujado a su padrastro a introducir algunos de los nuevos métodos de agricultura. Los jardines era obra de su madre, y a **Hannah** le rompería el corazón entregárselos a un extraño.

Quedaban tres semanas, atrapados aquí en el sucio, cara y **perverso** Londres, y todo por su culpa. Debería haber hecho caso a **Oliver** y regresado a casa. De todos modos, después de meterles en tal berenjenal, tenía que mantener a Oliver alejado de su vicio hasta que **Fort** regresara a Londres.

«¿Y qué me dices del resto de su vida?», se mofó una **vocecilla**.

Portia la pasó por alto. Era el aburrimiento lo que llevaba a Oliver a las mesas de juego. Si podían conseguir el préstamo y salvar **Overstead**, Oliver estaría demasiado ocupado trabajando para intentar devolver el dinero como para dar vueltas por Londres y volver a caer en malas costumbres. Lo único que tenía que hacer era arreglárselas durante las semanas más inmediatas.

«Pero vuelve a jugar, y cree que ésta es la manera de solventar las cosas.»

«Si yo guardo el dinero a salvo, sólo podrá perder las cincuenta guineas, y son cincuenta que no teníamos esta mañana.»

«Puede contraer deudas. No llevaba **Overstead** en el bolsillo cuando la perdió, ¿no te acuerdas? Los hombres firman pagarés... vales, los llaman. Tan buenos como el oro, en definitiva. ¿Qué vas a hacer si alguien aparece con un puñado de pagarés? Pagar, o verás a Oliver conducido a rastras hasta **Fleet**?»

¡Presumiblemente, en Fleet no tendría posibilidad de perder más!

Portia se avergonzó de inmediato de aquel arranque de rabia. Por supuesto, no quería ver a Oliver en prisión por deudor. Mañana, cuando se despejara del brandy y la excitación, seguro que se daría cuenta de que, como mucho, la suerte de esta noche había sido una casualidad.

Capítulo 4

Bryght se separó de Andover cerca de Bond Street y dejó que su amigo se quedara con el carruaje de alquiler. Ni siquiera sintió la tentación de buscar un guía con una antorcha, ya que la leve luz de la luna era suficiente para mostrarle el camino hasta la próxima Mariborough Square. Sabía que el peligro acechaba detrás de cualquier sombra, pero la única precaución que tomó fue echarse la capa hacia atrás y asegurarse de que la empuñadura de su espada quedaba bien a la vista. Los carroñeros londinenses generalmente rondaban presas más fáciles.

Mariborough Square era tal vez la plaza más elegante de Londres, con grandes casas en torno a un precioso jardín rodeado por una valla, que incluso contaba con un estanque para patos. La mansión Malloren se hallaba en el centro de uno de los lados de la plaza, un poco separada de la calzada, con un patio delantero adoquinado. A cada lado del edificio transcurría una estrecha callejuela, que lo separaba de las casas próximas de menos categoría, vallada por verjas de hierro forjado. En la parte trasera había un gran jardín.

Mientras Bryght subía los bajos escalones hasta el pórtico de columnas, el portero de noche apostado en una hornacina se levantó de un salto y abrió una de las pesadas puertas dobles.

Bryght recordó una conversación con Portia St. Claire acerca de llamar a la puerta. El había dicho que nunca llamaba a puertas que no tuvieran criados para abrirlas. La verdad es que rara vez tenía que llegar a llamarlas siquiera...

¿Por qué aquella mujer no dejaba de irrumpir en sus pensamientos? Sería una tontería verse mezclado ahora en asuntos de la pequeña nobleza, que tenía que llamar a las puertas e incluso —¡Dios nos libre!— responderlas.

Bryght disimuló una mueca mientras hacía un ademán al hombre de edad y pasaba al interior del lúgubre vestíbulo. No convenía que le vieran sonriendo, o pronto correría la voz de que había llegado borracho a casa. Bebía. Pero no se emborrachaba en serio, lo cual era otro motivo de su éxito en el juego.

Se oyó un ladrido muy quedo y una forma oscura se puso de pie junto a la mesa que sostenía las velas. Bryght se acercó para saludar a 'Zeno. La cabeza del saluki persa le llegaba a Bryght casi a la cintura, lo cual hacía fácil frotarle las largas y sedosas orejas.

Así era mejor, ya que ni Bryght ni el perro se sentían inclinados a perder la dignidad en su relación. Bryght no estaba dispuesto a agacharse y decir tonterías, y a 'Zeno nunca se le ocurriría dar brincos o emplear cualquiera de los trucos aduladores propios de su especie. Su mayor señal de devoción era estar al lado de Bryght siempre que podía. El hermano de Bryght, el marqués de Rothgar, había recibido un par de perros como regalo: su intención era dejar ambos en la abadía de Rothgar, pero en cuanto el macho había visto a Bryght se había vinculado estrechamente a él. Ni siquiera como cachorro de seis meses había dado señales de alegría y movido entusiasmo, sólo mostraba un reconocimiento resignado de su sino. Que era el motivo de que Bryght le hubiera bautizado Zeno, por el fundador del movimiento estoico.

Le frotó detrás de las orejas, y *Zeno* se apretó un poco más contra su amo: el único signo de aprobación que Bryght podría conseguir. Bryght se apartó para encender una vela en la oscura noche. Era el único de la familia que estaba en la mansión en ese momento y sus órdenes establecidas eran que el personal se retirara temprano a menos que él diera otras instrucciones. La casa estaba en silencio aparte del tictac de los relojes, y tuvo que admitir que era agradable tener a *Zeno* para darle la bienvenida al regresar a su grande y tenebroso hogar. Vaya, se estaba volviendo un sensiblero.

Bien, si quería compañía, apostaría a que aún quedaba una persona despierta.

Bryght subió las majestuosas escaleras, protegiendo la llama de la vela de la corriente que provocaba su propio movimiento, seguido por el chasquido de las patas de *Zeno* sobre los escalones. Se encaminó hacia la habitación donde su invitado sin duda estaría enfrascado en los documentos relacionados con su canal.

Como había esperado, encontró a *Francís Egerton*, duque de *Bridgewater*, encorvado sobre un escritorio. Pero estaba trabajando en cuentas, no en croquis.

—¿Son buenas o malas noticias? —preguntó *Bryght* mientras *Zeno* se dejaba caer perezosamente delante del fuego.

El duque alzó la vista con una sonrisa rápida, casi tímida.

—Ambas cosas. Hay dinero para tres meses, calculo, salvo algún desastre.

—Como que el canal vuelva a reventar las orillas.

—Exactamente —contestó el duque con una mueca—. *Brindiey* cree firmemente que los árboles que estamos plantando a lo largo de las orillas serán de ayuda.

—Y también darán beneficios, con el tiempo. Un genio, *Francis*.

—Se lo debemos a *Brindiey*, no a mí.

—Sois demasiado modesto.

Bridgewater se encogió de hombros. Era un joven delgado, cinco años más joven que Bryght y una mezcla extraña de ingenuidad y sagacidad. De joven le habían considerado un ser delicado y estúpido a la vez, pero estaba demostrando que no era ni una cosa ni la otra. Eran muchos los que ahora pensaban que estaba loco, pero Bryght sabía que con el tiempo demostraría también que se equivocaban. Si el dinero no se acababa.

Bryght sirvió brandy para los dos.

—Gané otras mil guineas más o menos esta noche, que podéis quedaros. Menos un par de cientos.

—¿Perdisteis? —preguntó *Bridgewater* con leve sorpresa.

—A propósito.

—Qué extraño.

—Me sentí inclinado a realizar una acción caritativa.

Bridgewater echó una ojeada por la ventana.

—Y ni siquiera es luna llena.

—La caridad cristiana ha perdido aceptación en estos días —comentó Bryght secamente—. Consideradlo una inversión entonces. Eso resultará más aceptable a vuestro corazón mercenario. *Bridgewater* no disimuló sus risitas.

—De todos modos, ¿una inversión en qué? ¿Con posibilidades de beneficios?

—Sólo espirituales. —Bryght desvió la línea de conversación—.

¿Aún tenéis intención de regresar al norte mañana?

Bridgewater bajó la pluma y se estiró.

—Sí, he hecho todo lo posible para tirar adelante la propuesta.

Cuánto me gustaría que el Parlamento no tuviera voz ni voto en las iniciativas privadas. Mi vida sería mucho más sencilla.

—¿Qué problemas plantea el comité ahora mismo? Yo ya daba por sentado que la aprobación de un acueducto exigiría un acto de fe, ya que esos bobalicones poco ilustrados desconocerían el hecho de que aún existen ejemplos romanos en pie. Pero ahora sólo queda continuar hasta el mar, ¿no es así?

El duque hizo una mueca.

—Con un canal, el trazado es lo más directo, los demás siempre nos pondrán trabas. Son un montón de necios recelosos. ¡Si nadie se arriesga nunca, jamás habrá progreso!

—El hecho de que el acueducto fallara delante de sus propios ojos sin duda les ha vuelto cautelosos —señaló Bryght.

—Un fallo menor, que se corrigió enseguida. No ha habido problemas desde entonces.

—No, aparte de un par de desbordamientos muy caros...

—¿De qué lado estáis? ¡En una nueva aventura tienen que existir problemas!

—Paz —dijo Bryght con una mueca—. Estoy de broma, Francis. Pero debéis admitir que para la gente más cauta que nosotros, el plan parece una locura. Deberíais haber oído a Andover hablar del tema.

—¿Se trata de cautela o de codicia? Detrás de algunos de estos incrédulos, hay gente que puede perder mucho dinero una vez el canal esté en funcionamiento. Brooke prácticamente sufre una apoplejía mientras rechazaba el decreto de mi canal en el Parlamento.

—Sed justo, Francis. Brooke no está pensando en sus beneficios. No le importaría si abrierais una condenada carretera en su parte del país. Ya podéis estar agradecido de no haber intentado hacerlo cerca de la abadía de Rothgar o tendríais a mi hermano en contra.

—Tiene que haber cambios si se quiere el progreso. ¡Estos viejos señores conservadores van a arruinar Inglaterra!

—¡Espero que no tengáis a Rothgar por un viejo señor conservador! Bridgewater estalló en carcajadas.

—Dios me libre. Y a mí ciertamente no me gustaría enfrentarme a él. —Se puso serio—. Pero, por lo visto, la mayoría de la oposición es sobornable. Sus dudas desaparecen en cuanto ven dinero. Ya he hecho regalos suntuosos e incluso he dado dinero contante y sonante a gente a quien preferiría dar una patada en los testículos. Demontre, con lo que me gustaría poder dedicar el dinero a la construcción. —Todo es construcción de un tipo u otro.

—¿Acrecentar las fortunas de los más codiciosos? Hoy en día se puede ganar dinero honradamente en cualquier lugar, pero la gente holgazana de Londres sólo piensa en sobornos y en el juego.

Bryght saludó irónicamente con un brindis sus palabras.

—Gracias.

—Cielos, no me refiero a vos, Bryght. Sé que ya habéis dejado atrás vuestra afición a las salas de juego.

—Y nadie me ofrece un soborno excepto alguna que otra belleza que espera que le presente a Rothgar.

—Podríais hacer una fortuna de ese modo —comentó Bridgewater sonriendo entre dientes.

—Me temo que no ofrecen moneda muy fuerte en este caso.

—No, algo muy blando más bien. Lástima.

—Os estáis conviniendo en un verdadero avaro, Francis.

—Simplemente hago lo que debo para alcanzar mi objetivo.

—Un objetivo que es el beneficio. —Bryght deambuló con inquietud hasta *el fuego*. *¿Qué tiene de virtuoso prestar dinero y beneficiarse* de ello, cuando los otros hacen el duro trabajo?

—Pagamos a los trabajadores un chelín diario y más. Es un salario justo y ellos están contentos. Si no hubiera nadie dispuesto a proporcionar capital, no habría trabajo para los obreros y jamás se conseguiría nada.

—También es verdad. —Bryght rechazó aquellos escrúpulos poco habituales en él y regresó hasta el escritorio para llenar sus copas—. De modo que, si pensáis que ya habéis untado suficientes manos para que vuestro proyecto siga adelante, ¿por qué no os quedáis unos pocos días más en la ciudad y os entregáis a otros vicios más deliciosos?

—Londres me aburre, y quiero ver cómo avanza el trabajo.

—Corréis peligro de convertirlos en un perro terriblemente tedioso, ¿sabéis? El duque Aburridísimo.

—Es mejor que el duque Pobre, que es la etiqueta con la que crecí. —Dio un sorbo al brandy—. Voy a ser el duque más rico de Inglaterra. ¿Y cuál es vuestro incentivo, Bryght?

—¿Ser el plebeyo más rico? —contestó Bryght alegremente.

—Hay maneras más sencillas de hacer dinero.

H

—¿En las mesas de juego? Carezco de sangre fría para despojar a la gente de todo lo que tienen.

—Me refiero a los mercados. Sé que os gusta la inversión más que el juego.

—Ah. Pero tras haber puesto mis fondos en vuestra empresa, no me queda nada que arriesgar. Estos días mis placeres especuladores los obtengo del dinero de Rothgar.

El duque frunció el ceño.

—Lo siento. Debe irritaros depender de él.

—Francis...

Pero el duque hizo caso omiso.

—Parece ser que os he arrastrado a un abismo, Bryght. Sé que habéis invertido en mí por capricho cuando... bien, fue un capricho. Compraré toda vuestra parte en cuanto me sea posible. Podría ser pronto. Ahora el acueducto está funcionando. De hecho hay gente que viene a ofrecermos préstamos.

—¿Sin necesidad de hostigarles? ¡Eso sí que es un cambio! Pero no tengo deseos de abandonar el proyecto.

—Lo habéis puesto todo en el proyecto, y es un asunto arriesgado de verdad.

—¡Francis! El riesgo es lo que más me complace.

El duque hizo una mueca lleno de exasperación.

—Bryght, pensad. ¿Qué haréis si fracasamos?

—¿Qué haréis vos si fracasamos?

—Yo seguiré siendo un duque. Eso ya es algo.

—Pero un duque pobre de nuevo. Si fracasamos, que no sucederá, yo seguiré siendo un Malloren. Y a diferencia de vos, yo no estoy endeudado.

—Tal vez acabéis endeudado.

—Qué cuernos. Lo sacaré de las mesas de juego.

—Si la suerte no os cambia.

—No es sólo suerte —apuntó Bryght.

—Sólo queda la suerte cuando le ves las orejas al lobo.

—Que es el motivo de que prefiera ver al lobo pintado en un cuadro. ¿A qué se debe este pesimismo, Francis?

—Si vos sufrís punzadas de remordimiento en las mesas de juego, yo también las padezco. No me importa arriesgar todo lo que tengo, pero vos sois el único accionista externo. Un cambio de poder en el Parlamento, una racha de mala suerte con las excavaciones, un error

por parte de Brindiey, y podríamos hundirnos. Y aunque todo eso vaya bien, es posible que nos quedemos sin dinero.

—Que es el motivo de que yo esté utilizando mis encantos con

Jenny Findiayson.

Bridgewater frunció el ceño.

—Llegados a ese punto, ¿de veras os casaríais con ella sólo para poner a flote mi inestable sueño?

—¿Por qué no?

—Es una refunfuñona.

—Es una mujer de buen ver sin ninguna lacra concreta aparte de una fuerte creencia en su valor.

—Dado el valor, tiene motivos. Pero...

—¿Pero?

El duque consideró sus palabras.

—Perdonadme si vuestros sentimientos son profundos, pero puesto que he conocido a la dama, no creo que hicierais buena pareja.

Bryght alzó las cejas.

—¡Vaya! ¿Intentáis decirme que Jenny prefiere vuestros encantos a los míos? ¿Que en realidad ansia cazar a un duque? Pues toda para vos.

Bridgewater se sonrojó.

—No, este duque no es el que ansia. Me he interesado con tacto. ¿Por qué buscar su dinero a través de un agente financiero si puedo conseguirlo yo directamente? Ella cree que estoy loco y que perderé todo su dinero en un esfuerzo fracasado, esperando que ella viva en la miseria en una chabola.

Bryght se rió.

—Me gustan las mujeres dominantes. Me preguntó si le afectará mucho enterarse de que si se casa conmigo habrá dedicado su fortuna al mismo esfuerzo fracasado.

El duque bajó la copa.

—A veces pienso que lo creéis de verdad, Bryght. Que voy a fracasar.

Bryght maldijo su descuidada lengua.

—No os respaldaría si no tuviera fe en todo el proyecto. Pero no me avergüenza asumir riesgos. —Bryght dio el último trago al reconfortante brandy, dejándolo gotear por su garganta—. Los logros sin riesgo son aburridos. Me fascina la demencia inspirada y me encanta el juego con apuestas arriesgadas que impliquen algo. Construid el canal, Francis. Yo me aseguraré de que tengáis el dinero.

Portia se despertó a la mañana siguiente inusualmente desanimada. Pese a los batacazos que había recibido en los últimos tiempos, siempre conseguía levantar el ánimo con planes optimistas de acción. Ahora no sabía qué hacer.

Apenas había dormido después de que Oliver regresara a casa, perdida en pensamientos de lo más deprimentes, como cabía esperar a altas horas de la madrugada. Se había dicho a sí misma que, hasta que vinieron a Londres, Oliver nunca había dado muestras de aquella fiebre jugadora. Pero ni siquiera esto le había ayudado a librarse del miedo a que su hermano fuera ahora un jugador incurable y que, aunque consiguieran un préstamo, él lo volviera a perder todo.

Empezó incluso a tramar extraños planes para encerrar a Oliver en Overstead de modo que no pudiera volver a jugar.

Luego pasó a considerar qué podía suceder si no conseguían el préstamo. Ahora difícilmente podía culpar a alguien —ni siquiera a Fort— por considerar a Oliver un riesgo que no merecía la pena.

El día de Año Nuevo tendrían que dejar Overstead en manos del horrible mayor Barclay. ¿Y después qué?

Su único amparo sería el hermano de su madre en Manchester, una perspectiva que aún la deprimía más. La casa de su tío era bastante bonita, ya que parecía que le iban bien las cosas. No obstante, se hallaba en medio de la ciudad, cerca de las nuevas fábricas de su tío, donde filas de telares tejían estambre y fustán. La casa daba directamente a una

bulliciosa calle en la parte frontal y tan sólo tenía un jardín en la parte posterior.

Ella era una mujer de campo. ¿Cómo podría vivir sin praderas y un huerto?

Todas las calles próximas a la casa de su tío eran iguales, con apenas árboles o flores, sólo había carretas pesadas transportando materiales, hilados o telas. Las carretas levantaban polvo y dejaban borras de lana y algodón flotando en el aire. Aunque quisiera cultivar un huerto, tuvo que preguntarse si las flores crecerían en un lugar así. Pero si perdían Overstead, sólo les quedaría la opción de Manchester o morir de hambre.

Tantas horas de preocupación dejaron a Portia a punto de llorar, pero con el nuevo día se dispuso a llenar su mente de optimismo.

Al fin y al cabo, pensó mientras descorría las cortinas para dejar entrar la vigorizante luz del sol, el dinero oculto tras la chimenea les proporcionaría seguridad durante un tiempo. No se quedarían sin hogar por no poder permitirse pagar un alquiler, ni se morirían de hambre por no poder pagarse la comida.

Y esperaban a Fort de regreso a la ciudad en cualquier momento.

Aunque Oliver continuara jugando, no podría meterse en problemas serios en tan sólo unos pocos días. Cuando llegara Fort, decidió, acudiría ella sola a exponerle el caso, sin contar con Oliver. Eran de la misma edad y buenos amigos. Sabía que él le ayudaría de alguna manera.

Tal vez Fort decidiera a ir en busca del horrible mayor Barclay para matarle. Eso no liquidaría su deuda, pero sería una especie de golpe contra el destino.

Como resultado de pensamientos tan satisfactorios, cuando Oliver insistió alegremente en salir a celebrar sus ganancias, Portia no hizo ningún comentario amargo. Quedarse sentada en estas habitaciones gélidas y lúgubres y preocuparse sobre su situación la convertiría en poco tiempo en una malcarada. Necesitaba aire fresco, y quería ver un poco del elegante Londres antes de marcharse para siempre.

Se sumó al espíritu del día ataviándose con sus mejores ropas. Portia sólo había traído consigo unas pocas prendas, y se trataba de un guardarropa campestre, pero la calidad era excelente, de modo que no tenía por qué avergonzarse de su aspecto. Escogió un vestido abierto de calimanco marrón claro, una lana lustrosa, que dejaba ver sus mejores enaguas de seda bordada.

Puesto que todavía no había perdido el juicio del todo, debajo se puso también una combinación de grueso droguete para no pasar frío. Podía hacer un día soleado, pero aún estaban en diciembre.

Teniendo en cuenta ese hecho, lo prudente habría sido ponerse una capa gruesa, pero Portia decidió olvidarse de la prudencia por un día, y se puso su pelerina corta de seda azul. Oliver se la había comprado las Navidades pasadas, antes de la muerte de su padre, antes de los desastres actuales.

Ahora, mientras ella se la ataba por el cuello, su hermano le sonrió con orgullo.

—Acerté al escoger este azul, ¿verdad Portia? Hace juego con tus ojos y te resalta el pelo. —Guiñó un ojo—. Atraerás las miradas de todos los hombres.

Portia se echó un vistazo en el pequeño espejo. Desestimó la segunda parte del comentario, pero tuvo que admitir que la capa le sentaba muy bien. El color favorecía mucho sus ojos azules y su pelo rojo. Era una pena lo de sus pecas, pero hacía mucho que se había convencido de que no había tratamiento que las eliminara.

Lo había intentado. No era presumida, pero las pecas conjuntadas con su corta estatura y nariz chata le daban un aspecto juvenil que resultaba absurdo. Tal vez otras mujeres quisieran parecer más jóvenes de lo que eran, pero ella ya se había resignado a la madurez y la aceptaba en todos los aspectos.

Recordó que alguien le había dicho: «Tanto por vuestro aspecto como por vuestra conducta, os hacía más joven...».

Luego recordó quién había sido.

—¿Por qué frunces el ceño? —preguntó Oliven

—Oh, son sólo tonterías —contestó y sonrió. Se colocó un primoroso sombrero en un ángulo gracioso en lo alto sus rizos, y decidió que, sólo con el toque final de un gran manguito de piel, **Portia St. Claire**, soltera, de **Overstead Hall, Dorset**, lucía el mejor aspecto posible.

Oliver estaba igualmente elegante con traje de terciopelo morado y zapatos de tacón alto. No quiso estropear el efecto con una capa y optó por llevar también un elegante manguito. Con su mejor peluca empolvada, parecía un verdadero petimetre de la ciudad.

Portia le cogió del brazo y le dedicó una sonrisa cortés.

—¡Partamos entonces, querido mío, y dejemos Londres anonadado con nuestra magnificencia!

Mientras iban paseando hacia la parte más moderna de la ciudad, Portia dejó deliberadamente a un lado sus preocupaciones. Se limitó a disfrutar del aire fresco y de las interesantes vistas. Le agradó comprobar que Oliver no intentaba gastar dinero en todas las baratijas que les pasaban por delante, aunque luego sí se detuvo ante el escaparate de un sombrerero de señoras.

—¿No has traído una máscara, verdad?

—Por supuesto que no. En esta época del año, no es que me haga falta proteger mi rostro del sol o del polvo.

—Pero es lo que se lleva. Deberías utilizar una, de verdad. —Oliver ya estaba cruzando por la puerta y Portia le agarró de la casaca.

—¡Oliver! ¡No me hace falta ninguna máscara!

Él le sonrió.

—Sí, sí la necesitas. Acabo de recordar que hay un desfile de la guardia de a pie en **St. James Park**. Apostaría lo que fuera a que todo el mundo estará allí. Disfrutarás. El rey acudirá. Estará incluso... pero deberías llevar una máscara.

—¿El rey...? Pero, ¿por qué una máscara?

—¿Por qué tantas cosas? ¡Es la moda!

Portia murmuró algo acerca de la moda, pero dejó que él la arrastrara hasta la tienda donde, sin darle muchas vueltas, escogió una máscara muy sencilla, blanca, que cubría todo el rostro. Oliver intentó convencerla de que se quedara con alguna más ornamentada, pero ella se negó a más extravagancias.

Mientras salían de la tienda, **Portia** comentó:

—No se me ocurre qué puedo hacer con ella.

—Simplemente déjala colgar de tu muñeca con la cinta. Y ahora... a **St. James Park**, ¡donde espera todo el mundo!

¡Era como él lo había dicho. Todo el mundo —la buena sociedad, la corte— parecía hallarse en el parque. Las flores habían desaparecido hacía tiempo, la mayoría de árboles estaban desnudos de hojas, pero las ropas vistosas, las pieles y las joyas servían para compensar los adornos que la naturaleza había perdido.

Portia nunca había sentido interés por la gente rica y esplendorosa, pero ahora que tenía delante a este grupo salido de un cuento de hadas, sólo podía sentirse fascinada. Todo el mundo parecía ir vestido con demasiado lujo para un parque: los hombre empolvados y las mu-

jeros con sus vestidos y mantos más suntuosos. Se lo comentó a Oliver.

—Es porque el rey y la reina estarán presentes. Es casi como la corte.

Portia se rió entre dientes.

—Nunca pensé que iría a la corte. Tengo que prestar atención. Estoy segura de que Prudence estará fascinada cuando le hable de nuestros monarcas.

—A decir verdad —murmuró Oliver— son una pareja bastante normal, y la reina decididamente no es muy agraciada.

—¡Shhh! —dijo ella fingiendo alarma, y los dos se echaron a reír.

Portia sintió que, por un instante, era como en los viejos tiempos, cuando ella y Oliver bromeaban y se tomaban el pelo. Pero aquellos tiempos se habían acabado. Bloqueó aquel pensamiento. Durante este breve rato, sería feliz.

Las esmeradas columnas de soldados marchaban y viraban siguiendo las órdenes de los oficiales. Oliver mostró un interés genuino, pero era uno de los pocos que prestaban tanta atención. Portia se dio cuenta de que los lords y ladies presentes se hallaban aquí para ver y ser vistos, no para presenciar ejercicios militares. Se le ocurrió pensar que sus maniobras eran tan fascinantes como las de los soldados. Algunas de estas personas eran puntos fijos, mientras otras iban y venían de un grupo a otro como insectos iridescentes sumergiéndose en el néctar de un lecho de flores en el solsticio de verano.

Entre los puntos fijos, Portia advirtió dos grupos congregados en

—NO entiendo por qué no.

torno a mujeres. Una era una mujer de cabello oscuro rodeada por un corro de hombres galanteadores; la otra era una hermosa rubia vestida de blanco, cuyo círculo era más serio y variado.

Le dio un codazo a Oliver para atraer su atención.

—¿Quiénes son esas damas?

Oliver miró hacia donde ella intentaba señalar con discreción.

—¡Ah, las reinas rivales! La Rosa Blanca y la Rosa Roja, les llaman algunos bromistas. La morena es la señora Findiayson, una viuda muy rica. Su fortuna proviene del comercio, pero en vista de su tamaño, la mayoría de varones están dispuestos a pasar por alto ese defecto. No sabes cómo desearía que me sonriera a mí. Ojalá lo hiciera —dijo con una mueca—, porque eso resolvería nuestros problemas a la perfección. Pero dicen que está decidida a casarse con algún miembro de la aristocracia, v.

—¿Y la rubia?

—La bella lady Trelyn. La niña mimada de la sociedad. Ya está casada y a buen recaudo. Ahí está su marido, rondando cerca de ella con gran devoción.

Portia estudió al hombre, de estatura media y constitución normal. Con su rostro pálido, cabello empolvado de gris y un triste traje también gris, parecía casi un espectro entre la animada multitud.

—Una devoción así es enternecedora.

—Oh, su devoción es genuina. Nerissa Trelyn sólo aportó una pequeña cantidad al matrimonio, digamos, y Trelyn es rico y a la vez poderoso. Podría haberse casado con alguien de mejor posición.

—¿La gente sólo piensa en el dinero y la posición a la hora de casarse?

Oliver se encogió de hombros.

—¿Por qué no hacer la mejor boda posible? Tal vez yo mismo debiera considerar esa vía también. O tú —dijo con una sonrisa—. Con el aspecto soberbio que tienes hoy, tal vez puedas salvarnos con un matrimonio deslumbrante.

Portia se rió.

—No seas absurdo, cielo.

—No, hablo en serio. Estás más guapa que nunca, Portia, y hay algo en ti sumamente atractivo, lo sabes. Gustas a los hombres.

Portia sacudió la cabeza con una sonrisa.

—Entonces es posible que el hecho de gustarles no tenga nada que ver con el matrimonio, porque mis cualidades atractivas no han atraído por el momento a ningún gran esposo.

Portia le miro.

- ¿Es posible que tenga que ver con mi aspecto indiferente, escasa dote y orígenes humildes?

- No creo que Nerissa Trelyn provenga de una posición mucho más elevada que la nuestra, y mira qué boda ha hecho.

Portia sabía que las intenciones de Oliver eran buenas, pero su parcialidad la estaba azorando. Se alegró de que nadie les escuchara.

Miró a Nerissa Trelyn con ironía. Si alguien necesitaba ese grado de belleza que conseguir que un hombre se olvidara de la dote, estaba hundida antes de empezar. La dama tenía una piel totalmente cremosa, carnosos labios rosas, grandes ojos oscuros y una masa de reluciente pelo dorado. A eso había que añadir una figura exuberante, movimientos graciosos y un aire de profunda feminidad.

Era casi la antítesis de Portia.

Portia se libró de los azoramientos gracias a la aparición de un trío de amigos de Oliver. Todos eran alegres galanes que seguían la moda hasta el límite de lo absurdo, lo cual se traducía en colores eléctricos, grandes manguitos y altos tacones rojos en los zapatos. Le recordaron más bien a una bandada de aves ornamentales.

Cuando el primer grupo se alejó revoloteando, llegaron más, y así siguió la cosa. Mientras paseaban por el parque quedó claro que Oliver tenía muchísimos amigos. A Portia no le sorprendió. Era encantador, y cuando no estaba jugando resultaba muy divertido.

En un momento, Portia advirtió que Oliver hacía una inclinación *en-passant* a un hombre alto vestido de seda verde oscura y empolvado, y vio cómo éste le devolvía la inclinación. El hombre miró a Portia con más atención de la que a ella le hubiera gustado y, de pronto, sintió una sacudida de familiaridad.

—¿Quién era ése?

—¿No le has reconocido? —preguntó Oliver con una mirada *bro-mista*—. Ése, querida mía, era tu maleante nocturno.

Capítulo 5

Portia se quedó petrificada.

—¡Bryght Malloren!

—Le encontré anoche —explicó Oliver, con el aire de alguien que está a punto de desvelar un chiste.

Portia se resistió a la necesidad imperiosa de volverse y quedarse mirando a lord Bryght. Tenía un aspecto muy diferente con sus galas de buen tono. De hecho, por algún extraño motivo, descubrir quién era él le había acelerado el corazón. No podía ser miedo, ya que le resultaría imposible atacarla aquí.

—¿Qué sucedió? —preguntó Portia vacilante, obligándose a seguir avanzando—. ¿Mantuviste una discusión con él? Oliver... ¡un duelo, no!

Su hermano se rió.

—Por supuesto que no. De hecho, querida mía, se la devolví, por haberte molestado y por haberme atacado. Fue a él a quien le gané todo ese dinero.

Portia aplaudió con ambas manos.

—¡Oh, bien hecho! —Pero ese arrebato de satisfacción se desvaneció al instante. Mientras Oliver le presentaba a otros dos amigos suyos, uno rollizo, otro delgado, su inquietud fue en aumento. Oliver había dicho que él y los Malloren no se movían en los mismos círculos, de modo que, ¿cómo es que habían jugado juntos?

¿Era Bryght Malloren un jugador profesional, un halcón? Al fin y al cabo, sólo era segundo hijo. Ella sabía que era capaz de muchas maldades. No obstante, no hubiera pensado que engañaría...

Oliver estaba relatando su gran éxito a sus amigos.

—¿Juega mucho lord Arcenbryght? —preguntó Portia.

—¿Bryght Malloren? —contestó el joven rollizo—. Siempre juega, querida dama, y además tiene una suerte de mil demonios. Tal como es o lo digo, Upcott, si anoche le ganasteis sois un milagro viviente.

A Oliver le brillaron los ojos.

—Bien, pues le gané, y al besigue. Eso requiere cierta habilidad. Si es un jugador con suerte, tal vez el secreto para vencerle consista en enfrentarse a él en juegos de habilidad.

Su amigo sacudió la cabeza.

—He oído hablar de victorias tuyas al séptimo, al ecarte y al whist. Un hombre astuto como nadie. Pero, claro, todos los Malloren lo son.

—Y rápidos con las espadas —dijo el delgado, cuyo largo cuello y bruscos movimientos recordaron a Portia a un pollo nervioso—. Si fuera voz, Upcott, me mantendría alejado de su camino. Hombres peligrosos, los Malloren.

—Él insistió en jugar conmigo —dijo Oliver con aire engreído—. Habría seguido jugando con él, también es cierto, pero él puso fin al juego después de haber perdido demasiado. Si quiere una revancha, no se la negaré.

Portia se mordió los labios para acallar una protesta. Bryght Malloren parecía realmente un jugador profesional. Echó una ojeada hacia donde él se había detenido para conversar con un grupo de hombres y enseguida la invadieron extraños pensamientos sobre pájaros.

Los pájaros de un mismo plumaje se congregan, o al menos eso dicen.

En este soberbio entorno, los amigos de Oliver parecían ser especies inferiores: pollos nerviosos, bonitos pinzones o palomos que inflaban el pecho y se pavoneaban por el lugar en busca de migajas. Los amigos de Bryght Malloren, sin embargo, era predadores: fuertes, seguros, de pico y garras afilados. Podía imaginar sus ojos de halcón divisoando la próxima carnaza.

Y los halcones se alimentaban de pollos y palomas, especialmente en las mesas de juego.

Los dos jóvenes se alejaron caminando con afectación sobre sus zapatos de tacón alto. Portia hizo un gran esfuerzo para no soltar una risita por lo mucho que le recordaban a un pollo y una paloma picoteando por el camino. Tuvo que contárselo a Oliver, y acabaron reprimiendo las carcajadas.

—Pero son buenos tipos —dijo él—. De verdad.

—Al menos, dan buenos consejos. Creo que deberías evitar a Bryght Malloren. Oliver se sonrojó.

—No te inquietes, Portia. Las posibilidades de jugar con él son escasas, pero si quiere revancha difícilmente puedo negarme. Parecería que juego únicamente para ganar.

Portia se quedó mirándole. ¿Por qué dantes alguien iba a jugar para perder? Antes de que tuviera tiempo de plantear esta pregunta, se les acercó otra pareja de palomas pavoneándose. Portia intentó sacarse de la cabeza las imágenes de aves para no encontrarse en un apuro por un ataque de risa. La idea de los halcones le hizo ponerse seria rápidamente, y de este modo pudo atender a la conversación y enterarse de más cosas sobre la sabiduría del juego.

No tardó en llegar a la conclusión de que Oliver tenía razón. En Londres se esperaba que los hombres jugaran, y estaba muy mal visto dar la impresión de preocuparse de si uno perdía o ganaba. También estaba claro que los amigos de Oliver no eran conscientes de que él ya lo había perdido todo.

Mientras los jóvenes charlaban, Portia se percató de que estaban muy impresionados por el hecho de que Oliver hubiera jugado con Bryght Malloren, ganara o perdiera. Simplemente hablar con un Malloren era todo un acontecimiento para ellos.

De modo que, se preguntó, ¿por qué lord Bryght había jugado con Oliver?

Cometió el error de lanzar una ojeada al lord justo en el momento en que él miraba en dirección a ella. Captó su mirada y alzó una ceja. Entonces hizo una inclinación para despedirse de sus amigos y se acercó. Aunque también llevaba calzado de tacón, siguiendo la moda, conseguía caminar sin la menor afectación ni artificio.

El pulso de Portia se aceleró con cada ligero paso dado por él.

¡Esto era ridículo! Era un bribón y un jugador, el tipo de hombre que aborrecía por encima de todo.

Iba empolvado y llevaba un niveo encaje en el cuello y los puños. Su pendiente era una gran perla. Si se añadía a esto la seda verde ribeteada de oro y las medias blancas, el conjunto debería eliminar cualquier noción sombría que Portia hubiera retenido de su primer encuentro. Pero no. El deslumbrante plumaje no podía disimular el cuerpo de predador, y la palidez artificial de su pelo aportaba a su delgado rostro aún más belleza y fuerza misteriosa.

Peligroso, Portia. Peligroso.

Hizo una inclinación ante ella.

—«Nos encontraremos a la luz de la luna, orgullosa Titania», *locus citatum*. —Había olvidado el poder de su resonante voz.

Ella alzó de forma instintiva la máscara entre ellos.

—Os habéis equivocado de obra, **milord**. Me llamo Portia.

—Ah, sí, la **guardiana** de la puerta. Y además la defensora del perdón. «La calidad del perdón no se pone a prueba...» ¿Se adapta eso mejor? Espero que vuestro hermano os transmitiera mis disculpas y que me hayáis perdonado.

Oliver no había mencionado ninguna disculpa, pero Portia no lo dijo.

—No tengo ganas de hablar de ello, **milord**.

Se sintió muy agradecida por la protección de la máscara, pero deseó desesperadamente tener su desobediente cuerpo completamente bajo control. Su corazón corría desbocado, sabía que tenía las mejillas sonrojadas, y su voz no sonaba tan firme como deseaba.

El no se ofendió por la fría actitud de ella y se volvió a hacer una inclinación a su hermano.

—Y, **sir** Oliver. Tuvimos una o dos manos muy deleitables. Debemos reanudarlas algún día.

Oliver devolvió la inclinación, sonrojado de placer.

—Por supuesto, **milord**.

Mientras Oliver presentaba a sus amigos, Portia se obligó a permanecer callada, pero detestaba ver que su hermano se vanagloriaba del mero hecho de que **Bryght Malloren** le hablara. Sus dos amigos actuaban como si Dios hubiera bajado a reunirse con ellos.

Malditos todos los Malloren. Y éste no era más que un miserable jugador. Respiró lenta y profundamente, obligándose a mantener una calma gélida. Lo que necesitaba hacer era descubrir las intenciones de este hombre para con su hermano.

El miserable se volvió de nuevo hacia ella, obviamente sin dejarse desanimar por la lisa máscara blanca entre ellos.

—¿Estáis instalada en Londres en estos momentos, señorita St.

Claire?

—Durante una breve temporada, sí, **milord**.

—Es un gran honor para Londres. Confieso que nuestro último encuentro me pareció inolvidable.

Portia casi contesta a aquello con sinceridad, y le dice lo que pensaba realmente de su último encuentro, pero luego forzó una respuesta neutral.

—Yo tampoco lo he olvidado, **milord**. —Añadió un dardo—. Espero que vuestra carta resultara ser lo que esperabais.

Algo se agitó en su mirada. Pudo ser admiración o cólera. Bajo la luz del sol, Portia cayó en la cuenta de que tenía unos ojos verdaderamente hermosos. Eran de un color avellana que podía adquirir destellos verdes en ocasiones o atrapar el sol en motas doradas, y estaban enmarcados en espesas y oscuras cejas y pestañas. Era difícil pasar por alto unos ojos así.

La forma socarrona en que abrió esos ojos le comunicó que, pese a la máscara, ella no podía disimular el hecho de que se había quedado mirándole. Apartó la vista, agradecida al menos de que la máscara ocultara su sonrojo.

—Alabado sea el Señor —dijo entonces **Oliver**—. Portia, no es necesario que uses tanto la máscara.

Portia, a su pesar, la dejó caer.

—Noto un poco de aire frío en este momento. —Dirigió una mirada significativa a su acompañante no deseado.

Él no captó la insinuación. De hecho, los ojos de él brillaron con diversión perspicaz.

—¿Puedo confiar en que estáis disfrutando de Londres, señorita **St. Claire**, pese al clima frío?

—Es muy interesante, **milord**.

—Tal vez tengáis oportunidad de ver al rey y a la reina hoy.

—Eso sería un gran honor, milord. —Puesto que no captaba la indirecta ni se marchaba, Portia se sintió obligada a mirarle, y se quedó prendada de inmediato.

No era justo que un hombre fuera tan bello. Bello como un buen caballo o un halcón en pleno vuelo, o el relámpago marcando el cielo oscuro en medio de la tormenta. Se apresuró a apartar la vista y supo que tenía las mejillas sonrojadas.

Era un jugador y un miserable.

—¿Y ahora qué he hecho para ofenderos, Hipólita? —murmuró.

Ella se volvió para mirarle.

—Os agradecería que no usara esos nombres para dirigiros a mí, milord.

Entonces él se rió de ella.

—¿Por qué no? Es la moda. ¿No lo es, caballeros?

Los pichones arrullaron su conformidad con verdadera adoración.

—Si no os complace ser la reina de las Amazonas —continuó— o la reina de las hadas, ¿qué personaje os gustaría ser? ¿Qué cualidad desearíais que yo alabara?

Portia deseaba que se fuera sin más.

—Me gustaría ser admirada por mis cualidades interiores, milord: mi sensatez o mi virtud. —Hizo hincapié en la última palabra, pues no se sentía en absoluto cómoda con las atenciones de él.

—La virtud es tan aburrida —protestó él—. Os llamaré Minerva, entonces, la diosa de la sabiduría.

—Preferiría de veras que no lo hicierais —replicó con brusquedad.

—Pero usar siempre el nombre verdadero es de un provinciano intolerable. ¿No es así, caballeros?

—Oh, sí, milord —respondieron todos al unísono.

—En efecto, así es, Portia —añadió Oliver.

Portia apretó los dientes.

—Entonces, tal vez, yo sea de un provinciano intolerable, milord.

—Ay, tal vez lo seáis.

Portia sintió un fuerte deseo de golpearle en la cabeza con la máscara, pero sospechaba que tal vez aquello fuera su intención. Tenía la sensación exasperante de que él sabía con exactitud lo que estaba pensando.

Sonrió.

—Pero los modales naturales del campo a menudo son todo un placer para el paladar hastiado de Londres, señorita St. Claire. Predigo que os irá muy bien aquí. Debéis de llevarlo en la sangre.

Portia no fue capaz de entender qué quería decir con aquel comentario irónico. Debería referirse a Oliver, pero Oliver difícilmente era un ejemplo deslumbrante de éxito.

—Sí, milord —dijo Oliver con orgullo—. Portia podría tener un gran éxito si se moviera en círculos elegantes.

Lord Bryght miró a su alrededor.

—¿Este ambiente no es lo suficientemente elegante para vos, sir Oliver?

—No, no, milord —balbuceó Oliver—. No me malinterpretéis.

Me refiero sólo a que Portia está habituada al campo y es reacia a mezclarse entre la sociedad.

—Pobre Portia. —El tono de falsa conmiseración de lord Bryght hizo que ella apretara con fuerza el mango de su abanico—. Entonces debemos animarla. Con vuestro permiso, sir Oliver, vuestra hermana podría pasear conmigo durante unos momentos.

Oliver se quedó atónito y alarmado en cierta medida, pero dio su permiso entre balbuceos. Portia quiso objetar, pero no estaba segura

de que fuera lo correcto. ¿Qué daño podía haber, de cualquier modo, en caminar entre la multitud con este hombre?

El extendió el brazo y ella lo rodeó con su mano. Pese a la frialdad de la seda verde, percibió el calor de la carne debajo, y la fuerza controlada de su cuerpo.

Una fuerza que conocía demasiado bien.

Eso le recordó que la había maltratado y que él le desagradaba profundamente.

Mientras se alejaban de su hermano, Portia pasó directamente a la ofensiva.

—No consigo imaginarme qué es lo que pretendéis, milord, acaparándome de este modo.

—Tal vez sólo quiera veros a la luz del día y de cerca, señorita St. Claire.

Portia alzó al barbilla, y miró con firmeza hacia delante.

—Si tuvierais la más mínima decencia, milord, no os referiríais a nuestro anterior encuentro.

—Pero no tengo la más mínima decencia. —Con voz suave, pero grave, añadió—. El sol os favorece, Hipólita. Añade centellas doradas a vuestro cabello.

El corazón de Portia trepidó, pero se negó a derretirse.

—Si tenéis intención de abrumarme con halagos, milord, deberíais saber que no presto atención a la moneda falsa.

—¿Falsa? ¿No tenéis un solo rasgo del que os sintáis orgullosa?

—Tergiversáis mis palabras. El orgullo es un pecado.

—La honestidad es una virtud, sin embargo. ¿Cómo os describiríais a vos misma? Con honestidad.

Entonces, Portia sí le miró.

—Pequeña, delgada, y con edad suficiente para no hacer estupideces.

Una sonrisa peculiar de simpatía chispeó en él.

—¿Superamos alguna vez la edad de hacer estupideces, querida dama? Al menos resultará barato alimentarnos.

—Por el contrario —mintió ella, poniéndose cada vez de peor humor—. Devoro como un caballo.

—¿Habéis pensado alguna vez en que os traten de solitaria?

—¡Milord! ¡La verdad!

—¿Y qué decís de vuestro cabello? ¿Cómo lo describiríais?

Portia estaba a punto de iniciar una discusión en toda regla con él cuando de pronto cobró conciencia de unas cuantas miradas fijas en ellos; algunas directas, algunas más solapadas, o incluso desde detrás de las máscaras. El orgullo le exigió controlar su mal genio.

—Mi cabello es de color herrumbre, creo, milord.

—Herrumbre —replicó él con sequedad—. ¿Y antes de que os mojarais bajo la lluvia era gris metálico?

—No —contestó ella entre dientes—, pero sin duda se volverá gris en un futuro no muy distante.

—¿Por vuestra edad tan avanzada?

—¡Por lo que me acosan los granujas

El alzó una ceja.

—Señorita St. Claire, os encuentro absurda y sospecho que suspiráis por que os hagan unos cumplidos.

—¡No es verdad! —Pero Portia era consciente de que ella también estaba empezando a disfrutar con esto. Le lanzó una mirada cautelosa y captó un destello de humor en sus ojos.

A Portia le resultaba extremadamente duro no imitarle.

—Entonces no os haré ningún cumplido —dijo él, sus ojos aún sonrientes—. Estoy de acuerdo. Sois baja y escuálida, y tenéis el pelo

de color herrumbre. Debo advertiros además que parte de la herrumbre se ha descascarillado sobre vuestra nariz. —Estiró el brazo y le tocó la nariz, luego se miró el dedo—. Y no se va con facilidad.

Portia no sonrió, no iba a hacerlo.

—Ya sé que tengo pecas, milord. No tenéis que señalarlas.

—Y tenéis una nariz demasiado chata —continuó él—. Tengo que admitir que vuestra boca es por desgracia cautivadora, pero sospecho que podríais rectificar eso frunciendo los labios con fuerza... ¡Exacto, eso es!

Conquistada, Portia estalló en risas.

—¡Sois el hombre más exasperante que he conocido!

—Excelente. Entonces no me olvidaréis fácilmente, ¿verdad que no?

Mientras Portia buscaba una respuesta ingeniosa, él añadió:

—Deberíamos continuar.

Portia se percató de que se habían parado para mantener aquel debate, y por consiguiente se habían convertido en el blanco de todas las miradas. Ella se alegró de seguir caminando, con el rostro encendido.

—¡Estáis convirtiéndome en un espectáculo, milord!

—¿No queréis ser famosa?

—En absoluto.

—Entonces, ¿qué es lo que deseáis, señorita St. Claire?

Su tono era tan amable que Portia se sintió tentada de un extraño modo a contárselo, a dejar salir todas sus esperanzas y sueños más secretos:

—Mis deseos no son de vuestra incumbencia, milord —Manifestó con firmeza, y en el mismo instante quiso no haber usado esa palabra. Él lo pasó por alto, y Portia supo que era deliberado.

—De modo que en el campo es donde os sentís en casa, señorita St. Claire.

—Sí, milord. —Portia se sintió a la vez aliviada y decepcionada de haber pasado a un terreno tan seguro.

—¿Y tenéis más familia aparte de vuestro hermanastro?

—Una hermanastra. Prudence tiene dieciséis años y es muy guapa. A ella le encantaría estar aquí —añadió con añoranza.

—No obstante, yo no lo recomendaría, a menos que tengáis un protector formidable. Las muchachas de dieciséis años, guapas y recién llegadas del campo, son bocados muy apetecibles.

—Entonces todo Londres debería sentirse avergonzado.

—Sin duda —dijo él con sequedad—. Vuestra hermana está con vuestra madre, supongo. Y vos sois el sostén de todos ellos.

Portia le miró con sorpresa.

—¿Yo, milord? Oliver es el cabeza de familia.

—¿Pero es él el sostén?

Se había acercado demasiado.

—Los asuntos de mi familia no son en absoluto de vuestra incumbencia, milord.

—Sin duda tenéis razón. Pero puesto que en nuestro primer encuentro fui en cierta forma descortés...

—¿En cierta forma?

—... intento que vuestro bienestar actual sea de mi incumbencia.

Si ésta es vuestra primera visita a Londres, señorita St. Claire, debemos seduciros.

Portia se volvió bruscamente para mirarle.

—¿Qué?

Él era todo inocencia.

—Seduciros para que disfrutéis con los placeres de Londres, por supuesto.

El corazón de ella se serenó un poco, pero la noción de peligro la había aguijoneado.

—Me niego a ser seducida, señor. —Lo lanzó como una advertencia formidable. Por Dios, era extraordinario que un hombre así sintiera algún interés por ella, pero su instinto había disparado la alarma.

Lord Bryght cubrió con su mano derecha la de Portia, apoyada en su brazo. Caliente y fuerte, se dobló levemente mientras él bajaba los párpados de un modo que de nuevo aceleró su pulso.

—Si mostrarais demasiadas ganas, Hipólita, no habría ningún reto en ello, ¿no creéis? Nunca puedo resistirme a un reto.

Se habían detenido de nuevo, y Portia sabía que tendría que preocuparle lo que estaría pensando todo el mundo en ese momento, y no obstante...

Con un movimiento sutil, él le levantó la barbilla y le rozó los labios como un suave fuego.

Portia se apartó bruscamente, mirando a su alrededor llena de alarma. No obstante, nadie les estaba mirando. El rey y la reina acababan de llegar.

Portia volvió a mirar a lord Bryght. ¿Lo sabía o había sido un atrevimiento inexcusable? La expresión de él no ofrecía ninguna respuesta.

—Vos...

Le tocó con el dedo los labios para acallarla.

—Debemos atender al monarca.

La multitud se había callado para prestar atención y todos miraban el cortejo real. El rey y la reina habían llegado con poca ceremonia, sólo les acompañaba una pequeña comitiva de media docena de damas de compañía y caballeros, junto con un pequeño pelotón de guardias. Se dirigieron de inmediato a inspeccionar y observar las tropas desplegadas.

Portia aprovechó ese momento para poner sus ideas en orden y tranquilizar sus nervios.

Tenía que reconocer que su reacción hacia Bryght Mallorean era alarmante. Incluso en este momento, sin mirarle, sentía su presencia tras ella de un modo que no había experimentado antes con ninguna otra persona. Cada vez que él hablaba, su voz melodiosa parecía acariciar sus sentidos y destruir su pensamiento racional.

Lanzó una mirada disimulada de soslayo. La visión de él la fascinó. Era muy atractivo —alto, ágil y elegante— pero había algo en él que quizá pudiera llamarse presencia. Estaba en cada pequeño movimiento.

—No permitiré que me beséis otra vez, milord. Es sumamente incorrecto y podría destruir mi reputación.

Él se volvió para conducirlo de nuevo en dirección a Oliver, quien esperaba a bastante distancia. Portia no se había percatado de que habían andado tanto.

—Por el contrario. Podría proporcionaros cierta reputación.

—No la que a mí me gustaría, milord.

—Entonces, si no deseáis ser famosa, y no deseáis que os seduzcan, ¿qué planeáis para vuestra estancia en Londres?

—Nada. Simplemente estamos aquí mientras mi hermano se ocupa de algunos asuntos.

—¿Asuntos relacionados con el conde de Walgrave, tal vez?

Portia había olvidado brevemente su peligrosa situación, pero entonces se puso tensa.

—No es en absoluto de vuestra incumbencia, milord.

—Sois reservada en exceso, Hipólita. Uno casi podría pensar que tenéis secretos que esconder...

—¿Y no los tiene todo el mundo? —Pero entonces Portia recordó que quería hacer público el hecho de que Oliver no tenía nada que perder. Era un momento excelente.

—Si queréis un secreto: Oliver perdió su finca jugando. Está totalmente sin blanca, milord.

Él aceptó las noticias sin sorpresa.

—En ese caso, si queréis un consejo bienintencionado, señorita St. Claire, impedid que vuestro hermano juegue en el futuro.

—¿Cómo?—preguntó ella lóbregamente.

La expresión de él fue de un comprensivo sorprendente.

—Ah. ¿Tan mal están las cosas? Entonces lleváoslo de Londres.

—Vos jugasteis con él anoche, milord —replicó ella con tono gélido—. ¿A qué viene este pío sermón?

—A que jugué con él anoche.

Portia le lanzó una mirada iracunda. -

—¡Al menos él ganó! Vos perdisteis, pero sospecho que esta noche volveréis a jugar.

—Casi con toda certeza, pero yo aún no he perdido todo lo que tengo, ni tengo personas dependientes de mí a quienes tener en cuenta.

Santo cielo, pese a todo el porte y elegancia de este hombre, estaba irremediabilmente arrastrado al vicio. Portia quiso suplicarle que abandonara el juego, suplicarle con el mismo empeño que emplearía con Oliver.

Luego se recordó que Bryght Malloren no era su problema. Si perdía hasta el último penique y se pegaba un tiro igual que había hecho su propio padre...

Se mostró reacia a aceptar aquella imagen y se le escaparon las siguientes palabras:

—Ojalá no jugarais. —Cuando él se volvió a ella, levemente sorprendido, Portia se apresuró a añadir—: ¡Ojalá nadie jugara!

Los labios de él esbozaron una sonrisa.

—¿Entonces qué haríamos durante nuestras veladas? Ah, sí, sentarnos junto al fuego con nuestras fieles esposas...

Portia sabía que se le había subido un rubor poco elegante a las mejillas.

—Os lo tomáis a broma, milord, pero sería preferible.

—Sin duda. —La diversión se esfumó—. Me asustáis, señorita St. Claire.

—Desde luego que no.

—Quiero decir, os tengo miedo. Hay algo de Juana de Arco en vos.

—No soy ninguna fanática religiosa, milord.

El frunció levemente el ceño y su repentina seriedad resultó alarmante.

—Pero sois impetuosa, valiente y tenéis ideales elevados. Algo peligroso en esta era de cinismo. En una causa justa, no dudaríais en correr riesgos atroces. No querría ver cómo acabáis en la hoguera.

—No hay peligro de que eso suceda. —Pero las palabras de él hicieron vibrar un hilo de inquietud en Portia. Vivía estos tiempos con la sensación de que amenazaba el desastre.

—¿No lo hay? Aquel día habríais disparado contra mí, ¿no es cierto?

Él se rió en voz alta.

—Lo habríais hecho, ¿verdad? —Le tocó la ardiente mejilla con los nudillos—. Sois refrescante

—¿Como un baño helado, tal vez?

Los ojos de él la miraron con un afecto aparentemente sincero cuando dijo:

—No tan riguroso, creo. Como una fuente fresca en un árido día estival

Portia no pudo encontrar nada desdeñoso que replicar a esto y se le quedó mirando como una boba atolondrada.

No obstante, a él le importó poco, ya que continuó alegremente:

—¿Puedo esperar que ahora deleitéis a la sociedad un poco más con vuestra presencia, Hipólita?

¿Atolondrada? Y aturdida. Portia sintió mareos. Gracias al cielo era apropiado apoyarse en su brazo, porque lo necesitaba

—Lo... lo dudo, milord —dijo con voz inestable—. No tenemos intenciones de quedarnos mucho tiempo, y llevaremos una vida tranquila

—Entonces, la sociedad se lo pierde. —Pero la entregó a su hermano sin protestar, hizo una inclinación de despedida y siguió su camino.

Capítulo 6

capítulo 6

Portia miró a Bryght Malloren mientras se alejaba caminando, y deseó que en las proximidades hubiera algún sitio donde sentarse.

—Bueno, eso sí que habrá atraído la atención de toda la sociedad

—dijo Oliver—. Pero ojalá no te hubieras comportado con tanta imprudencia, Portia. Mirarle así, de ese modo...

Un terrible ardor invadió a Portia sólo de pensar en el espectáculo que acababa de dar.

—¡No he hecho eso! —declaró abanicándose vigorosamente con la máscara—. O, como mínimo, si tengo que mirar a un hombre de esa estatura mientras habla, no me queda mucha elección. Es demasiado alto. Todo ha sido perfectamente inocente.

Pero mentía. No había habido nada que rozara lo inocente en aquel encuentro.

A Oliver tampoco le convencieron sus palabras.

—Ten presente al menos, Portia, que los miembros de la aristocracia se casan entre ellos, y los que no son primogénitos, como Bryght Malloren, no se casan a no ser que sea por dinero y tierra. ¿Cómo podrían mantener a una esposa?

En las mesas de juego, pensó Portia. Excepto cuando Bryght Malloren perdiera. Consiguió reírse un poco.

—¿Matrimonio? ¿Quién habla de matrimonio?

Oliver pasó por alto su comentario.

—Y a veces salen de caza sólo por diversión.

Portia se estremeció pues temía que Oliver hubiera adivinado con exactitud las intenciones de Bryght Malloren.

Si al menos pudiera entender por qué iba a escoger una

pieza tan insignificante como ella
como presa.

—Mira —dijo Oliver—. Ahora está haciendo la corte a la señora Findiayson.

Portia miró a la vivaracha belleza de pelo negro azabache, envuelta en un manto de terciopelo rojo forrado de pieles oscuras. Cinco guapos especímenes rondaban a su alrededor como llamativas mariposas en torno a una flameante llama. O como halcones sobre una presa, más bien.

Bryght Malloren ciertamente no era una mariposa revoloteadora.

Pero, por otro lado, la señora Findiayson no se parecía al tipo habitual de presa.

¿Quién, de hecho, cazaba a quién?

—¿Qué caballero es el señor Findiayson? —preguntó ella.

—Ya te lo he dicho, es viuda, y sus intenciones son usar el dinero de su primer marido, era un potentado del té, para comprar un segundo esposo de buena cuna. Bryght Malloren ocupa uno de los primeros puestos en la puja.

Y bien, ¿por qué aquellas noticias alcanzaron a Portia como una puñalada de agonía?

—Y, de cualquier modo —continuó Oliver—, un marido no se dedica a rondar cerca de su mujer en público. Queda feo.

Portia echó una mirada a su alrededor y observó escenas similares por doquier: damas presumiendo y caballeros coqueteando, pero presumiblemente nadie estaba con la pareja que le correspondía.

Pues vaya con la fidelidad y las veladas tranquilas junto al fuego.

Lord Bryght la habría tomado por una ñoña.

Pero Portia pensaba en serio que las costumbres de la sociedad eran repugnantes y pavorosas. Si se casaba, no querría avergonzarse junto a otros hombres, y se sentiría desolada al ver a su marido coqueteando con otras mujeres. Oliver tenía razón. Este no era su sitio, excepto como espectadora.

De repente recordó Maidenhead, y la carta. Una carta, sin duda, de una de estas mujeres a uno de estos hombres. Pero no a su marido. Y una relación que no había sido un mero coqueteo.

¿Habría sido Bryght Malloren el amante implicado en esta historia? Pero, ¿por qué había dado muestras de estar tan conmovido?

Y no obstante, no podía ser el marido.

Tal vez era un amante traicionado. Para una mujer que traicionaba a su marido no sería un obstáculo traicionar también a su amante.

Tal vez, pensó Portia con un sobresalto, Desirée era la señora Findiayson, la mujer a la que él estaba cortejando. Enterarse de que la mujer que pretendía como esposa era tan impúdica sin duda conmocionaría a un hombre, ¿y no había una mención al té en esa carta?

Volvió a echar una rápida mirada a la escena y vio a la viuda riéndose alegremente con Bryght Malloren, sobre cuyo pecho colocó la mano con familiaridad. Portia quiso apartar de un golpe esa mano intrusa. Si Bryght Malloren se había sentido conmovido, pensó con aspereza, daba la impresión de recuperarse muy bien.

Portia apartó la vista con enfado. Aquel hombre no era de su incumbencia, y ya no era ninguna colegiala para volverse loca a estas alturas por alguien que era virtualmente un extraño.

Sin embargo, daba la impresión de que, de repente, allí donde miraba había hombres y mujeres con comportamientos poco decorosos.

¡Fíjate! Vio que una mujer permitía que un hombre le besara en los labios mientras aplaudían los que se hallaban más cerca. ¡Y observa dónde tiene apoyada ese hombre la mano! La concurrencia en el parque parecía decididamente una bandada de predadores, y la charla estaba empezando a sonar como los chillidos de las aves de presa.

Si no podía regresar a la vida sencilla y decente de **Overstead**, acogería con beneplácito **Manchester**. No había tejemanejes tan inmorales allí.

Oliver estaba diciendo algo acerca de dinero y Malloren.

—Perdona —dijo Portia—, no te he oído.

—He dicho que apostaría mi dinero a que la **Findiayson** será **lady** Bryght antes de la primavera. Ella sería una tonta si no le atrapara. Es el siguiente en la línea de sucesión y se convertiría en marqués si su hermano muriera.

—Algo bastante improbable, creo yo. Y ella sería una tonta si confiara su dinero a un hombre que lo arroja todo a las mesas de juego.

—Entonces Portia se percató de lo que había dicho y deseó poder tragarse las palabras—. Lo siento, Oliver...

—No importa —dijo él con fría normalidad—. Es la verdad, aunque, al menos, era mi propio dinero.

Pero todas nuestras vidas se fueron con él, pensó Portia con amargura, y todo mi trabajo en la finca, y el precioso jardín de mi madre...

La magia del día se vino abajo. Portia dio la espalda al grupo de la **Rndiayson** para evitar la tentación de dirigir una sola mirada más a Bryght Malloren.

Bryght coqueteaba con **Jenny Findiayson**, pero su mente estaba con **Portia St. Claire**.

Había sido simple curiosidad lo que le había llevado a acercarse a ella.

La mujer que iba del brazo de **Upcott** le había parecido vulgar, pero tenía que ser su hermana.

Se preguntaba si su fascinante amazona había sido enteramente producto de su imaginación.

Vista de cerca, siguió pareciéndole normal, ya que no era ninguna belleza y sus ropas no seguían las últimas modas.

Pronto quedó claro, no obstante, que bajo la superficie prosaica estaba la mujer que le había desafiado, se había enfrentado a él y había **intentado** dispararle.

Hoy no llevaba ninguna pistola, pero nuevamente se había enfrentado a él con ingenio y una afilada lengua, algo igual de intrigante. Aún más, lo que ella había dejado entrever acerca de su hogar y su familia le había conmovido.

¡Por todos los infiernos, no tenía ganas de estar preocupándose constantemente por esa mujer!

La sociedad londinense sin duda le tomaría por un cínico, y en muchos sentidos lo era, pero lo cierto era que comprendía los lazos familiares. Había nacido en un hogar feliz y le habían educado con amor. No obstante, la muerte de sus padres le sobrevino a la edad de trece años, cuando el nuevo marqués sólo contaba con diecinueve y los gemelos no eran más que unos insignificantes crios de siete años. Sus familiares habían hecho aparición de inmediato para ocuparse de los pequeños, pero Rothgar se había negado a permitir que fueran acogidos en otros hogares. Había mantenido unida la familia y había creado estrechos lazos entre todos ellos. Incluso había dispuesto su herencia de tal manera que los hijos menores encontraran empleo y beneficios en los negocios del marquesado. Rothgar había creado fuertes vínculos entre los miembros de su familia, y Bryght entendía sin que le dieran más explicaciones la necesidad de Portia St. Claire de mantener la familia a flote y feliz.

Sin embargo, en el caso de los Malloren, la responsabilidad estaba compartida. Ninguno de ellos era una carga para los demás. Bryght temía que Portia encontrara poco sostén en su familia y que ésta se apoyara demasiado en ella. Había sentido la tentación de ahondar más, de enterarse de más cosas sobre los distintos miembros, pero aún era capaz de identificar el obvio peligro que aquello significaría. De momento ya estaba interesado en Portia St. Claire más de lo que era prudente.

Al finalizar el rato que pasaron juntos, encontraba atractivo incluso el aspecto menudo e inusual de ella, y aquel rostro de buen cutis, que reflejaba todas las emociones, le tenía encandilado. Las damas sofisticadas de Londres tenían un cutis cremoso y perfecto; si Jios no les había dotado de él, lo buscaban en un pote de crema. Iryght estaba acostumbrado a esto, aunque el hecho de que el cutis de Nerissa Trelyn fuera natural había significado una atracción imperante.

Hasta ahora, no había dado importancia a que Jenny llevara una deliscreta capa de pintura. Pero en estos momentos comparó su cutis artificial con el fresco rostro campestre salpicado de pecas, y lo encontró deficiente.

Se estaba volviendo loco.

No quería saber nada de romanticismos, y si se casaba lo haría únicamente por dinero. No había sitio en su vida para una mujer como Portia St. Claire. No obstante, había dicho la verdad al manifestar su preocupación

EN ella. Era demasiado franca y natural para Londres, y tenía demasiada tendencia a librar batallas imposibles. Si su hermano era el jugador empedernido que parecía, los peligros eran aterradores.

Apartó la vista del rostro socarrón de Jenny y pilló a Nerissa Trelyn mirándole.

El hizo una inclinación.

Ella se dio la vuelta pretendiendo no haberle visto.

Bryght entrevio una posible solución para este dilema. ¿Qué conexión había entre Portia y Nerissa? Si Portia quedaba bajo la tutela de los Trelyn, Bryght no tendría que volver a preocuparse por ella. Se soltó de la mano posesiva de Jenny y la besó.

—Ay, pero debo dejaros otra vez, querida dama.

—¿De veras? —Sus ojos oscuros se enfriaron—. Si regresáis con esa minúscula pelirroja empezaré a pensar que sois insincero, milord. Jenny pensaba claramente que esta amenaza le mantendría bajo control, pero Bryght se limitó a decir:

—Eso sería una desgracia. —Y dejó que lo interpretara como quisiera.

Mientras Bryght cruzaba hasta donde Portia se hallaba con su hermano, rezó para que Bridgewater no necesitara grandes sumas adicionales de dinero. Hasta hoy había pensado que hacer una boda práctica con Jenny Findiayson sería bastante fácil para él.

Ahora, por algún motivo, parecía una labor de Hércules.

Portia había conseguido quitar a Bryght Malloren de su mente con tal éxito que le sorprendió oír su voz en su hombro.

—Señorita St. Claire, me gustaría charlar un momento con vos, si me lo permitís.

Se volvió con cautela.

—¿Qué relación tenéis con la familia St. Claire de Gloucestershire?

Portia estaba tan alterada por el regreso de él que apenas pudo pensar. Aun así, consiguió contestar con coherencia:

—Era la familia de mi padre, milord. El era uno de los hijos menores de lord Felsham. —Le complació bastante hacerle saber que no era una persona totalmente insignificante.

—Entonces, ¿es por un casual lady Trelyn pariente vuestro?

Por el recelo que le provocaba todo lo relacionado con este encuentro, Portia le miró con el ceño fruncido:

—¿Lady Trelyn?

—Oh, vamos, Portia —interrumpió Oliver—. ¡Nerissa Trelyn!

Has preguntado antes por ella.

—Se apellidaba St. Claire antes de casarse —aclaró Bryght.

Oliver se quedó mirando a uno y otro.

—¿Quieres decir que Nerissa Trelyn es pariente tuya Portia? ¿Por qué no lo dijiste?

Portia estaba perdiendo el equilibrio. Lanzó una ojeada a la hermosa Reina de la Sociedad.

—No sé... creo que tenía una prima Nerissa... pero...

—Pero nunca os conocisteis —continuó lord Bryght—. Eso pensé. Tenéis que permitirme que os presente. Vamos. —Extendió el brazo.

Portia no tenía ganas de ir, ya que desconfiaba de todo lo que hacía Bryght Malloren. Oliver, sin embargo, le instó a moverse.

Portia fue conducida por el césped hasta donde se encontraba Nerissa Trelyn rodeada de admiradores. En claro contraste con la Findlayson, lady Trelyn iba envuelta en satén blanco forrado de gruesa piel blanca, y su compañía era básicamente femenina. Cualquiera hubiera dicho que era una dama con su corte.

Portia se detuvo. Aunque lady Trelyn era bastante joven —probablemente más joven que ella— Portia no podía creer que una dama tan majestuosa estuviera emparentada con ella.

—No os rechazará, Hipólita —dijo Bryght con suavidad—. No si yo os presento.

¿Y qué quería decir eso?, se preguntó Portia mientras era impulsada hacia delante por una mano colocada en su espalda; una mano que parecía transmitirle vibraciones ardientes a lo largo de toda la columna vertebral.

Lady Trelyn volvió la cabeza y les vio. Se quedó parada durante un breve y revelador momento, pero luego sonrió; Portia pensó que seguramente se había equivocado al creer detectar una fugaz expresión de alarma. Bryght se inclinó con una reverencia casi exagerada.

—Lord Bryght. —La voz de Nerissa era ronca. Portia observó con algo así como desesperación que el cutis perfecto, perlado, de Nerissa no debía nada al artificio.

Bryght besó la mano enojada que ella tendió y luego se enderezó para reconocer al esposo de la belleza con una inclinación mucho más moderada.

No se tenían demasiado aprecio, pensó Portia.

—Vengo cargado de regalos —dijo Bryght—. Mi querida lady Trelyn, creo que he encontrado una prima para vos.

—¿Prima? —Nerissa desplazó la mirada de Oliver a Portia.

Bryght instó a Portia a adelantarse un poco más.

—¿Puedo presentaros a la señorita Portia St. Claire?

Nerissa miró con gesto inexpresivo a Portia durante un momento, luego se rió con lo que parecía deleite sincero.

—¡Portia! ¿La hija del tío Ferniey? Claro que he oído hablar de ti. ¡Qué maravilla!

Portia recibió un abrazo excesivamente perfumado, y a continuación fue presentada a lord Trelyn. De hecho fue presentada a todo el mundo en medio de una avalancha aturdidora de sonrisas y nombres.

—¿Y vos, señor? —preguntó Nerissa finalmente a Oliver.

El hizo una profunda inclinación de adoración.

—Ay, milady, sólo puedo aspirar a ser pariente político. Soy sir Oliver Upcott, hermanastro de Portia.

Recibió de todos modos un beso en la mejilla.

—¡Pero familiar al fin y al cabo! Sí que es maravilloso. Tenéis que venir a cenar, ¿no crees, Trelyn? Quiero ponerme al día de todo lo relacionado con vuestra familia y... y, oh, todo. —Su encantadora excitación era halagadora, y todo el mundo a su alrededor se mostró encantado—. Veamos. Hoy es martes y... —Contó con sus preciosos dedos y entonces miró con expresión de cariño a su marido—. ¿El sábado, Trelyn?

—Si quieres, querida mía. —Pero él era el único que no estaba radiante, su voz y ojos resultaban fríos. Echó una mirada pensativa a Bryght Malloren.

Portia se preguntaba también qué habría detrás de todo esto. Estaba encantada de haber encontrado un familiar en Londres, especialmente alguien tan poderoso y fascinante, pero no podía imaginarse, que a Bryght Malloren le moviera una amabilidad sin corromper, —Entonces el sábado —declaró Nerissa—. Decidme que vendréis el sábado. —Hizo que sonara como una humilde petición.

—Será un placer para nosotros —contestó Portia con sinceridad.

Se había sentido muy sola últimamente, y ahora parecía que tenía un familiar y tal vez una amiga. Nerissa parecía tan cariñosa que no era de extrañar que todo el mundo pareciera adorarla.

Fueran cuales fueran los motivos de Bryght Malloren, quiso darle las gracias, pero cuando se volvió, descubrió que ya se alejaba andando.

De vuelta con la señora Findiayson, al parecer,

La voz de lord Trelyn recuperó su atención, apartándola de aquella elegante seda verde.

—¿Y cómo es que conocéis a lord Bryght, señorita St. Claire?

Se volvió a él llena de nerviosismo.

—Tan sólo es una amistad de mi hermano, milord.

—Ah. —Lord Trelyn dedicó una breve y extraña mirada a Oliver.

¡Oh, válgame Dios! ¿Interpretarían eso como que Oliver era un tahúr? ¿Qué sucedería si los Trelyn descubrían que Oliver estaba arruinado?

Pero Nerissa se cogió del brazo de Portia y la apartó de lord Trelyn.

—Me siento como si hubiera ganado una hermana. Seremos Portia y Nerissa en todo momento. —Soltó una risita—. Como en *El*

mercader de *Venecia*, sólo que allí Nerissa era la doncella de Porcia.

¡Tendremos que encontrarte un noble *Bassanio*!

Durante los siguientes quince minutos más o menos, Portia fue

«mi queridísima prima».

Aunque no era mucho más alta que Portia, Nerissa tenía una presencia abrumadora, mientras Portia tenía dificultades incluso para pensar sumida en la alegre charla y perfume bastante intenso. Cuando llegó el momento de separarse, se sintió un poco aliviada.

—¡Caramba! —dijo Oliver, en cuanto no pudieron oírles—. ¡Los Trelyn y los Malloren en un día! Nos estamos moviendo en los círculos más elevados.

—Con toda probabilidad, un estilo de vida así costará dinero en vez de producirlo, *Oliver*.

—Eso demuestra que no sabes cómo funciona el mundo. Esas grandes familias cuentan con toda la influencia que quieren. Hay puestos gubernamentales que valen cientos, incluso miles de guineas al año, ahí esperando, y precisamente se conceden a gente así. Aunque *Fort* me deje dinero para recuperar *Overstead*, habrá que devolver una gran deuda. Unos ingresos adicionales de unos cuantos cientos al año sin duda serían de ayuda.

—Desde luego que sí, pero no tendrás tiempo para obligaciones adicionales, *Oliver*. Si conseguimos una hipoteca por la finca, todos tus esfuerzos tendrán que concentrarse en pagarla.

Oliver hizo un ademán despreocupado.

—*Oh, Portia*, ya sabes que no se me dan bien ese tipo de cosas.

Pero, de todos modos, esos puestos no implican trabajo. Uno contrata a otra persona para que haga el trabajo a cambio de una parte de los ingresos.

Portia se quedó mirándole.

—¡Pero eso no es honrado! La persona que hace el trabajo debería recibir su remuneración.

Su hermano se encogió de hombros.

—Así funciona el mundo.

En opinión de *Portia*, el mundo era retorcido.

Pero, en este momento, había otro problema que le estaba incordiando. Mientras había permanecido en el círculo de *Nerissa*, algo le había hostigado la memoria en todo momento. Era una referencia elusiva, pese a que estaba segura de que no se habían visto nunca, ni siquiera de niñas.

De pronto le vino a la cabeza.

El perfume de *Nerissa*.

El perfume de *Nerissa* se parecía mucho al de la carta de *Maidenhead*.

Seguro que no.

Lanzó una mirada a *Bryght Malloren*, quien estaba besando la mano de la señora *Findiayson*, viuda de un comerciante de té, y luego volvió a mirar al oro y blanco de la Reina de la Sociedad, a quien le gustaba el intenso perfume a rosas...

Sacudió la cabeza. Con toda seguridad, no. Ninguna de ellas podía ser *Desirée*.

Se volvió a *Oliver* y cayó en la cuenta de que, durante su *abstracción*, se había citado para reunirse con unos amigos en el café *Watkin*.

Su instinto quería protestar, pero difícilmente podría atarle a sus faldas, por más que quisiera.

Sin embargo, temió que la buena suerte de la noche anterior no estuviera dirigiendo los pensamientos de *Oliver* en el sentido adecuado. Más bien lo contrario. Con una pila de guineas a su disposición y el acceso a las altas esferas ya estaba lleno de planes poco realistas.

Durante todo el camino de regreso habló de grandes sinecuras y grandes diversiones. No sólo se había olvidado por completo de su deuda, sino que claramente pensaba que se hallaba en el camino hacia la riqueza y la gloria. A Portia le angustió tanto todo aquello que se sintió contenta de despedirse de él. De todos modos, cuando Oliver se marchó, descubrió que había cogido otras veinte guineas, a sumar a las cincuenta que le había dado la noche anterior, ¡Setenta guineas! Era un ingreso anual respetable. Con una cantidad así encima, ni siquiera andaría seguro. ¿Y qué díantrés querría hacer con tanto dinero?

Temió saberlo.

Oliver regresó tarde aquella noche, alicaído y con los bolsillos vacíos.

Portia se levantó de un salto de la silla en la que esperaba preocupada.

—¡Oliver! ¡Cómo has podido! Robaste ese dinero.

—¿Cómo puedo robar lo que es mío? —bramó, pero sin convicción.

Portia se mordió el labio. Era cierto que era su dinero, pero simplemente no podía permitirle tirar setenta guineas al día. Y, por supuesto, se habían ido jugando.

—Sí, sí, he jugado —admitió, desmoronándose sobre el gastado sofá—. Y más de lo que tenía intención. Pensé que tal vez ganara lo suficiente para recuperar la finca; entonces ya no habría ninguna deuda que nos atara. Después de lo de anoche, y de nuestro gran éxito de hoy, pensé que mi suerte había cambiado... —Alzó la vista desalentado—. No volveré a ser tan necio, lo prometo, cielo.

Sonaba sincero.

—Supongo que ha sido Bryght Malloren —dijo Portia con amargura. ¿Cómo podía haberse ablandado respecto a ese hombre? Estaba acorralando a Oliver como el halcón que era, su intención era quedarse hasta el último penique.

Los ojos de Oliver se abrieron con sorpresa.

—¿Malloren? No, ya te dije que no me muevo en esos círculos.

Era un hombre llamado Cuthbertson el que lo ganó casi todo. No era un mal tipo. No puedes culparle a él, la suerte simplemente estaba en mi contra. Y setenta guineas no son nada. De hecho, si hubiera tenido más, probablemente las cosas se habrían puesto a mi favor.

Portia se quedó mirándole sin decir nada, con una sensación nauseabunda en el estómago. En todos los demás aspectos, Oliver era un hombre bueno y racional, pero en este tema, estaba loco.

Intentó mantener un tono de voz calmado cuando dijo:

—Espero que lo digas en serio, Oliver, que no vas a volver a jugar. El poco dinero que tenemos no durará si lo gastas de ese modo. —Recordó que Bryght Malloren había hablado de responsabilidades, y añadió—: Y tienes que pensar en toda la familia.

Oliver se sonrojó.

—Lo sé, lo sé. Lo estaba haciendo por la familia. Si queremos vivir mínimamente bien, necesitamos dinero.

—Fort te dejará dinero, Oliver. Seremos capaces de devolvérselo si vivimos con sencillez y trabajando duro.

—Será un fastidio para todo el mundo.

—A nadie le importará eso con tal de recuperar Overstead.

Oliver alzó la mirada.

—Tal vez a ti no te importe, te gusta el campo y las cosechas y que nazcan corderos y todo eso, pero a Pru no le hará ninguna gracia tener que arreglar sus viejos vestidos y perderse los bailes locales.

Había sacado a colación a su hermana, pero Portia sabía que hablaba de él. No le interesaba la vida campestre ni su economía.

—Si nos moderamos tal vez seamos capaces de permitirnos algunas diversiones. —Estaba ofreciendo aquella concesión a Oliver tanto como a la ausente **Prudence**.

—Asistir a fiestas no le servirá de mucho sin una dote.

Portia sintió ganas de soltar que debería haber pensado en esas cuestiones antes de perderlo todo, pero en cambio dijo:

—Pru es lo bastante guapa como para casarse sin necesidad de una buena dote. Si se queja, le recordaremos que la alternativa es **Manchester**. Aprenderá a apreciar su suerte.

Confió en que él captara también el mensaje.

Tal vez sí, ya que hizo una mueca irónica.

—Sí, desde luego que eso la consolará. No obstante, te alegrará saber que cuando pasé andando junto a la mansión **Ware** de camino a **Watkin** parecía que estuvieran preparándose para la llegada de alguien. ¿Qué apuestas a que Fort pronto volverá a estar en la ciudad? Ponía sintió que se desprendía de una carga de sus hombros.

—**Oh**, eso espero.

Estaba convencida de que **Bryght Malloren** al menos había sido sincero en algo. La única manera de evitar la ruina total era llevarse a **Oliver** de Londres: de vuelta a **Dorset**, donde se entregaría al duro trabajo.

Al día siguiente, intentando que no fuera demasiado evidente, **Portia** custodió su habitación y el dinero. Oliver, tras varios intentos sigilosos de evitar su vigilancia, plantó luego cara a su hermana.

—¿Dos guineas? ¿Esperas que salga con tan sólo dos guineas en el bolsillo?

—Vas a ver si **Fort** se encuentra ya en la ciudad. ¿Por qué necesitas tan siquiera estas dos?

—¡Es una miseria! ¡Me harás parecer un pobre!

A Portia se le acabó la paciencia.

—¡Eres un pobre!

—Sólo soy pobre porque tú estás vigilando mi dinero como una tacaña sentada sobre un tesoro.

—¡Estoy **vigilándolo** porque no mantienes el juicio en estas cuestiones!

—Tengo más juicio que tú.

—¿Entonces cómo es que te lo jugaste todo a las cartas?

—No me fastidies, Portia. Eso no es justo. ¡Me engañaron!

Ella se puso en jarras.

—Aún más estúpido. Y aún más por querer volver a jugar.

—¿Puedo recordarte que fui yo quien ganó las doscientas guineas, y a **Bryght Malloren**, ni más ni menos?

—Y anoche perdiste setenta.

—¡Sólo porque no tuve suerte!

—¡Y nunca la tendrás!

Tras una mirada iracunda, Oliver se marchó cerrando la puerta de golpe y dejando a Portia muy trastornada. Nunca antes se había peleado con Oliver, ya que él por naturaleza no solía discutir. Ciertamente su disposición no era para nada violenta, pero ahora estaba asustada. Temía que, en verdad, estuviera loco en lo que al juego se refería.

¿Cómo iba a evitar ella el desastre?

Le temblaban las manos cuando cogió la pequeña bolsa con las monedas de oro y contó la renta necesaria para tres meses. Lo calculó cuidadosamente, incluyendo dinero para carbón, para pan y cerveza, y para una comida diaria para cada uno en el restaurante económico. Bajó el monedero a la posadera.

—Vaya, señorita **St. Claire** —dijo la delgada mujer, metiéndose el monedero en su bolsillo—, será un placer tener a dos personas tan respetables en mi casa durante tanto tiempo.

—Yo tal vez no que quede, señora **Pinney**. Pronto me reclamarán en mi casa.

—Bien, podéis estar segura de que me ocuparé con esmero de vuestro hermano por vos. Un joven tan agradable. Sólo hay una cosa...

—¿Sí? —preguntó **Portia**, preguntándose qué nuevo batacazo iba a recibir.

—Creo que **sir Oliver** es un poco descuidado con las cerraduras, señorita **St. Claire**. Al levantarme esta mañana me he encontrado la puerta sin cerrar. Podrían habernos asesinado a todos en nuestras camas.

Portia se relajó llena de alivio.

—Lo siento de veras, señora **Pinney**. En el campo...

—Esto no es el campo. Por favor, pedid a **sir Oliver** que sea más cuidadoso.

—Sí, lo haré. Gracias.

Portia se escapó para regresar a su habitación, sintiendo cierto alivio por que las cosas estuvieran organizadas.

Sabía que ella no podría permanecer en Londres pues aquel viaje la estaba afectando demasiado, pero no estaba segura de poder convencer a **Oliver** de que debía irse. Si **Fort** no podía ofrecerles ninguna ayuda, ella regresaría a **Overstead** y organizaría el traslado a **Manchester**.

Se dijo con firmeza que incluso **Manchester** era un lugar preferible a éste, y que con valor y trabajo duro, era posible labrarse una buena vida en cualquier lugar.

Intentaría convencer a **Oliver** para que se fuera con ella. No obstante, si él no accedía, podría marcharse sabiendo que tendría un techo sobre la cabeza y una comida al día durante unos pocos meses.

No obstante, aquello les dejaba con tan sólo treinta guineas, y temía que **Oliver** advirtiera la falta. No quería que ni siquiera sospechara que había ocultado parte del dinero y, por lo tanto, sacó alguna de las monedas de detrás de la chimenea.

Algunas se habían quedado atascadas y un par de ellas se habían Contó el dinero que tenían, tanto las monedas aún ocultas como las de la bolsa, y descubrió que sólo les quedaban cien guineas. Era un montón de dinero, pero no tanto si **Oliver** perdía setenta al día.

escurrido demasiado lejos, por lo que se vio obligada a emplear un cuchillo para sacarlas. Mientras lo hacía, no pudo evitar pensar en lord Bryght.

Sus manos se detuvieron en medio de la faena. Había pasado media noche despierta, desconcertada con él, y cuando por fin se durmió, él había seguido en sus sueños. Era tan ajeno a ella como un halcón en un gallinero, e igual de peligroso, y no obstante, no podía sacárselo de la cabeza. Podía recordar su sonrisa sutil, pestañeante, los movimientos graciosos de sus manos elegantes y la suave magia de su hermosa voz...

Alcanzó una moneda con el cuchillo con fiereza, pero en vez de sacarla, la empujó aún más, más allá de su alcance.

¡Maldición!

Apoyó la cabeza en las manos, conteniendo las lágrimas. ¡No sólo se enfrentaba a la más terrible miseria, sino que, contra toda lógica, estaba obsesionada por un vividor y jugador de buena cuna! Sin duda toda mujer que le conocía se enamoraba de él, y a él le resultaba terriblemente divertido. Probablemente esperaba que Portia se sintiera tan deslumbrada por el honor de sus atenciones que se entregara voluntariamente a una relación ilícita.

Bien, ciertamente no actuaría alocadamente con un hombre que apenas conocía, sobre todo teniendo en cuenta que la mayor parte de lo que sabía de él era malo. Era un vividor, y si tenía intenciones honorables hacia alguna dama, serían por aquella fortuna andante llamada señora Findiayson. Todavía peor, era un jugador impenitente, lo que ella más detestaba, por encima de todas las cosas. Y pensaba que la mera idea de la fidelidad y las veladas junto al fuego eran muy divertidas.

¿Qué era, entonces, lo que veía en él?

Sexo.

Las mejillas le ardieron sólo de pensarlo, pero era cierto. Tenía veinticinco años y sabía lo suficiente de aquellos temas como para entender que la pura lujuria podía apoderarse de la persona más sensata. Le gustaría negarlo, pero el hecho era que se sentía atraída por Bryght Malloren de un modo estrictamente físico.

Pero poderoso.

Su cuerpo reaccionaba al de él, y en sueños, la noche pasada...

Volvió apresuradamente a su tarea, intentando alcanzar algunas monedas más.

Si Oliver se había vuelto loco con el juego, ella estaba enloqueciendo en otra dirección.

Toda su familia estaba evidentemente desequilibrada.

Pero no era sólo deseo, pensó con nostalgia. Él sabía ser encantador y tenía una lengua ingeniosa. Admiraba a los hombres de mente ágil y sentido del humor. Si su posición fuera más próxima a la de ella y no fuera un jugador...

—Al cuerno —murmuró a una moneda particularmente poco cooperadora, aunque las palabras iban dirigidas a otro blanco—. Eres un hombre, ni más ni menos.

Y no el tipo de hombre adecuado para mí.

Después de haber hecho todo lo posible por sus asuntos financieros, Portia se concentró en otros asuntos. Se dispuso a escribir una carta a su casa por si tenían que quedarse aquí mucho más tiempo. Hannah Upcott daría por sentado que su hijo e hija se encontraban todavía en Maidenhead y esperaría su regreso, o si no, alguna noticia de ellos,

Sin embargo, en vez de escribir, la pluma de Portia empezó a hacer un bosquejo de **Bryght Malloren**. Portia tenía cierto talento artístico y le pareció haber captado parte de la elegancia delgada de sus rasgos, aunque fue incapaz de reflejar la magia.

—No hay magia —murmuró, y añadió unas líneas más a las pestañas, intentando transmitir cierto drama a sus ojos.

No funcionó. Dudaba que alguien pudiera reconocerle.

Lo cual era mejor.

Hizo una bola con el papel y lo arrojó al fuego.

¡Que aquello le apartara de su mente!

Capítulo 7

Portia comió en solitario la cena que el hijo de la patrona le trajo del restaurante económico. Cuando la señora Pinney la invitó a tomar el té en el piso inferior, Portia bajó porque estaba aburrida, pero se encontró intentando esquivar una serie de preguntas impertinentes.

Oliver no volvió a casa hasta la medianoche. Tras decir un brusco «Buenas noches» desapareció en su habitación. Era casi mediodía del día siguiente cuando salió para pedir el desayuno.

Portia le sirvió pan y mantequilla y preparó té con una tetera sobre la placa del hogar mientras intentaba inferir en qué habría andado metido él la noche anterior. Su hermano le resultaba un extraño en su estado de ánimo actual. Sólo por decir algo, le transmitió la advertencia de la señora Pinney sobre las cerraduras.

—Supongo que hay que ser cauteloso con los ladrones —contestó levantándose—. De hecho, debería ocuparme yo de nuestro dinero.

Portia se quedó mirándole.

—¿Porqué?

—No es que sea una tarea adecuada para una mujer.

—No me importa.

Oliver fijó en su hermana una mirada preocupante.

—Portia, dame el dinero.

Portia no había tenido miedo de Oliver nunca antes, pero sabía que ahora existía un riesgo real de violencia. Se tragó sus argumentos y fue a por el monedero.

El sopesó la bolsa con el ceño fruncido y vertió las monedas para contarlas.

—¡Por todos los diablos! ¡Aquí apenas hay sesenta! ¿Dónde está el resto?

Portia le miró a los ojos con calma.

—Lo he empleado para pagar nuestra renta aquí para una buena temporada.

—¡Hasta el día del juicio final, diría yo! Vete al cuerno. Porfía, ¿qué sentido tiene, si vamos a trasladarnos pronto a un sitio mejor?

—¿Mejor? ¿Adonde?

—Cualquier lugar será mejor que éste. Tienes que estar loca para comprometernos a quedarnos aquí.

Portia controló su propio mal genio pues sabía que sólo serviría para añadir leña a un fuego peligroso.

—Pensé que era lo más seguro.

—¡Más seguro! Crees que voy a perderlo todo, pero yo no soy tan tonto. —Volvió a poner las monedas en la bolsa—. Anoche volví a ganar. Convertí las dos míseras guineas en veinte. Cuando vuelva a casa esta noche todo será diferente. Espera y verás.

Se marchaba.

—Oliver, ¿y qué hay de Fort? ¿Ya está aquí?

Él se detuvo.

—Cualquier día de éstos, dicen. Pero ya no nos va a hacer falta postrarnos ante el poderoso conde de Walgrave o vivir en la miseria como esclavos para pagar una deuda enorme. —Hizo una pausa y sonrió de pronto, volvió a parecer Oliver de nuevo—. Confía en mí, Portia. Por una vez, confía en mí. Sé lo que estoy haciendo.

Dicho esto salió y Portia se sentó con un ruido sordo. ¿Era posible que supiera qué estaba haciendo, que regresara a casa convertido en un hombre rico? Le encantaría confiar en él, pero no podía. Iba a

volver a casa con los bolsillos vacíos. Gracias al cielo había pagado su manutención y aún le quedaban unas monedas detrás de la chimenea.

Al menos para pagar el viaje de regreso a casa.

Se rió sin ningún humor. Por poca agudeza que tuviera Oliver para los números, podría calcular los gastos recientes y darse cuenta que ella había dejado a buen recaudo casi cincuenta guineas. Pero, los números no se le daban bien. Tuvo que preguntarse cómo alguien podía pensar en ganar en el juego si era incapaz de controlar asuntos menores como ése.

Debía de haber juegos que no requieran ninguna pericia.

Pero, ¿cómo alguien con tan mala suerte como Oliver podía esperar ganar con los juegos de azar?

Sacudió la cabeza. Nunca entendería a los jugadores. Una visión de otro jugador ocupó su mente para aumentar su ofuscación. Le resultaba imposible imaginar a **Bryght Mallore** esperando con mirada codiciosa que la carta quedara boca arriba, arrojando cantidades substanciosas de dinero una vez tras otra con optimismo demente.

Casi sintió ganas de acudir a una sala de juego para presenciarlo.

Sin duda sería un antídoto definitivo.

—¡Sal de mi cabeza! —murmuró con brusquedad y se obligó a pensar en Oliven

¿Había algo que ella pudiera hacer? Si fuera más espabilada podría haberle seguido, pero, ¿de qué serviría? Le habría resultado imposible seguirle hasta dentro de un club o de un salón de juego. Y aunque lo consiguiera, no podría impedir que él jugara.

¿Se suponía que tenía que sacarle arrastrándole de las orejas como a un muchacho travieso?

Portia suspiró y se frotó la cabeza. Deseó con fuerza poder hacerlo, pero **Oliver** era ahora un hombre. **Oh**, aún era su **hermanito** pequeño, pero ya no podía controlarle.

Démosle tiempo.

Pero, ¿y si acababa con una pistola en la cabeza como su padre?

—No puedo hacer nada para impedirlo —murmuró con dureza

Ponía y se obligó una vez más a calmarse y escribir cartas.

No intentó escribir una carta a su madre, pues sabía que pronto volvería a casa. En vez de ello escribió cartas de despedida a sus amigos de **Dorset**, en las que explicaba el triste desarrollo de los acontecimientos. No las mandaría hasta que toda esperanza estuviera perdida, pero ya estaban listas, como las telas de la mortaja colocadas cerca del lecho de muerte.

Tras completar una tarea desagradable, Portia comprendió que no podía quedarse sentada sin más a esperar el fin. Necesitaba aire fresco y un poco de ejercicio, o sea que se fue andando hasta la panadería próxima para comprar un poco de pan. Incluso se permitió un bollo de grosella ya que, si Oliver podía utilizar tanto dinero en el juego, sin duda ella podía pagar un penique por un bollo. Retrasó volver a casa y vagó por las calles, distrayéndose con la variedad de gente ajetreada.

Al final tuvo que regresar a sus habitaciones vacías y esperar. Aunque significara usar una vela más, Portia se quedó levantada hasta tarde con la esperanza de que Oliver volviera a casa. Creía que sería incapaz de dormirse sin saber dónde estaba él o qué estaba haciendo. Sin embargo, al llegar la medianoche se dio cuenta de que se le cerraban los ojos.

Mientras se metía en la cama, intentó convencerse de que si **Oliver** hubiera perdido todo su dinero, ya habría regresado a casa, y que por lo tanto estaría ganando.

No podía creérselo. El desastre acechaba como una nube de tormenta.

Pese a la angustia que la corroía, Portia se durmió finalmente, y cuando se despertó ya era de día. Sus primeros pensamientos la llenaron de pánico y se apresuró a levantarse en busca de señales del desastre. Los resoplidos de los ronquidos de Oliver le comunicaron que como mínimo estaba en el dormitorio y que estaba vivo.

No encontró indicios de si había tenido suerte o no. Ciertamente no había ninguna pila de oro en la mesa. Pensó más bien que, si hubiera tenido un éxito enorme, la habría despertado para comunicarle las noticias.

Una pequeña ganancia, al menos. ¿Era eso esperar demasiado?

Incluso una pérdida pequeña sería un alivio.

Portia se sintió tentada de despertar a su hermano y exigirle pasar cuentas, pero ¿qué sentido tenía? Lo hecho, hecho estaba.

Las horas pasaron pausadamente. Portia intentó centrarse en la labor de aguja o en la lectura, pero no consiguió ni una cosa ni la otra. Daba vueltas por la habitación llena de inquietud, sintiendo que iba a gastar la delgada y vieja alfombra.

¿Qué iban a hacer si había perdido todo el dinero?

¿Y qué si había perdido más, mucho más?

Otra vez la imagen de Oliver llevándose la pistola cargada a la cabeza...

—No —dijo ella en voz alta, y otro débil ronquido la tranquilizó.

Fort. Fort era su única esperanza. No sólo podría dejarles dinero, sino que podría convencer a Oliver de que cesara en su locura y regresara a Dorset. Puesto que necesitaba pasar a la acción, Portia se echó el pesado manto sobre los hombros y fue en busca del nuevo conde de Walgrave.

Mientras se aproximaba a la gran casa, su corazón se animó. Un carruaje cargado de equipaje abandonaba en ese momento la puerta, presumiblemente para ir a las caballerizas a descargar. Alguien había llegado. Subió corriendo con ligereza los escalones y llamó con la alda de reluciente bronce.

Portia sabía que no era habitual que una mujer llamara sin escolta a la puerta de un hombre, pero esperaba poder aparentar cierta solemnidad. Cuando se abrió la puerta, informó al lacayo que la señorita St. Claire estaba allí para ver al conde.

Su expresión no fue cordial.

—El conde no está en casa, señora.

Portia se mantuvo firme.

—Acabo de ver llegar un coche.

—Eso eran los sirvientes de su señoría con el equipaje, señora.

Empezó a cerrar la puerta y Portia dijo con premura:

—¿De modo que le esperan?

—Sí, señora. —Entonces la puerta quedó cerrada con firmeza.

Portia se dio media vuelta, alicaída pero todavía con esperanzas.

Sin duda, Fort estaría aquí mañana o quizás hoy mismo. Pese a las preocupaciones que la acuciaban, no podría suceder nada demasiado terrible entre hoy y mañana. Al fin y al cabo, Oliver ya debía cinco mil guineas. Cualquier suma adicional que hubiera malgastado la noche pasada no eran más que gotas de lluvia en un gran cubo.

Portia no sabía si reír o llorar.

No quería regresar a sus deprimentes habitaciones para oír a Oliver resoplar y roncarse, de modo que se puso a andar por esta preciosa zona de Londres.

Eran calles amplias y bien ordenadas, con casas que iban de las más grandiosas a las simplemente elegantes. En general tenían el pavi-

mento enlosado con piedra, bordeado por robustos postes de metal, lo cual ofrecía cierta protección a los peatones de las carretas y carruajes que pasaban rodando. La gente que transitaba eran damas y caballeros o sus criados y niños. Las callejuelas con borrachos bebiendo ginebra y las fulanas parecían pertenecer a otro mundo. Salpicadas entre las casas había tiendas llenas de artículos que probablemente eran del gusto de los ricos. Portia escudriñó a través de los pequeños escaparates y vio objetos llegados de todo el país y del mundo, y deseó poder llevar consigo algunos con los que obsequiar a su familia. A Pru le encantaría aquella cinta de encaje y sólo costaría un chelín el metro.

Suprimió la tentación. Era peor que Oliver, quería gastar dinero que no tenían.

Mientras rehacía el camino hacia Dresden Street, se percató de pronto de que se había perdido. No se sintió alarmada porque estaba equipada con el mapa Sayer de Londres, y se detuvo a mirarlo. Ah, sí, si cruzaba Mariborough Square tendría que volver a retomar su camino, y le gustaría ver la famosa plaza. Se suponía que era la mejor de la ciudad.

Lo era. Bordeada por preciosas casas de muchos tipos diferentes, la plaza incluía un parque rodeado por una verja que contenía bonitos árboles, lechos de flores e incluso un estanque de patos. Pese a esta época umbría del año, el parque era encantador. En primavera y en verano, tenía que ser delicioso.

Portia oyó risas y vio a algunos niños y su niñera dando de comer a los patos.

Londres tenía muchas caras, musitó. Sórdido por un lado, vicioso por el otro, también podía ser refinado, e incluso encantador.

Fue hasta la verja para disfrutar de las gracias de los cuatro niños. Un muchacho se percató de su presencia y le saludó con un tímido ademán. Ella le devolvió el saludo. La niñera estaba atenta, pero no interfirió y, por consiguiente, Portia se paró a disfrutar con melancolía de los pequeños.

Había tenido pretendientes a su mano, pero nadie que ella hubiera estado dispuesta a aceptar. Su madre pensaba que no era razonable por su parte, pero Portia necesitaba sentir una confianza absoluta en un hombre antes de poner su vida en sus manos. Había esperado que Hannah comprendiera esto después de su desastroso primer matrimonio, pero la madre de Portia parecía pensar que era preferible un hombre cualquiera a ninguno.

Si, de todos modos, Portia hubiera aceptado alguna de las ofertas, habría tenido hijos propios. Ahora sus posibilidades se habían esfumado, ya que no era una jovencita y no tenía ningún tipo de dote.

Hacía años que se había resignado a su estado de soltería, pero confiaba en ser tía de los hijos de Oliver. Había pensado en vivir en Overstead trabajando para que la finca prosperara, disfrutando de sobrinos y sobrinas. Su madre también esperaba estar ahí para disfrutar de sus jardines y sus nietos.

Una niña del grupo alzó la vista y Portia pensó que la criatura se había fijado en su aflicción. Pero la muchacha miraba más allá de ella y gritó:

—Zeno\

Portia se volvió y se encontró mirando a Bryght Malloren de pie al otro lado de la calle. Le llevó un momento advertir el gran perro a su lado, con su oscuro y sedoso pelaje reluciente a la luz del sol. El perro estaba quieto como una estatua a excepción de la cola oscilante, pero sus ojos brillantes estaban fijos en los niños.

Los niños venían corriendo.

La niñera sonriente abrió la verja y los crios salieron corriendo en tropel. Los niños no hicieron ningún caso del hombre y se lanzaron hacia el perro. Este se echó a un lado. Portia soltó un resuello, pensando que iba a volverse contra sus inocentes torturadores, pero enseguida comprendió que se trataba de un juego conocido para todos ellos.

El perro se escabullía zigzagueante y danzaba, y los niños iban tras él.

—¿Os gustan los niños?

Portia se volvió hacia atrás y vio que Bryght Malloren había cruzado hasta situarse a su lado.

—¡Por supuesto que *me* gustan los niños! —El corazón le latía con fuerza. Estaba segura de que tenía las mejillas rojas como fresones.

—No es algo tan presumible. Son pequeños monstruos, cada uno de ellos.

—Vuestro perro no da muestras de sentir eso.

—Considera que estos ejercicios son un noble sacrificio en la causa de educar a los jóvenes. —Su tono era perfectamente serio, pero en sus ojos se detectaba un centelleo irresistible.

Portia no pudo evitar devolver la sonrisa.

—A mí me da la impresión de que pasa un rato maravilloso, *mi-lord*.

—¡No digáis eso! Él se cree que nos ha engañado a todos.

La sonrisa de Portia se agrandó. Bryght la imitó, y ella deseó que no lo hubiera hecho. Parecía tan sincera, como si también él estuviera encantado con este encuentro fortuito.

Era todo fachada, se dijo Portia con firmeza, pero la expresión de él era tan afectuosa que podía fundir el sentido común más sereno y reducirlo a la idiotez más inepta.

Hoy iba vestido con ropas sencillas: una chaqueta oscura, los pantalones de cuero marrón y las botas altas negras. Llevaba el pelo oscuro recogido con natural sencillez, con un pequeño mechón al viento. Llevaba un tricornio y una fusta, por consiguiente debía de regresar de montar.

A diferencia del satén y el pelo empolvado del parque, no había nada en estas ropas de diario que estuviera diseñado para atraer o impresionar. Sin embargo, el efecto resultaba incluso más peligroso. Unas ropas tan sencillas le hacían parecer más normal, más el tipo de hombre que la señorita Portia St. Claire de Overstead, Dorset, podía esperar conocer.

Apreciar.

Amar, incluso.

Cielos, no. ¡Eso nunca!

—¿Vivís aquí, *milord*? —Esto era para recordarse a sí misma que nadie que viviera en Mariborough Square era normal.

—Sí, allí. —Hizo un gesto en dirección a la casa más soberbia de este lado de la calle—. De todos modos, no os impresionéis demasiado. Pertenece a mi hermano.

—¿El marqués de Rothgar? —Alta aristocracia, Portia. Recuerda eso.

El alzó una ceja.

—¿Habéis estado estudiando mi árbol genealógico, señorita St. Claire?

Portia apartó la vista para mirar cómo jugaban los niños, y para ocultar las mejillas enrojecidas.

—Desde luego que no, milord. Todo el mundo sabe esas cosas. Él debía de haberse acercado aún más, ya que la profunda voz llegó justo desde detrás de su oído.

—¿Y qué más sabe todo el mundo?

Portia tragó saliva, pero mantuvo un tono enérgico.

—¿Queréis que os regalen los oídos, milord?

El se rió y se desplazó hasta colocarse en su campo visual, obligando a Portia a mirarle o a ser **significativamente maleducada**.

¡Ay, Señor! Si **Bryght Malloren** era guapo en su faceta solemne, era irresistible cuando su rostro se iluminaba con su risa. Se había situado de manera que los dos quedaran muy próximos, íntimamente próximos...

—Dudo —dijo con suavidad— que mucho de lo que el mundo tiene que decir acerca de mi familia pueda expresarse como cumplidos.

—Dicen que sois ricos.

—Pero, ¿qué dicen de la manera en que hacemos dinero?

—¡Dicen que intentáis casaros con el dinero!

Había pronunciado aquellas palabras sin tener tiempo de contenerse. Portia deseó que se abriera un oportuno agujero en el suelo que la engullera.

—No os sintáis incómoda —dijo él—. Es verdad. ¿Qué opción tenemos nosotros los pobres segundos hijos? —Pero le tomó una mano y le frotó suavemente el dorso con el pulgar. Los dos llevaban guantes, pero aquello no parecía disminuir el poder de su contacto.

—¿Trabajo duro? —preguntó ella, con voz demasiado entrecortada.

—Dios no lo quiera. —Tiró levemente de la mano de ella, tiró de **Portia** hacia él.

¡No se atrevería! Aquí no, donde la gente podía observarles de cualquier ventana del centenar que tenían a su alrededor.

—Y dicen que lo conseguís en las mesas de juego —soltó ella bruscamente. Era tanto para refrescarse la mente como para acusarle. «Es un jugador, Portia. El tipo de hombre que más desprecias.»

—Todo el mundo juega. —Aún seguía atrayéndola hacia sus brazos, y la falta de voluntad de Portia para resistirse era alarmante.

Pero justo entonces el remolino de perro y niños pasó girando muy cerca, y **Zeno** efectuó un giro muy marcado para rodear a **Bryght** y a Portia. Mientras los niños le seguían, una pequeña resbaló y tropezó, cayendo al suelo con un gemido.

Portia se soltó de Bryght para ayudar a la criatura, pero él se adelantó. Levantó suavemente a la **niñita** del suelo con un movimiento, luego se puso en cuclillas para quedarse al nivel de la pequeña y colocarle bien el gorro sobre su corto pelo castaño manchado.

—No te has hecho daño, creo, **pequeñita**.

—Me he llenado de barro —dijo la niña suspirando.

—Se irá cuando lo laves.

—Me he hecho daño en la mano. —La niña tendió la mano derecha que tenía algún rasguño en la base del pulgar.

Bryght se la cogió y la estudió a fondo.

—Me parece que es barro más que otra cosa. ¿Le doy un beso para que se ponga mejor? ¿O prefieres que la bese como besa un caballero la mano de una dama?

La muchacha, que tenía unos cinco años, le miró con talante sorprendentemente coqueto. Sin duda estaba destinada a ser una picara.

—Como una dama —dijo ella mientras extendía la mano con la palma hacia abajo, prácticamente como haría una dama.

Bryght le cogió la **manita** llena de barro y la rozó con un beso sobre los nudillos, luego se puso en pie. Soltó un agudo silbido y **Zeno** evadió una mano que quería agarrarle y trotó hasta colocarse al lado de él. Los niños colorados y excitados le habrían seguido, pero su niñera les controló. Bryght mandó a la niña a reunirse con ellos y todos desaparecieron por una de las casas.

En el último minuto, los niños se volvieron a saludar y **Bryght** les devolvió el saludo, con una amplia sonrisa.

—¿Pequeños monstruos? —inquirió **Portia**, consciente de que su corazón acababa de sufrir un serio golpe. Tal vez fuera un aristócrata, un bribón y un jugador, pero le gustaban los niños y era cariñoso con ellos. No creía que llegara a olvidar alguna vez la imagen de él besando la mano de una niña llorosa.

—Me estoy despidiendo de ellos —contestó. Acarició las orejas de su perro—. Señorita **St. Claire**, ¿me permitís presentaros a '**Zeno**, el más estoico de los perros?

El perro volvió a una pose más relajada y a una actitud de resignación infinita.

Portia extendió la mano y, como el perro no dio muestras de protestar, le acarició la sedosa cabeza.

—Es precioso. —Tanto como su amo, pensó, pues había cierta similitud ente su delgadez oscura y perfecta osamenta—. ¿Qué es ?

—Un **saluki**, un cazador de gacelas de **Persia**. Puesto que no hay gacelas cerca, cree que no tiene obligación de esforzarse.

Portia se dirigió al perro.

—'**Zeno**, creo que tu amo te calumnia. No parecéis ningún perezoso.

—Ni yo tampoco —dijo Bryght—. Y pese a todo, ¿no soy una criatura ociosa, sin propósito en la vida?

Portia alzó la vista con sentimiento de culpa. Era como si le hubiera leído el pensamiento. De todos modos, él parecía demasiado despierto, demasiado fuerte y demasiado saludable para la vida que supuestamente llevaba.

—No os conozco, **milord**.

Se suponía que aquello debía recuperar el orden apropiado de las cosas, recordarles tanto a él como a ella que eran extraños, de diferentes clases de la sociedad. Pero él dijo:

—Eso se puede enmendar, Hipólita. —Había algo en su tono, algo en sus ojos, que provocó un escalofrío a lo largo de sus nervios—. Me gustaría conoceros mejor.

¿Conocer? ¿En el sentido bíblico?

Portia dio un paso hacia atrás.

—¡Milord, parad esto! —Se dio un topetazo contra la dura verja, lo que la dejó atrapada y le recordó **Maidenhead**. ¿Cómo podía haber olvidado aquel encuentro violento?

—¿Parar qué? —Era todo inocencia, el muy miserable. **Portia** alzó la barbilla.

—No quiero vuestras atenciones, **milord**. —Incluso decirlo **resulaba** ridículo.

Portia pensó que él iba a reírse.

En vez de ello, la ira centelleó en los ojos del aristócrata.

—¿Rechazáis mis atenciones sin tan siquiera discutir la cuestión, señorita **St. Claire**?

—Sí. ¡No hay nada que discutir!

—A mí me parece que hay mucho que discutir.

—¡No! —protestó, totalmente alarmada por lo poco que ella quería rechazarle

—¡No hay precio que pudierais ofrecer, milord, que me convenciera a ser vuestra querida!

El la miró **fijamente** y ahora sí que parecía su merodeador nocturno, capaz de atacar.

Portia rezó ansiosamente para que entonces un centenar de ojos sí que estuvieran observando este encuentro.

Pero él mantuvo a raya su ira.

—Qué insultante —dijo arrastrando las palabras. Sus fríos ojos la estudiaron, desde el pulcro sombrero a los resistentes zapatos—.

(Qué diríais si estuviera dispuesto a pagar todas las deudas de vuestro hermano, señorita St. Claire?

¿Debilitaría eso los grilletes de vuestra virtud?

Portia notó sus propios ojos abriéndose como platos.

—¡Debe cinco mil guineas!

—¿Vale él cinco mil guineas?

—Su finca.

Sus ojos se apagaron por completo. Se mostraba tétricamente grave.

—Todo el mundo tiene su precio. ¿Estaríais dispuesta a entregaros a mí en cuerpo y alma por cinco mil guineas?

Seguro que no hablaba en serio, pero ella replicó por temor:

—¿Valéis vos cinco mil guineas, milord?

—¿Dudáis de mi palabra? —preguntó él, con suficiente frialdad como para congelar el estanque.

—¡Si tuviera que aceptar un trato así de perverso, sin duda tendría que ver el dinero por anticipado!

La respiración de él sonó sibilante entre sus dientes mientras tomaba aliento.

; —Sois una mujer temeraria, mi amazona, al insultarme así.

—Yo no soy vuestra nada, milord. —Intentó pasar a su lado, pero elle bloqueó el camino con el mango de la fusta.

—¿Y qué si subo a diez mil? Vuestro hermano limpio de deudas, ^vuestra familia a salvo en su hogar, una dote para vuestra hermana...

—Sonrió, y su voz adquirió un matiz satírico—. ¿No valdría eso vuestra preciosa virtud, tan largamente preservada?

El insulto hirió el corazón de Portia, pero se quedó paralizada. Si hablaba en serio, no podía negarse.

—¿Pagaríais todo eso?

—¿No lo he dicho?

Portia soltó un largo y tembloroso suspiro y bajó la vista.

—Muy bien, milord.

Él bajó lentamente la fusta y Portia observó, temblando mientras él golpeaba la lustrosa bota.

—Juana de Arco, ciertamente. Vuestra familia no lo merece.

—Ella no fue capaz de interpretar en lo más mínimo su tono de voz.

Portia alzó la vista para mirar directamente aquellos ojos cautelosos.

—Mi familia merece mi sacrificio, milord. ¿La vuestra no?

—Bien, eso sí que ha sido una buena actuación. —Bryght vertió

La barbilla de él hizo un leve movimiento, casi como si ella le hubiera pegado.

—Retiro mi oferta, Hipólita. No soy una pira de sacrificio para ninguna mujer. —Tras decir eso, se dio media vuelta y se alejó andan-
do *mej* estuosamente en dirección a la mansión que era su hogar.

Portia inspiró profundamente y dijo para sus adentros que sentía un gran alivio. Por supuesto que se sentía aliviada. Su familia nunca querría que ella pagara su seguridad con su virtud. La habían educado para que creyera que la muerte era preferible al deshonor.

Pero la honestidad le decía que en su corazón había un deje de lamentación. Si no hubiera sido por ese comentario cruel sobre su virtud largamente preservada, el perverso plan le habría parecido atractivo. No obstante, las palabras de él le habían recordado que ya no era una *jovencita*. Habían dejado claro que su propuesta era una broma cruel que respondía al desdén, no a la atracción.

No había hablado en ningún momento en serio.

Cuando la puerta se cerró tras él, Portia recuperó cierta fuerza en las piernas y pudo continuar su camino con dignidad. Dejó *Mariborough Square*, resistiéndose a toda tentación de mirar atrás o de pensar lo que podía haber sido.

Bryght entró indignado en la biblioteca y cerró la puerta de golpe, con tal fuerza que evitó por bien poco la cola de *Zeno*. El perro soltó un gañido de reproche y se instaló delante del fuego con un suspiro.

brandy descuidadamente en una copa y se lo bebió de un trago—.

¡Una conducta tan encantadora con toda seguridad tiene que ganarte el corazón de cualquier dama!

Zeno abrió los ojos durante un momento, luego los cerró.

—Desde luego que sí. ¿Qué diría tu compañera si tú le soltaras que se ha quedado rancia, que es un palillo reseco, que es una gazmofia incurable que va acabar vistiendo santos?

Bryght fue a echarse al sillón junto al fuego. *Zeno*, conociendo cuál era su deber, se levantó para apoyar la cabeza en la rodilla de su amo.

—Deja de actuar —dijo *Bryght*—. No te compadeces en absoluto de mí, y tienes razón. Pero la verdad es que me ha hecho perder los nervios. Parece que tenga la habilidad de hacerme perder la calma, esa mujer miserable. Normalmente controlo mis emociones y mi vida. *Zeno* no ofreció ninguna respuesta, de modo que *Bryght* le acarició con suavidad y sintió que el calor sedoso le serenaba.

—Expreso mi interés por mejorar mi relación con esta dama, ¡y de inmediato da por sentado que quiero convertirla en mi querida!

Zeno se movió de modo que sus grandes ojos marrones miraron directamente a *Bryght*.

—Por supuesto que no era mi idea—continuó *Bryght*—. ¡Ni se me había pasado por la cabeza!

Sin embargo, tuvo que detenerse y se vio obligado a repasar mentalmente algunos comentarios recientes de compañeros suyos y sus intentos de ganar el corazón de alguna damisela. «Ni siquiera puedo considerar hacerle una proposición honorable. Si lo hiciera, ella sin duda se desmayaría de horror. ¡Se planteaba una relación conmigo con el mismo entusiasmo que alguien que está vadeando el *Shoreditch*!»

Zeno cerró los ojos y dio un resoplido.

—No seas injusto, amigo mío. No es posible que me plantee casarme con una mujer que no tiene patrimonio, mucho menos una mujer cuyo hermano probablemente sea una ruina. Ella esperaría que yo me ocupara constantemente de sus descalabros. Simplemente no me

lo puedo permitir. ¿Y qué hay de **Bridgewater**? —preguntó al perro—. He prometido financiar su cometido.

Zeno se movió para que la mano de Bryght llegara a otra parte de su cuello.

—Y ni siquiera es una belleza. Es demasiado delgada y está entrada en años.

Bryght dejó la copa sobre una **mesita** auxiliar junto a su codo, y cogió una caja de rapé de carey. Tomó un pellizco y lo inhaló, confiando en que el rapé aclarara su cerebro lo suficiente como para sacarse a **Portia St. Claire** de la cabeza.

No funcionó.

¿Qué tenía ella?

La manera en que se movía, tal vez. Era tan ligera y graciosa que las demás mujeres parecían torpes a su lado. Incluso **Nerissa**.

La manera en que iba directamente al glano, sin miedo a dejar claro lo que quería decir. Las vacilaciones, las **incertidumbres** maliciosas de las damas elegantes empezaban a crisparle.

La manera en que sus claros ojos azules centelleaban cuando algo le divertía.

La manera en que alzaba la barbilla cuando estaba enfadada. La manera en que luchaba en desventaja. Hizo una mueca.

La manera en que había intentado disparar a un intruso.

Así fue como empezó todo la primera vez, esta locura. No conocía a ninguna otra mujer que, encontrándose sola en una casa, hubiera bajado a enfrentarse a un ladrón con una pistola, por no hablar de **dispararle**.

Las demás mujeres tenían más juicio, se dijo a sí mismo. Portia **carecía** de toda discreción razonable. Sólo pensar en lo que podría haberle pasado a ella en **Maidenhead** si de verdad él hubiera sido un villano, era suficiente para ponerle los pelos de punta. Y Londres era mucho peor. Ni se atrevía a considerar las cosas que podrían pasarle a una mujer así en Londres, únicamente con **Oliver Upcott** para guiarla y protegerla.

¿Por qué **diantre** se interesaba por una mujer que parecía dar problemas con la misma facilidad con que las gatas dan **gatitos**?

Porque había fuego en ella, y cuando sonreía, resplandecía.

¿Era de verdad prima de Nerissa? Suponía que sí, pero eran muy diferentes.

Sólo podía dar las gracias de que lo fueran.

Pese a que Nerissa St. Claire había preferido a **Trelyn** en vez de a él, Bryght no había dejado de pensar en ella con afecto. No podía despreciar a alguien porque se entregara a los deseos de su familia. De hecho, la aceptación por parte de Nerissa del deber para con su familia habían realzado falsamente sus demás virtudes.

Se le abrieron finalmente los ojos en Maidenhead, al leer esa carta y reconocer su distintiva caligrafía y perfume. La conmoción le había vuelto loco durante un momento, y el nombre **St. Claire** le consternó aún más. Como resultado, se había comportado de un modo **abominable**.

De todos modos, no le llevó demasiados minutos comprender su error en cuanto salió al frío aire de la calle aquella noche. **Nerissa** ni siquiera había echado en falta aquella carta, de modo que **Portia St. Claire** no podía ser su instrumento. Tenía que ser inocente, su presencia en la casa era una maldita coincidencia.

Y él había sido un bruto con ella.

Dio un respingo. No era de sorprender que ahora se mostrara propensa a pensar lo peor de él.

Había sido, no obstante, una lección excelente sobre las profundidades a las que una mujer caprichosa podía arrastrar a un hombre, y en este caso una mujer por la que había sentido interés. Bryght se había creído que ahora su corazón y su genio estaban salvaguardados.

Al fin y al cabo, desde Maidenhead, sus ilusiones sobre Nerissa se habían malogrado por completo. Bryght incluso había recibido indicios recientes de que podría gozar con regularidad de los encantos de Nerissa si se rebajaba lo suficiente.

Cuando la fulana estuviera disponible.

Por supuesto, rebajarse significaba entregar aquella carta, aquella carta tan explícita a su principal amante. Si llegaba a poder de su marido, le abriría completamente los ojos.

Bryght hizo una mueca y degustó un poco más de rapé. En estos momentos, esto es lo que había detrás de todo. Nerissa haría cualquier cosa por conseguir aquella carta. Bryght la conservaba para asegurarse de que ella no molestaba a su familia. Y estaba encontrando un placer considerable en observar los intentos de ella de ponerle las manos encima.

Para atormentarla, incluso le había dicho dónde se encontraba la misiva: en un libro de sermones que se hallaba junto a su cama. Había resultado una interesante prueba de lealtad. Cuatro criados de Bryght habían informado de intentos de soborno, y había despedido a un lacayo atrapado en el intento de obtener la carta. Por lo que sabía, el resto del personal se había mantenido fiel.

De cualquier modo, todo esto le había convencido de que, aunque la belleza de Nerissa era suficiente para hacer perder la cabeza a cualquier hombre, tenía el corazón de una puta, y el instinto de una serpiente. En ocasiones, Bryght hacía un alto en medio de actividades perfectamente normales para dar gracias a Dios de no haber acabado casándose con ella. Sentía lástima de Trelyn, quien daba cada vez más muestras de sospechar que su posesión tan estimada no estaba carente de imperfecciones.

Bryght, no obstante, pensaba que la experiencia le había enseñado a proteger su corazón y su ánimo. Lo que volvió a llevar sus pensamientos a la pariente de Nerissa, Portia St. Claire.

Tal vez su interés por Portia respondía a que ella era lo opuesto a Nerissa en aspecto, en temperamento, y confiaba que también en moral. Sin embargo, casarse con una mujer por ese motivo sería una estupidez.

¿Casarse?

No iba a casarse con alguien como Portia St. Claire.

Estiró el brazo para alcanzar la copa de brandy. Si alguna vez se casaba, sería un arreglo práctico con mucho dinero de por medio, como en el caso de Jenny Findiayson.

Su mano se detuvo. Ya no tenía el menor deseo de casarse con Jenny Findiayson.

Hacía una semana, no es que la perspectiva fuera exactamente apasionante pero sí aceptable, y estaba seguro de que él podría ser un marido cortés y considerado. Ahora todo era diferente. Ahora aquello le resultaría un infierno.

Era capaz de poner fecha al cambio: el momento en St. James Park en el que había dejado a Portia para acudir al lado de Jenny.

Jenny le había parecido tosca. No por sus modales —pese a ser descendiente de un comerciante, había sido educada como una dama—, sino por su estilo. Parecía pensar de veras que con su fortuna podía comprarle a él, al hombre que ella escogiera, como si se tratara de un esclavo.

Tomó aliento. Del mismo modo que él había ofrecido tentativamente comprar a Portia. No era de extrañar que se hubiera sentido hundida.

Zeno volvió a alzar la mirada.

—Sí, amigo mío —dijo Bryght—. He hecho una completa chapuza, pero es para mejor. Sin duda nunca volverá a hablarme, o sea que así me salvo de más locuras. Esperemos que los asuntos de su hermano puedan resolverse y que pronto esté de vuelta en el campo, en su finca de cinco mil guineas.

El perro continuó mirándole.

—¿Crees que debería cerciorarme? Maldición, cinco mil guineas no son exactamente una minucia para mí, lo sabes perfectamente.

—Suspiró—. Oh, muy bien, sería un precio **bajísimo** a cambio de protegerme de algo mucho peor. Pero tendrá que hacerse en secreto o dudo que ella acepte el dinero. Y los fondos tendrán que salir de las mesas de juego.

Bryght desplazó con delicadeza el morro de 'Zeno y se levantó.

—Esperemos que haya suficientes pichones dispuestos a ser desplumados.

Capítulo 8

¿Después del encuentro demoledor con lord Bryght, Portia se sintió consumida por el deseo de no volver a ver a aquel hombre nunca más. Aquello significaba que tenía que arreglar deprisa las cosas y marcharse de Londres lo antes posible.

Volvió apresuradamente hasta la casa de Fort, rogando para que hubiera llegado. Sin duda no podía llegar mucho más tarde que sus posesiones y criados. El altivo lacayo esta vez se mostró mucho menos amistoso e intentó cerrarle la puerta en la cara. Sin embargo, Portia fue tan convincente en su petición de que le permitiera dejar una nota que el sirviente le guió hasta un pequeño recibidor. Era una habitación muy sencilla —no la que habían usado anteriormente Oliver y ella— pero al menos le dejaron pluma y papel. Portia se dio cuenta de que le temblaban demasiado las manos incluso para escribir. Ella no sería la fulana de ningún hombre, ni siquiera por diez mil guineas. Ni siguiera la de Bryght Malloren... Respiró a fondo y se dispuso a escribir a Fort. Puesto que sospechaba que el lacayo leería la nota en cuanto ella se marchara, fue discreta. Se limitó a dar su dirección y decir que necesitaba verle en cuanto fuera posible. Dios quisiera que volviera pronto, y les ayudara. Tenía que escapar. Portia entregó la nota al sirviente, luego se encaminó directamente de regreso a casa, bloqueando el acceso a todo pensamiento relacionado con cierto hombre. Entró en sus habitaciones, donde sólo encontró silencio. Angustiada de repente, pues ya era media tarde, llamó a la puerta de Oliver

—Déjame. ¡Tengo la cabeza a punto de estallar!

Portia casi entra a la fuerza, pero él no podría permanecer escondido allí eternamente.

—¿Quieres que te prepare algo para que se te pase, Oliver?

—No. No, gracias, Portia.

Portia suspiró y se sentó a leer a Milton, pero su mente no dejó de extraviarse.

No dejaba de regresar al tema de Bryght Malloren. Ella intentaba concentrarse en la brutalidad de Maidenhead, en su ruda oferta y los insultos de hoy. En vez de aquello, su memoria caprichosa le empeñaba en enseñar a Bryght Malloren bromeando con ella en el parque y consolando a una niña que se había manchado.

No podía ser sólo malo...

Un golpe en la puerta la sacó repentinamente de sus reflexiones sensibleras. Gracias al cielo. ¡Tenía que ser un mensaje de Fort! Abrió la puerta de par en par y se encontró con dos desconocidos, ninguno de los cuales tenía aspecto de sirviente. Uno era alto y de tez morena, el otro más bajo y vestido con una peluca Cadogan ornada y empolvada. Tenían aspecto de caballeros, excepto que llevaban la ropa mugrienta y su mirada no era amable en absoluto. Sólo por instinto, Portia comenzó a cerrar la puerta, pero el más alto metió la mano y la bloqueó.

—Hemos venido a ver a sir Oliver Upcott. —El acento era el de un hombre educado, pero aquello no la tranquilizó.

—No está en casa.

—¿No? Me sorprendéis.

—¿Por qué, si se puede saber?

El hombre sonrió, mostrando unos dientes torcidos y sucios.

—Será mejor que nos dejéis entrar, señorita Upcott.

Portia no se movió.

—Mi nombre no es señorita Upcott.

Los ojos claros del hombre se entornaron.

—¿Sois su fulana?

Portia enrojeció de ira.

—No, señor. Soy su hermanastra. —Intentó de nuevo cerrar la puerta—. Tendréis que regresar más tarde.

Él hizo una mueca y empujó en el otro sentido. Portia no pudo aguantar la fuerza de él, y en un momento los rufianes estuvieron dentro.

—¡Cómo os atrevéis! —protestó firmemente, pero fue en vano.

Si de verdad creía que no tenían nada que hacer aquí habría gritado como una loca.

Finalmente, había llegado el desastre.

—Id a buscar a vuestro hermano —dijo el hombre moreno.

Portia avanzó hacia la habitación de Oliver, pero la puerta se abrió y él salió con su camisa de dormir.

—¿Qué es todo este jaleo...? —Entonces vio a los intrusos y se puso pálido como la masa de pan antes de ser cocida.

—Cuthbertson.

Cuthbertson sonrió e hizo una inclinación.

—Sir Oliver, mi querido amigo. —Anduvo hacia Oliver y su acompañante caminó detrás como un perro bien entrenado. Pese al buen traje y la peluca empolvada, Portia estaba segura de que las pretensiones del segundo hombre no tenían nada que ver con el refinamiento. Para confirmar esta opinión, el sujeto dedicó una mirada lasciva a Portia que a ella le dio ganas de vaciar el orinal sobre su cabeza. Supo que había sucedido lo peor. Oliver había perdido más de lo que llevaba consigo. ¿Cuánto? Si ella pagaba la deuda, ¿se quedarían sin blanca? ¿Ni tan siquiera tendrían el importe del viaje para irse de aquí?

Oliver estaba intentando actuar con normalidad.

—Buenos días, señores. Pero, habéis venido a una hora inoportuna. Acabo de levantarme de la cama.

—Ya vemos, sir Oliver. Por favor, tomaos tiempo para vestiros, si lo deseáis.

Los ojos de Oliver vacilaron llenos de incertidumbre entre las tres personas.

—No es necesario. Nuestro asunto no llevará mucho tiempo.

—Excelente. Entonces, ¿tenéis el dinero?

—No —dijo Oliver sin tapujos—. Tengo que pedir que me lo traigan del campo.

—¿Del campo, sir Oliver? ¿Dónde, del campo?

—Qué caray. ¿Qué es esto? ¡Un caballero dispone de tiempo para pba r!

—Cw:pPil